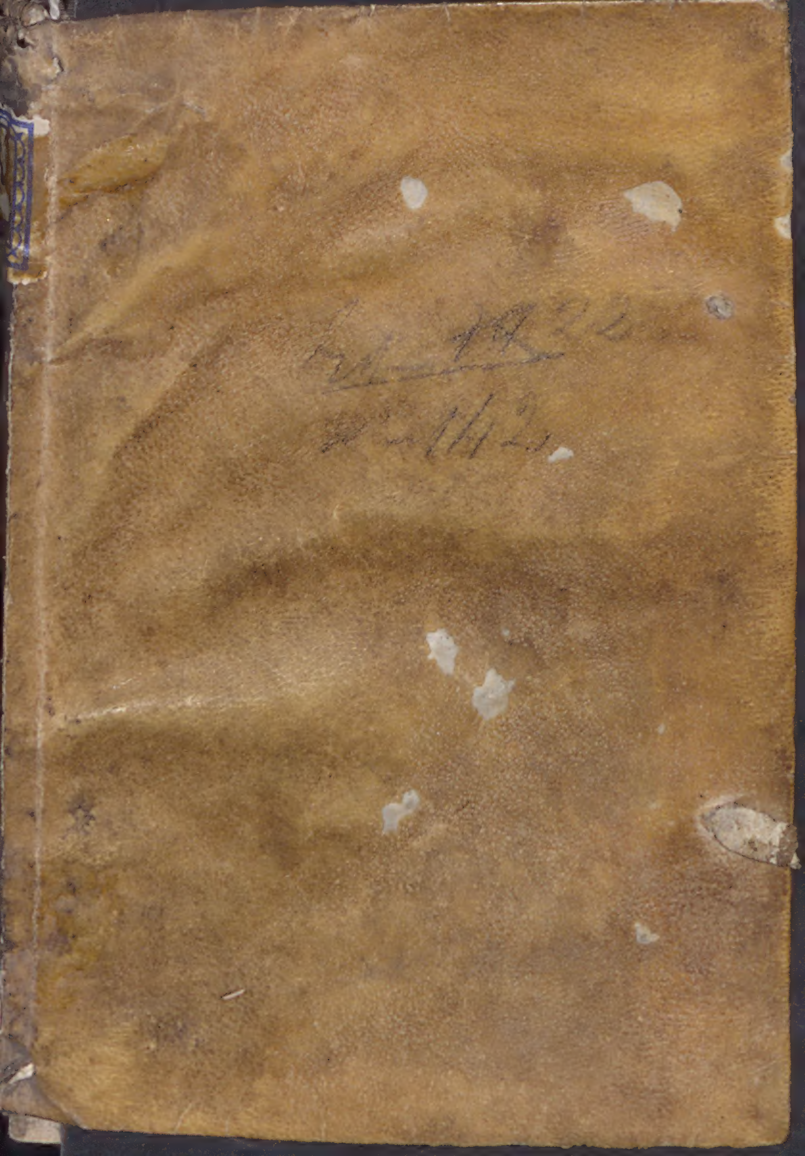


[illegible]

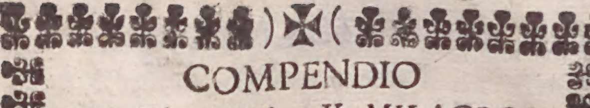
DE LA [illegible]

DEL [illegible]

S. FRANCISCO DE PAULA,

FUNDADOR DE LA SAGRADA Religion de los Minimos, [illegible] de la Coronica [illegible] Religion, [illegible]

[illegible]

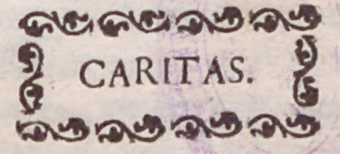


COMPENDIO
DE LA VIDA, Y MILAGROS
DEL GLORIOSO PATRIARCA
S. FRANCISCO
DE PAULA,

FUNDADOR DE LA SAGRADA Religion de los Minimos, recopilado de la Cronica general de la misma Religion, que sacò a luz en Madrid el R. P. Fr. Lucas de Montoya, el año de 1690.

POR

El P. Fr. Mateo de Pinedo, Hijo, y Morador del Convento de Nra. Sra. de la Victoria.



Con licencia: En Sevilla, por Manuèl Nicolás Vazquez, año de 1769.

AL LECTOR.

TRes causas me han movido (devoto Lector) à escribir este breve Compendio, la primera, el desear (agradecido à sus muchos favores) venerar, y honrar à nuestro Gran Padre S. Francisco de Paula, Patriarca, y Fundador de nuestra Minima Religion (si es que el corto caudal de un desaprovechado hijo, que tan poco le imita, puede ser à proposito para tan alto fin) para procurar merecer su gracia, bendicion en esta vida, y su santa proteccion en la otra segun lo del capitulo tercero del Eclesiastico, que dice: *Honora Patrem tuum, ut superveniat tibi benedictio ab eo, & benedictio illius in novissimo maneat*; y lo de el Magno Gregorio en sus Morales: *Spem futuri recipiat, qui transacta beneficat recognoscit.*

La segunda causa es desear con este breve Compendio, en que se delinea la

vida de este tan gran Penitente, como milagroso Santo, no solo alentar el fervor de los devotos, que le leyeren, para que le imiten, sino tambien procurar, que los divertidos, y menos ajustados à las Christianas obligaciones, à vista de tan exemplar dechado, se ciñan, y entallen en todo genero de virtudes, pues como se lee en el cap. 4. de la Sabiduria: La muerte de el justo es una tacita reprehension de los que no viven bien: *Condemna autem justus mortuus vivos impios.*

La tercera causa es, el vèr, que ha ya mas de 30. años q́ se imprimiò la Chronica general de nuestra Sagrada Religió (en Madrid) y que ya no se halla para comprarla, y que junto con esto, por ser su historia tan dilatada, aunque tan util, y gustosa, las personas seculares devotas, con sus muchas ocupaciones, si comienzan à leerla, tarde, ò nunca la acaban de pasar; causa porque havien-

doſe

dose prestado algunas dellas à personas de obligacion, por maravilla vuelven alguna à quien se la prestò, dando por excusa, si se la piden, que aun no la han acabado de leer. Y asi por las razones referidas, como porque todos los devotos de nuestro Santo, puedan brevemente leer su Historia, y enterarse de su vida, virtudes, y Milagros, lo he resumido en este abreviado Mapa, remitiendo â los mas leidos, y estudiosos, â la original Chronica, donde si aqui por la brevedad no se huviere puesto alguna cosa extraordinaria, hallaràn cumplidamente, lo que buscaren, tocante à la materia.



CA-



S. FRANCISCO
DE PAULA.

CAPITULO PRIMERO de este compendio,

EN QUE SE HACE RELACION de la Patria, y Padres de nuestro Glorioso Padre S. Francisco de Paula, de su nacimiento, educacion, y progresos, hasta los diez y nueve años de su edad.

ENtre los Pueblos, que llaman Brucios, y Lucanos, en el Reino de Napoles, hai un Lugar maritimo, llamado Paula, à quien honrò, con titulo de Ciudad (en su tiempo) el prudentisimo Rey, y gran Monarca Don Felipe II. nuestro Sr. la qual Ciudad es en el Marquesado de Foscaldo, y està distante de la de Cosencia (Metropoli de la Provincia de Calabria) cosa de una jornada. En esta Ciudad de Paula vivian Jacobo Martolilo, y Viena de Foscaldo, personas solteras, mas ricos ambos de virtudes,

des, y espirituales merecimientos, que de hacienda, ni temporal estimacion; porque aunque el Jacobo descendia del antiguo, y noble linage de los Martolilos, originarios de la Ciudad de Cosencia; y su muger Viena, del no menos noble, y antiguo de los Foscaldos de Paula, ya con la variedad de los tiempos havian venido ambos à mas pobre, y humilde fortuna, que sus ante pasados. Dispuso nuestro Señor, que siendo los dos tan semejantes en las virtudes, edad, y linage, se casasen en Paula el año del Señor de mil y quatrocientos. Vivieron juntos en su casa, con gran exemplo, y edificacion de sus proximos, por tiempo de diez y seis años; y aunque contentos con su humilde estado (porque se exercitaban en la labranza de algunas posesiones que tenian, y se sustentaban de el fruto de ellas) no dexaban de pasarlo con algun desconsuelo, por no haver tenido

nido

nido hijo alguno de su matrimonio en todo aquel discurso de tiempo; y asi, de ordinario, suplicaban à nuestro Señor, por medio de muchas oraciones, y buenas obras, que (si convenia) se sirviese de darles fruto de bendicion, tomando por intercesor, para merecer esta gracia, al glorioso Patriarca Serafico S. Francisco de Asis, su particular devoto, à quien prometieron, que si Dios les daba un hijo, le llamarìan de su nombre. Fue nuestro Señor servido de oìr sus ruegos, de suerte, que poco tiempo despues de haver hecho la promesa, se sintiò Viena preñada con increible gozo, y alegria, asi de ella como de su marido, que no cesaban de alabar à nuestro Señor, por vèr tan manifiestos indicios de que havia oido sus oraciones, y suplicas moviendolos tambien à comunicarlo, el haver tenido noticia, por relacion de algunas personas fidedignas de su vecindad,

que cierta noche (que juzgaban ellos seria de la concepcion de la criatura) se havia visto en el aire un resplandor, y claridad admirable sobre su casa, que durò largo espacio de tiempo, que todo les certificaba del crecido favor, y consuelo, que de Dios esperaban recibir.

Llegado yà el tiempo de el dichoso parto de Viena, y haviendose dispuesto para èl, por medio de la santa confesion, y comunion, pariò felizmente al deseado hijo, que tantas oraciones, y lagrimas le costaba, con mui gran gozo suyo, y de todos los de su casa, parentela, y vecindad, el año de mil quatrocientos y diez y seis, concibiendo todos en sus corazones felices esperanzas de las grandezas, que Dios tenia depositadas en aquel tierno Niño, dandose unos à otros alegres parabienes por ello, al modo que lo hicieron en las Montañas de Judèa en su tiempo, los contemporaneos de San

Juan Baptista, prognosticádo por las circunstancias de su nacimiento, los marabillosos efectos que se havian de causar por medio de aquel glorioso Precursor, à quien este bendito Niño fue tan parecido. Pusieronle en el Baptismo por nombre Francisco, como sus Padres se lo havian prometido al Seraphico de Asìs: criòle su madre à sus pechos, comunicandole con la leche sus nobles inclinaciones, y loables costumbres; pero à pocos meses de la edad del Niño Francisco, templò Dios el gozo de sus padres, por haversele hecho en un ojo una peligrosa apostema, de que temiò le perdiera, y juntamente la vida por venir aquel achaque acompañado de una ardiente calentura; lo qual recelando su piadosa madre, acudiò luego à Dios à pedirle el divino, y sobrenatural remedio. Viendo no aprovechaban los humanos, llevò al niño à una Iglesia, y en ella, con devo-

tas oraciones, y tiernas lagrimas suplicò afectuosamente à Nro. Sr. que pues se le havia dado por liberal misericordia, tuviese por bien de guardarsele, para que se criase, y emplease siempre en su santo servicio; añadiendo à esta suplica otra segunda promesa al Serafico Padre San Francisco, ofreciendole, que si Dios, por su intercesion, se le guardaba, en teniendo edad para ello, se le llevarìa à uno de sus Conventos, para que en èl, por tiempo de un año, le sirviese, y à sus Religiosos. Hecho el voto se volviò consolado cõ el niño à su casa, y desde luego fue experimentando por instantes mejoria en la salud de su hijo; porque milagrosamente se le fue resolviendo la apostema, y vino à quedar en breve bueno, y sano de su enfermedad, y dolencias.

Desde los quatro años de edad de el virtuoso niño, le comenzaron à instruir sus padres en la doctrina Christiana, y en

los

los principios de las letras, que comienzan à labrar los ingenios, con animo de que en adelante fuese prosiguiendo con la Grammatica; y era tan cuidadoso en los primeros exercicios, que aun quando su madre (despues de haver aprendido su leccion) le decia se fuese à divertir un poco con otros niños sus iguales, èl solia responder con notable humildad, y resignacion, que por ser su gusto irìa; pero que por el propio, antes se quedarìa en casa leyendo, y haciendole compañia. Las veces que se juntaba con los otros niños à conversacion, y los veìa traviesos, y que juraban, ò maldecian se enojaba con ellos, y los reprehendia con tanta cordura, y prudencia como si fuera su Prelado, y Superior. Pasò la puericia con mui loables, y exemplares costumbres: era su devocion notable, la obediencias á sus padres prontisima: rezaba cada dia el Rosario de Nra. Sra. (aun

siendo mui pequeño) de rodillas, con tanta reverencia, y devocion, que provocaba, aun à los mas tibios, à que le imitasen, y solìa decir à otros, que era mui grande descomedimiento no rezar el Rosario de rodillas, considerando, que entonces se hablaba con la Virgen Nra. Sra. Quando ya mayorcito frequentaba los Templos, oía las Misas, y Sermones con gran devocion, y atencion; comia mui poco, y aquello no de cosas regaladas, y de ordinario bebia agua; y con este genero de sustento, quando llegò à edad de doce años estaba tan crecido, y corpulento, como si tuviera mucha mas edad. Desde siete años comenzò à exercitarse en algunas mortificaciones, y penitencias, y su ordinario dormir era vestido, y sobre alguna tarima, ò tablas. Jamàs estaba ocioso, por conocer, que no hai vicio que asi consuma los animos de los hombres, como la ociosidad, polilla

de

de las virtudes, y origen de todos vicios. Invocaba de ordinario (con dulces alabanzas) à la Santisima Trinidad; rendiale continuas gracias por las mercedes que à èl, y todos hacia. Fue siempre mui devoto de la Virgen MARIA Nra. Sra. y solicitaba con cótinuas oraciones sus favores. Fuelo tambien mucho del glorioso Arcangel S. Miguèl, del glorioso P. S. Francisco de Asìs, y de el glorioso Precursor S. Juan Baptista, que mui frequentemente imploraba sus intercesiones, y auxilios.

Siendo yà Francisco de cosa de doce años de edad tuvo una noche una vision en sueños, en que se le apareció el glorioso Padre S. Francisco de Asis, y asiendole de la mano derecha, le dixo asi: Levantate Francisco, y dì à tus Padres (de parte de Dios) que yà es tiempo de cumplir sus promesas. Executò el Sto. Mancebo este mandato, y haviendolo confe-

rido cõ sus Padres, determinaron en breve el cumplimiento, y eligieron para ella el Convento de San Francisco de la Ciudad de S. Marcos, que era el mas cercano à la de Paula, distancia de tres leguas. Acompañaron sus Padres à Francisco, dandole por el camino virtuosos, y provechosos documentos: exhortando su tierno, y generoso espiritu à procurar la perfeccion, y santidad. Llegados al Convento (despues de haver hecho todos oracion en su Iglesia) comunicaron sus intentos con el Padre Guardian de èl, el qual teniendo ya algunas noticias de las virtudes de Francisco, le recibia con grande gusto, prometiendose felices dichas de tenerle en su compañia. Ordenò luego el Guardian; le traxesen un Habito, de la forma que usan los Novicios de su Orden, y haviendosele trahido, se le vistiò, teniendo por cierto, que no solo por aquel año de la promesa

gozarìan de su compañia, sino que permaneceria en su Religion por toda la vida. Puesto en execucion lo referido, luego se despidieron tierna, y paternalmente de Francisco sus Padres, considerando lo que havia de sentir su ausencia, y tambien se despidieron humildes, y cortesmente de aquellos devotos Religiosos, encargandoles mucho la educacion, y consuelo de su hijo, y con esto se volvieron luego à Paula.

Viendose ya Francisco con la nueva librèa de la casa del Seraphico Protector, y Adalid suyo, comenzò à mostrar mui de veras las muchas con que deseaba emplearse en el servicio de Dios, no perdiendo ocasion alguna, en que no procurase grangear nuevos merecimientos, aumentos de gracias, con que ponia en cuidado à sus huespedes, llevandose tràs sì los ojos de todos, porque le veìan tan humilde, y mortificado, que

no sabia querer mas de lo que ellos querian supiese, procurando darse tan de veras à N. Señor, que no veìa cosa loable en otros que no procurase imitarla, y trasladarla en su Alma, no perdonando trabajos ni ocasion que para ello se ofreciese; diciendose à sì mismo lo del Apostol S. Pablo: Mas me vale morir, que no que otro, que trabaje mas que yo, me lleve el premio.

Estando el Santo Mancebo Francisco ocupado en tan meritorios exercicios en aquel Sto. Convento, sucediò que enfermò el Cocinero de èl; y discurriendo el P. Guardian sobre quien podrìa suplir su falta, queriendo hacer prueba de la humildad de Francisco, le ordenò acudiese à aquel ministerio; obedeciendole el Siervo de Dios con gran prontitud, acudiò a él mui à satisfaccion de los Religiosos, y prosiguiendole (à pocos dias de su exercicio) sucediò un caso bien dig-

digno de referirse, y fue, que haviendo madrugado Francisco vino à su ocupacion, y dispuesto lo necesario para guisar la comida, pareciendole, que era temprano para aplicarle el fuego, dexò la olla acomodada sobre la ceniza fria, y fuese â rezar à una Capilla de la Iglesia, mientras era hora de encender lumbre para cocerla: pero puesto en oracion, en breve se alexò tanto de sì mismo en ello, que arrebatado de un profundo extasis, corriò toda la mañana; y llegò la hora de comer la Comunidad, sin haver aplicado fuego à la comida. Entraron à este tiempo algunos Religiosos en la Cocina, y no hallando en ella à Francisco, ni encendida lumbre, fueron à buscarle por el Convento, y al fin le hallaron en su oracion tan elevado, y transportado en Dios, que les pareciò à los que le vieron, estaba levantado de la tierra no poca distancia: llamaronle, y luego volviò

en sí, encendido, y hermoseàdo su rostro, que causaba admiracion mirarle. Reprehendieronle el descuido que havia tenido en su ministerio (como si huviera sido por su culpa) y oìdo por Francisco la reprehension, dixo:

La comida està ya aderezada, toquen à comer, que no faltarà nada, Dios mediante. El P. Guardian, que era hombre prudente, y conocìa bien la bondad del Santo Mancebo, oìdo lo dicho, mandò se tocase à comer, y haviendo tocado, y asentadose à comer los Religiosos, no faltaron algunos otros, que haviendo entrado por curiosidad en la Cocina, vieron, que el Siervo de Dios Francisco, entrando en ella, agarrò la olla del fuego (que poco antes no hàvia) y comenzò à distribuir la comida tan sazonada, y gustosa, como si toda la mañana huviera estado desvelandose en aderezarla, y disponerla. Quedaron con este suceso

admirados sobre manera los Religiosos de aquel Santo Convento, prometiendose mayores cosas en adelante de la Santidad de Francisco; pero cumpliendo el año de su obligacion, de la promesa de sus Padres (no sin particular mocion del Espiritu Santo) con gran humildad comunicò sus designios con el Padre Guardian, y le rogò mandase enviar llamar à sus Padres, para ir en su compañia à visitar el Santo Cuerpo del Seraphico Padre S. Francisco de Asìs, al Convento de Santa Maria de los Angeles. Sintiò mucho el P. Guardian oir semejante resolucion; mas juzgando, que los designios del Santo Mancebo iban encaminados à mas altos fines, no quiso impedirlos, antes diò aviso à sus Padres del caso, y ellos fueron en breve por èl. Diòles la bien llegada, y les pidiò humildemente, que supuesto ya havia cumplido su promesa, tuviesen por bien de acompañarle à

la referida estacion, lo qual oido por ellos, se lo concedieron con mucho gusto; mas el Guardian, y Religiosos sintieron sobre manera se les ausentase de su Convento mancebo de tan marabillosas esperanzas. No fue desagradecido Francisco à tan caritativo hospedage; mas antes, con entrañables demonstraciones manifestò la estimacion, que hacia de la mucha caridad, doctrina, y enseñanza, que de todos havia recibido en el discurso de aquel año, y arrodillado delante de ellos, les besò las manos, y les pidiò su bendicion, rogandoles le encomendassen à Dios: y dandoles tambien sus Padres las gracias debidas, por la caridad que con Francisco havian usado, se despieron todos cortesmente de el Padre Guardian, y Religiosos, y se partieron para el Convento de Santa Maria de los Angeles, que es de la misma Orden, y està cosa de una milla de la Ciudad de

Asis. Llegados allà, hicieron larga, y devota oracion en aquel Santuario, y haviendo de espacio el devoto Mancebo Francisco dado gracias à N. Señor por las mercedes recibidas, è implorando la intercession, y patrocinio de la Virgen Santissima, y del Seraphico Padre San Francisco de Assis, se volvieron todos tres mui consolados à Paula.

Estando ya Francisco en su Ciudad en la casa, y compañia de sus Padres, estimado, y acariciado de ellos (siendo de edad de trece años) considerando los peligros, è inconvenientes de el siglo, y quan bien le estarìa para poder mejor darse à Dios, huir de las ocasiones de èl (inspirado por el Espiritu Santo) se determinò à retirarse à la soledad secretamente; y asi, hallando una noche comodidad para ello, lo puso en execucion, dirigiendo su viage por las faldas del Monte Casino, àzia la parte de la

Spoleto; donde â la vuelta de Asis, havia visto de paso algunos devotos Hermitaños, que le havian llevado los ojos, y dexado una santa envidia de imitarlos. Caminò hasta llegar à aquel sitio, y haviendo comunicado con algunos de los Hermitaños sus designios, se le mostraron benevolos, y caritativos, y le dieron un Abito viejo de buriel, y un Escapulario, el qual dispuso à la manera de los capuchos, ò capillas, que despues ordenò se usasen en su Religion, y se lo puso, y ciñò con una cuerda de lana, y haviendo confesado, y comulgado con gran devocion, y ternura, y suplicado à nuestro Señor dirigiese sus pasos, y acciones para su mayor servicio, se retirò à lo interior de aquel desierto, para emplearse en èl en las Divinas alabanzas, y meritotias ocupacionss, por todo el tiempo, que su Divina Magestad le ordenase, pretendiendo imitar al glo-

rioso

rioso Patriarca San Benito, de quien havia oìdo decir, que siendo de edad de catorce años, dexando à sus Padres, y menospreciando los regalos, y comodidades de su casa, se havia retirado al desierto de Sublago, donde estuvo por espacio de tres años antes de comenzar à fundar à su Religion, mortificando su cuerpo, y ensayandose para los santos fines, en que Dios nuestro Señor despues le empleò.

Armado Francisco de el Divino espiritu, y zelo de su santo servicio estuvo en aquella soledad por espacio de seis años, peleando valerosamente, y mortificando sus pasiones naturales, con vida asperissima: yervas del campo, y agua de los arroyos era su ordinario sustento; y à este rigor de vida añadia el de continuas disciplinas, oraciones, y mortificaciones. Armabale el enemigo comun engañosos lazos, ya persuadiendole à la ocio-

sidad

sidad, ya ofreciendole inconvenientes en la perseverancia del camino comenzado; ya exagerandole el rigor, y falta de caridad de haver assi desamparado à sus Padres, y dexandolos solos, y desconsolados, quando segun ley Divina, y natural, debia consolarlos, y ayudarlos, procurando por estos, y otros medios impedir sus espirituales progressos; mas todo le salìa al enemigo en vano, porque con el favor Divino estaba ya el Santo Mancebo tan diestro en rebatirle los golpes, que antes le dexaba de ordinario con pèrdida, que con ganancia. Quièn sabrà decir los dulces coloquios, que pasaban entre Dios, y este dichoso Mancebo en aquel tiempo, sus extasis, y arrobamientos; las consolaciones, con que nuestro Señor le recreaba, y animaba, y como le iba instruyendo, y disponiendo marabillosamente, para que fuese Capitan, y Padre de la Santa, y

nue-

nueva Religion, que havia de fundar?

Haviendose, pues, empleado el Santo Mancebo Francisco en tan santas ocupaciones, y exercicios por espacio de seis años en el desierto, queriendo N. Sr. que su gran luz no estuviese mas escondida entre breñas, sino que se manifestase à los hombres, para bien de muchos, le inspiró dexase el desierto, y la quietud espiritual de que èl gozaba, y se volviese à la Ciudad de Paula, y aunque le fue de no pequeña mortificacion el haver de volver al siglo, à sus peligros; al fin, resignando su voluntad en la de Dios juzgando, que lo que se le ordenaba, era lo que mas convenia, lo puso luego en execucion, y se volviò à casa de sus Padres. El gozo que ellos recibieron con la vista de su buen hijo, no es facil de referirse con palabras, pues parece corta exageracion compararle al que recibieron los Padres de Tobias el mozo, quando

volviò de su jornada de Rages (en compañia del Angel San Raphaèl) con salud, riquezas, y muger de tan aventajadas calidades, y partes. Mezclaban los de Francisco, quexas, y sentimientos por su secreta fuga, con parabienes, y caricias, por su alegre vuelta; pediales el amor natural se le manifestasen con afecto de padres, y deteníalos aquella severidad, y modestia del Santo hijo, à quien justamente, como à tal veneraban; agradeciales Francisco los paternales favores, y disculpaba humildemente su pasada resolucion; y haviendo todos dado gracias à Dios porque asi los havia consolado, manifestò Francisco à sus Padres los nuevos deseos que trahia, que eran de comenzar à fundar una nueva, y penitente Religion en que procurar grangear, y encaminar almas para el Cielo. Admiraronse sus Padres de ver à Francisco resuelto à tan ardua, y dificultosa empres-

sa;

sa; mas considerando prudentemente, que si aquel era negocio de Dios, su Divina Magestad le dispondria de su mano, no le contradixeron el intento, mas antes loaron su fervoroso, y santo zelo, ofreciendo ayudarle en quanto sus cortas fuerzas permitiesen.

CAPITULO II.

DE COMO EL SANTO MANCEBO Francisco de Paula, haviendose juntado algunos compañeros, comenzò à fundar su Religion en Paula, y lo que sucediò en esta, y otras fundaciones que hizo en Calabria, y Sicilia.

RESuelto el Siervo de Dios Francisco à dar principio à su Religion, trazò en su idèa el sitio, que para la primera fundacion le pareciò mas à proposito, y asi pidiò à sus Padres, le concediesen para el efecto un pedazo de bosque, que tenian cosa de una milla de Paula, y à un tio suyo, una heredad que tenia con-

conjunta al bosque, y se lo dieron con gusto. Alegròse sobre manera Francisco, viendo, que ya tenia sitio sobre que comenzar, y edificar su primer edificio, y luego diò orden de recogerse (con dos compañeros q̃ se juntaron) en una casilla que havia en un bosque, para comenzar à disponer los materiales; pero para que todo fuese con bendicion del Señor se resolviò à pedir primero licencia para ello al Sr. Arzobispo de Cosencia Pirro, Varon piadoso, y de heroicas virtudes, el qual, como tan noble Principe, haviendo recibido agradable, y apaciblemente à Francisco, oido su peticion, y considerando prudentemente su zelo, y fervorosos deseos, acompañados de tan profunda humildad, le concediò liberalmente la licencia que le pedia para aquella fundacion. Entonces se la diò de palabra, y algunos años despues por escrito en una Bula, llena de amorosas, y pa-

ternales razones, y magnificos privilegios, así para poder fundar otros Conventos por toda esta Diocesi, como para que fuese Padre, y superior de toda la familia que congregase; la qual Bula despues la confirmò la santidad del Papa Sixto Quarto, el año de mil y quatrocientos y setenta y tres. No se puede encarecer facilmente el gozo que el Santo Mancebo recibiò con la primer licencia que le diò el Señor Arzobispo Pirro para su primera fundacion: no cessaba de alabar à N. Sr. porque tan felizmente iba disponiendo sus intentos. Diò cuenta de todo à sus Padres, y Compañeros, que no menor gusto que èl tuvieron con las nuevas que les refiriò; y así pidiendo à Dios su favor, y socorro para semejante empresa, comenzaron todos los tres Siervos del Sr. à disponer, y trazar los cimientos de la obra, sirviendo ellos mismos de Peones en ella,

con notable gusto, y fervoroso zelo. Comenzòse luego à divulgar el caso en la Ciudad de Paula, y era cosa de admiracion; vèr la gente que iba à verlos trabajar, y no solo algunos los miraban, sino que movidos de Dios, tambien les ayudaban en lo que se ofrecia, unos llevandoles materiales para la obra, otros socorriendolos con algunas limosnas; y no solo passò esto asi, sino que inspirados por Dios, otros diez, ò doce Mancebos virtuosos, pidieron al Santo Mancebo Francisco los recibiese en su compañia, porque querian en ella servir à N. Señor, y ayudarle à poner en execucion sus santos intentos, à los quales admitiò, y vistiò su santo Abito de Hermitaños, con gran gozo, y alegria de todos. Dicese se llamaron estos primeros compañeros, que se juntaron: Frai Pablo, y Frai Bartholomè de Paterno, Frai Bernardino de Cropulato, Frai Nicolàs, y Frai

Juan

Juan de S. Lucido, Fr. Juan Ginovès, Fr. Francisco de Mayorano, Fr. Nicolàs Nochel, Fr. Florentino de Paula, Frai Juan de Abundancia, Fr. Angelo de Sarracina, y Fr. Juan de Roca. Estando ya los cimientos de la obra de la Iglesia sacados, y comenzadas à levantar algunas paredes, sucediò un dia un caso raro, y milagroso, y fue, que estando el Sto. Mancebo Francisco trabajando en la obra con algunos de sus Frailes, instantaneamente vieron entre sì un venerable Religioso Franciscano, que enderezando su platica à Francisco, le reprehendiò, porque tan limitadamente havia trazado aquella Iglesia, haviendo de ser la primera de su Orden, aconsejandole como la havia de hacer, y convenia se hiciese; lo qual oìdo por èl, con su acostumbrada modestia dixo: No tengo yo (Padre mio) posible, ni caudal para obra tan grande, como me haveis pro-

puesto, pues aun esta que hago, me parece à mi mayor de lo que mis cortas fuerzas alcanzan. No ha de ser, pues, asi (dixo el Religioso) sino que se ha de hacer mayor, que asi conviene, y fiad en la liberalidad de el Omnipotente, que de su parte os aseguro, que no os faltarà lo necesario para edificar esta vuestra Iglesia, y Convento: y diciendo lo referido, el mismo Religioso Franciscano deshizo repentinamente lo fabricado, luego se desapareciò como havia venido, sin que ninguno lo viese ausentar, de muchos que le vieron, y oyeron hablar, de que se coligiò, y tuvo por cierto, que aquel Religioso havia sido el Glorioso P. S. Francisco de Assìs, que vino à aconsejar à su ahijado lo que convenia se hiciese, para mayor gloria de Dios, y suntuosidad de aquella su primera Iglesia. Con lo qual el Santo Mancebo se persuadiò, à que convenia hacerla ma-

yor,

yor; confiando en N. Sr. le enviaria con què, pues le havia manifestado su voluntad por el medio referido; lo qual presto se experimentò, pues el dia siguiente vino à vèr la obra un Caballero rico de la Ciudad de Cosencia (llamado Jacobo de Tarcia) y le dexò gran cantidad de dinero para ella, con que pudo labrar su Iglesia en la forma que se le havia ordenado, alabando à Dios Francisco, y sus Compañeros, porque tan liberalmente los socorria.

Prosiguiendo, pues, la obra de aquel Convento de Paula, sucediò en una ocasion, que el Maestro de ella, llamado Antonio, haviendo armado una calera, ò horno de cal, y dispuestola lo mejor que supo, al tiempo de cocer la cal, le arrimò demasiada leña, de suerte, que se encendiò tan gran fuego, que en breve tiempo amenazó no pequeños daños, porque se perdia mucha cal, y peligra-

ban los materiales cercanos, sin poderse humanamente remediar. Vista la ruina por el Maestro (que à la sazon estaba comiendo) dexò la comida, y fue corriendo en busca de Francisco con notable afliccion, y desconsuelo, y haviendole hallado, y referidòle su trabajo, fue à vèr lo que pasaba, y haviendole visto, dixo al Maestro: Por caridad, que no os aflijais, señor Antonio, volveos à comer, que Dios lo remediárà. Dicho esto, cogiò Francisco un poco de cal batida en una llana, y haciendo sobre sì la señal de la Cruz, se entrò por la puerta del horno, ò calera, por donde ya salian las llamas, y haviendo reparado las quiebras, y daños que en ella havia, se saliò fuera, sin recibir lesiō alguna de aquellas voraces llamas, quedando atonitos del caso, asi el Maestro Antonio, como otros que lo vieron, y entendieron, alabando à Dios, que tan marabilloso se mostraba en su Siervo Frãcisco de Paula.

À

A la fama de este gran milagro, comenzaron â buscar al SantoMancebo muchas personas afligidas, y enfermas, y entre otros fueron los Padres de un Mancebo mudo, que lo era de su nacimiento, que trayendole consigo, postrado â los pies del Sto. le pidieron con gran humildad, y confianza, se compadeciese de su hijo, que à la sazon era de edad de catorce años; lo qual oido por el Siervo de Dios Francisco, se llegò al Mancebo mudo, y asiendole de una mano, con rostro alegre le dixo: Ea, hijo mio, decid en voz alta conmigo, lo que yo dixere: decid tres veces Jesus: este dulcisimo nombre, es el que hace discretas las lenguas de los mudos; decid Jesus, Jesus, Jesus: fue cosa marabillosa, que à penas el Sto. levantò los ojos al Cielo, è invocò aquel dulcisimo Nombre, quando el Mudo le repitiò muchas veces, quitandosele con este admirable remedio el

impedimento que antes tanto le afligia. Comenzaron todos los que se hallaron presentes à alabar al Sto. Mancebo; pèro èl les dixo, que solo alabasen à Dios, que era el q̃ havia dado salud al enfermo.

Poco despues le traxeron à Francisco una doncella ciega de nacimiento, llamada Juliana, de hasta diez y seis años de edad: hallaron al Santo escardando unas yervas en un huertecillo de su Convento, y como los viese venir àzia sí, cogiò unas hojas de las yervas, que acababa de arrancar, y en llegando â èl, y refiriendole su necesidad hizo el Siervo de Dios la señal de la Cruz sobre los ojos de la Ciega, y luego le puso sobre ellos algunas de las yervas, y haviendose caìdo, al punto viò la luz del Sol, y las figuras de las criaturas, que nunca antes havia visto; en la qual accion de las yervas, se le notò al Sto. que siempre procuraba usar de algunos medios en los mila-

lagros, à que se pudiesen atribuir, por huir toda la ocasion de alabanza, aunque le servia de poco, porque facilmente se conocia, que las yervas, ni otras cosas que aplicaba (segun sus naturales propriedades) no podian ser de provecho para los achaques de que los enfermos sanaban.

Dentro de pocos dias vino à visitar al Siervo de Dios Francisco (trahido por agenas manos) Jacobo de Tarcia, el Caballero que ya queda referido diò para la obra, en sus principios, cantidad de dineros, por haversele cancerado una pierna, y no haver bastado ningunos humanos remedios para curarsela; y asi acogiendose à los divinos, se hizo llevar à la presencia del Sto. para que le sanase; el qual haviendole recibido cortès, y caritativamente, le descubriò la llaga: y haviendole consolado, y exhortado à que confiase en Dios le darìa salud,

tud, enviò à buscar unos polvos à la Celda para curarle, y mientras se los trahian, se puso en oracion delante de un Santo Crucifixo, y haviendoselos trahido, se los echò sobre la llaga, bendiciendosela, y aplicòle despues unas yervas, y haviendole puesto su ligadura, le dixo, que ya podrìa volverse à su casa quando gustase. Levantòse luego en pie el enfermo, y hallòse sano, dando à Dios muchas gracias, y à su Siervo Francisco, por el beneficio, y favor recibido.

Algun tiempo despues enfermò un hijo del referido Caballero, llamado Galeazo de Tarcia, y traxole la enfermedad à termino de estàr cinco dias sin habla penando, desauciado de los Medicos: sentìa el Padre por extremo, por ser el Mozo Mayorazgo de su casa, y viendo que no aprovechaban los humanos remedios, se determinò de recurrir à su espiritual Medico, para que le alcanzase,

zase de Dios Nro. Sr. los Divinos para su hijo. Enviòle un breve, y cortès recaudo con un criado suyo, dandole cuenta del estado de el enfermo, y pidiendole rogase à Dios por èl. Recibido el recaudo por el Siervo de Dios Francisco, ordenò se le diese al Mensajero algun refresco, y mientras se entrò èl en su Celda à hacer oracion por el enfermo, perseverando en ella por espacio de una hora, y despues saliendo en busca del Mensagero, le dixo estas palabras: El Espiritu Santo ha oìdo los deseos de vuestro Patron. Sabed, que en este punto ha cobrado salud su hijo. Dirèis al Señor Jacobo de Tarcias, que dè gracias à nuestro Sr. por este beneficio, y q̃ persevere en la virtud: y al enfermo le darèis estos dos vizcochos, y estas raices de yervas, y andad con Dios. Partiòse luego el Mensagero para Cosencia, y en llegando à casa de su dueño, hallò hablando al enfermo, y mui alentado,

y à todos mui alegres, por experimentar ya el fruto de las oraciones del Siervo de Dios Francisco. Executò el criado lo que se le havia ordenado por èl, y dentro de dos dias estuvo el Enfermo bueno, con admiracion de todos los que antes le havian visto tan al cabo.

Teniendo noticias del referido milagro Marcelo Cardula, tambien vecino de Cosencia, que havia mucho tiempo que estaba lleno de lepra, y juntamente paralytico, pidiò à los de su familia le llevasen à Paula como pudiesen, y le pusiesen en la presencia del Siervo de Dios Francisco, porque confiaba en nuestro Sr. le darìa salud, como à los demàs que se lo havian rogado. Llevaron en efecto al Enfermo à Paula, y llegò à la presencia del Sto. de suerte, que parecia estàr mas muerto, que vivo. Recibiòle caritativamente, hizo oracion por èl, y luego asiò al Enfermo de una mano, y aligeran-

randole, le puso en pie, con que repentinamente se hallò bueno, y sano el que poco antes no se podia menear.

Mostrandose el Siervo de Dios Francisco tan misericordioso, y caritativo comunmente con todos; no fuera razon serlo menos con sus deudos, y amigos, como parece sucediò en el siguiente milagro, en que se hallan tres, ò uno con tres circunstancias milagrosas. Antonio Alecio, vecino de Paula, casado con Brigida Martolilo, Tia del Sto., y hermana de su Padre, en algunos años de matrimonio no havia tenido hijos. Sentidos sobre manera desto los dos devotos casados, y sabiendo, que por la intercesion de su Sto. pariente, muchos recibian de Dios consuelo en sus necesidades, le rogaron afectuosamente le suplicase les diese algun hijo; y deseando consolarlos, lo hizo asi, y los certificò, de que (Dios mediante) dentro de un año tendriàn un

hijo; sucediò asi, que à los diez meses ya tenian un niño mui gracioso, à quien llamaron Juan en el Bautismo. Era con esto el gozo de sus Padres mui crecido, pero en breve se les aguò; porque dentro de pocos dias se les muriò el niño. Acudiò luego su Padre al Santo à darle cuenta de su desgracia, y haviendole consolado, le dixo, le traxese el niño difunto à su presencia; hizolo asi, tomandole el Santo en sus brazos, le llevò à su Celda, donde le tuvo tres dias, estando en ella en continua oracion, y al cabo de ellos, saliò con el niño vivo en sus brazos, y se lo entregò à su padre, que estaba en la Iglesia esperando el suceso, el qual le recibiò con increible gozo, y alegria.

Ya era el resucitado niño, mancebo de edad de diez y siete años quando en espacio de cinco dias le puso una rigorosa enfermedad en peligro de muerte, recurriò tambien esta vez su padre à su

San

Santo pariente à pedir socorro: y haviendole oido, y consolado, le dixo: Volveos, señor pariente, à vuestra casa, sin pena, que Nro. Sr. os consolarà tambien ahora. Hizolo asi, y en llegando à ella, hallò mejor à su hijo, de suerte, que mui presto fueron el enfermo, y sus Padres al Convento à visitar al Sto. y à agradecer à Dios los favores recibidos por medio de su intercesion.

En el sitio donde se labraba aquel Cóvento de Paula, no havia agua à la sazon que fuese buena para beber, y erales penoso à los oficiales el haverla de ìr â buscar algo lexos de alli. Entre otros que sentian aquella incomodidad, era un peon poco sufrido, que à veces impaciente murmuraba del Siervo de Dios Francisco, diciendo algunas palabras imprudentes. Oyòle una vez el Siervo de Dios, y reprehendiòle caritativamente su poco sufrimiento, y apartan-

dole

dolé alguna distancia de donde se hallaban hiriò el Sto. con su baculo en una peñuela que alli havia, y luego instantaneamente comenzò à correr abundancia de bonisima agua, diciendo Francisco al oficial: Bebe ahora quanto quisieres, que ya no te faltarà agua. Quedòse notablemente admirado aquel hombre de vèr semejante prodigio, pidiò perdon al Santo de lo que en otra ocasion havia dicho dèl, y luego fue à dar notica à los demàs oficiales de lo sucedido, con que todos se alegraron sobremanera, por vèr que ya tenian à mano agua tan abundante, y milagrosa.

No solo se mostraba el Sto. piadoso, y caritativo con las personas racionales, que le pedian socorro; pero aun con las irracionales, que no se le pedian; pues haviendole enviado presentados en una ocasion cantidad de peces un su amigo, y devoto llamado Pedro Genovès, en-

sartados en un cordel, que los havia pescado el dia antecedente, hallandose à la sazon junto à un estanquillo en que caìa el agua de la nueva fuente; alabò à Dios viendolos, y como compadeciendose de ellos, los soltò del cordel, y echandoles su bendicion, los echò en el estanquillo, los quales reviviendo luego, comenzaron à nadar por èl, como si alli se huvieran criado, y durò por muchos años la generacion de ellos.

En otra ocasion hizo el Sto. otro tanto con otros peces, que le presentaron, y con una trucha; pero el suceso de la trucha es mui para referirse, pues despues de haverla restituido la vida natural el Siervo de Dios Francisco, echandola en el estanquillo, la visitaba à menudo, le echaba pan, y se entretenia con ella, que llamandola Antonela, se le venia à las manos como si fuera un perrito manso, y apacible. Corriendo dias no faltò cier-

ta persona grave Eclesiastica, que haviendo visto la mansedumbre, y extraordinaria apacibilidad de la trucha, ò ya por dar en que merecer al Sto. ó ya por golosina, procurò el pescarsela, lo consiguiò, y haviendola llevado à su casa, echòla à freir para comersela un Viernes. No se le ocultò al Sto. la travesura, mas en breve enviò un cortès recaudo al tal señor Eclesiastico con un Religioso, rogandole se la mandase enviar; pero êl respondiò esta vez, que no sabia de la trucha. Enviòle segundo recaudo, rogandole, que se la enviase, que se sabìa estaba en su casa; à que èl respondiò, que la trucha està ya frita, que tuviese paciencia. Enviòle el Santo tercer recaudo, suplicandole le enviase la trucha, porque las cosas agenas no podian hacer buen provecho, à quien contra voluntad de su dueño las comiese. Enfadòse mucho el tal señor Arcediano, de que à

el

èl se le enviasen tantos recaudos, para cosa de tan poco valor, y asi por demonstracion de su enojo, como porque juzgò no le podrìa entrar en provecho la trucha: teniendola ya en la mesa frita; para comersela, con colera, y enojo la arrojó en el suelo, diciendo algunas palabras descomedidas, y soberbias; pero no haciendo caso de ellas el Religioso, cogiò su trucha, frita medio deshecha del suelo (como pudo) y se la llevò al Sto. el qual la recibiò con gusto, diciendo: Ha mi Antonela; còmo os han tratado tan mal? Y luego la volviò à echar en el estanquillo, y ella reviviò, y comenzo à nadàr por èl, como si tales desmanes por ella no huvieran sobrevenido.

Por el mismo tiempo sucediò en el referido Convento de Paula, otra cosa marabillosa. Haviendole presentado al Sto. un corderito; y como èl le regalase, y acariciase mucho, de ordinario se an-

daba tràs èl por el Convento; y como le viesen gordo, y bueno los Oficiales de la obra, se lo cogieron un dia, y se lo comieron, arrojando el pellejo, y demàs despojos en la calera de la obra: echòlo presto menos el Sto. y asi le hizo buscar por el Convento, y obra, y haviendo alcanzado à vèr el despojo desde lexos, el Sto. le llamò, como si estuviera durmiendo, en la forma, que solia llamarle, diciendo: Martinelo, Martinelo; y fue cosa marabillosa, que luego al punto resucitò el corderillo, y saliò de la calera en busca de su dueño, y bien hechor, saltando, y brincando, como si tales fracasos por èl no huvieran pasado, con asombro notable de los que le havian comido, y admiracion de los que lo supieron.

Sucediò algunas veces haver muerto, ò apagado la lampara de la Iglesia, y no hallandose à mano luz para encender las velas para decir Misa, encender el Santo

la lampara milagrosamente para ello.

Por tiempo sucediò no cogerse pescados en la Marina de Paula, y por las oraciones del Santo, despues se reconociò abundante pescado en ella.

Haviendo llegado la fama de los referidos, y otros milagros a los oìdos del Santisimo Padre Paulo segundo, que à la sazon gobernaba la Universal Iglesia, deseoso de saber con certidumbre la verdad de todo, ordenò à un Camarero (llamado Fulano Adorno, Genovès de Nacion) se llegase à vèr al Siervo de Dios Francisco, y se informase exactamente de su proceder, vida, y milagros, y le traxese en breve razon de todo. Partiòse de Roma el Camarero à este efecto, y haviendo llegado à la Ciudad de Cosencia, visitando al Arzobispo Pirro, dandole cuenta de su Legacìa, hallò tan buen informe en el Arzobispo, de las virtudes, y milagrosa vida del Sto. Hermitaño Fran-

cisco, que à no desear verle, pudiera volverse desde alli à dar suficiente razon à su dueño, de lo que gustaba saber; pero para mejor informe de todo, se llegò à Paula, (acompañado de una persona grave Ecclesiastica, que le señalò el Arzobispo) y haviendo ido una mañana al Convento del Santo le hallaron en la Iglesia oyendo Misa, la qual acabada, el Camarero se llegò á èl, y humillandose, le pidiò la mano para besarsela, lo qual visto por Francisco (sonriendose) le echò, cortès, y amorosamente los brazos al cuello. Instaba èl Camarero en besar à Francisco la mano; pero èl rehusò siempre, y lè dixo: Mas justo es (Monseñor) que yo bese las vuestras, pues ha treinta y tres años estàn consagradas con el Sacro Orden Sacerdotal. Admiròse el Camarero de oir referir tales, y tan altas palabras, conociendo por ellas tenia aquel Siervo de Dios espiritu Profetico. Pidiò le

tuviese por bien, que hablasen de espacio en su Celda, y el Sto. vino en ello con mucho gusto; y para mejor agasajar à tan honrados huespedes, ordenò à un Religioso, los llevase un poco de lumbre (por hacer tiempo fresco à la sazon) y estando yà en la Celda, diò cuenta el Camarero al Sto. de la ocasion de su venida, y de otras cosas concernientes: y haviendo tenido noticia del rigor de vida de que usaba el Sto. le aconsejò templasse sus mortificaciones, y penitencias, para conservar su vida para bien de muchos, y otras cosas à este modo; lo qual oido por Francisco, acercòse à la lumbre, que se les havia trahido, y tomando en su mano unas asquas encendidas, teniendolas en èlla, como si fueran apacibles rosas, dixo al Camarero: Verdaderamente (Monseñor) à los que sirven à Dios con perfecto corazon, todas las criaturas los obedecen, que su mano no està abre-

viada para socorrer à sus siervos. Admiraronse sobre manera el Camarero del Papa, y su Asistencia, de vèr semejante accion; y fervor tan extraordinario, y luego se postraron en tierra, procurando besar los pies al Santo; pero permitiendolo èl le besaron el Habito con gran devocion, y humildad, y despues de haver dado fin à la visita, se despidieron cortesmente del Santo, pidiendole encarecidamente encomendase à Dios mui de veras à su Santidad, el estado de la Iglesia, y à ellos mismos; lo qual el Santo ofreciò hacer con gran voluntad, y afecto, por sì, y por medio de sus devotos hijos.

Cosa de seis años, despues que comenzò el Siervo de Dios Francisco aquella su primera fundacion de Paula, se llevò N. Señor para sì à su mui virtuosa Madre Viena, celebradas sus exequias, y viendose libre, y solo su no menos vir-

tuoso, y devoto Padre Jacobo Martolilo, se resolviò à entrarse Religioso en compañia de su santo hijo. Diòle el Habito de Donado en el mesmo Convento de Paula, con gran gozo, y espiritual alegria de ambos, y al cabo de algunos años de Religion, acabó loable, y santamente su carrera.

Estando un dia en la cantera el Siervo de Dios Francisco con sus ayudantes, sacando piedra para la obra, sucediò, que cierta persona principal, Señor de vasallos, fue allà à hablar al Santo, y haviendo comunicado sus negocios con èl, se queria volver à Paula; pero como el Sto. tuviese noticia de que el tal señor oprimia à sus vasallos con excesivos tributos, y por tener ocasion de corregirle, le dixo: Por caridad, señor, que lleveis de camino esta piedra à nuestra obra. Era la piedra grande, y asi dixo el Caballero: No podrè yo llevarla, Pa-

dre Francisco, que son mis fuerzas mui flacas para tan gran peso. Replicò el Sto pues llevad estotra, que es menor, y yo llevarè esa: hizòse asi, y yendo ambos cargados con sus piedras, el Santo le fue diciendo por el camino, que como èl no havia podido llevar la piedra mayor, por ser mas pesada, ni sus vasallos podian tampoco llevar los pesados tributos, que les cargaba; y asi, que les aligerase la carga, y que le podrian llevar facilmente, como èl havia llevado la piedra pequeña desde la cantera à la obra.

En este Convento de Paula hizo labrar el Santo una celdita, ò pequeña hermita, retirada, donde à veces se escondia, en ocasion de negocios de mayor importancia, porque no le inquietasen, haviendoselas alli à solas con Dios algunos dias, y muchas noches, de suerte que huvò ocasion en que en seis, ò en ocho dias no saliò de alli, ni se supo huviese comido

do cosa alguna en todos ellos, porque despues hallaban el pan, y agua que le havian llevado donde se lo havian dexado.

Delante de la referida celdita, ó hermita, donde el Siervo de Dios Francisco solia retirarse; plantò en una ocasion algunas encinas, que despues se hicieron mui grandes, y frondosas, en ellas se han notado dos cosas extraordinarias. La una es, que una ocasion hizo el Santo en el tronco de ellas una Cruz con su dedo, y siempre permanece la Cruz vistosa, y patente, y es mui venerada de los Fieles, que tienen noticia de el caso. Y la otra cosa notable es, que una de aquellas encinas, la mañana dos de Abril (Fiesta dedicada al Sto.) amanece con hojas, y pimpollos tan vistosa, y fresca como podia estàr al fin del Verano, que muchos vàn, por ser cosa tan extraordinaria, à verla.

Tuvo el Siervo de Dios S. Francisco

mui familiar amistad con un Gentilhombre de Paula, llamado Nicolao Ricardo, que naciò la misma noche que èl, mozo virtuoso, y de honrados respectos. Salieronse un dia los dos por la orilla del mar, paseandose (quando tendrìan à veinte y dos años de edad) caminaron casi una legua, hasta un sitio donde havia una columna antigua de piedra que no servia para nada alli. Pareciòle à Francisco, que serìa bien llevarla à su obra para aprovecharla en algun ministerio. Vino en ello el amigo, y le dixo, que èl harìa fuese un carro por ella, para que se la llevasen al Convento; â lo qual dixo Francisco à su amigo: Teniendo vos tan buenas fuerzas, no serà necessario carro, y que asi probase, si la podria llevar. Reìase el amigo, por parecerle imposible llevarla un hombre solo, por su gran peso. Finalmente, dixo Francisco à Nicolao, que probase, y tomase

mase por Dios aquella mortificacion. Alzòla facilmente del suelo Francisco, y acomodòsela al amigo debaxo del brazo, desuerte, que la pudo llevar hasta el Convento, tan facilmente, como podria llevar su espada. Llegados à la obra, la acomodaron en cierta parte derecha, y despues el Siervo de Dios Francisco puso sobre ella una Cruz de hierro, la qual se dice permanece al presente, como entonces se acomodò.

Estando trabajando un dia el Sto. con algunos de sus compañeros, en la obra de la Iglesia del referido Convento de Paula, haviendo llegado la hora de comer, les dixo à los demàs se fuesen à comer, y él se quedò alli solo, disponiendo algunos materiales para la obra, y concluìdo aquello, se puso en oracion junto al sitio donde se havia de hacer el Altar (mientras comian los demàs) en breve se engolfò en un marabilloso extasis,

de suerte, que quando los otros volvieron, estaba elevado de la tierra no poca distancia, y despedia de su rostro vistosos rayos de luz, y parecia tener sobre su cabeza tres coronas de piedras preciosas mui brillantes, al modo de las Tyaras de los Pontifices. El primero que viò esto fue el Padre Fr. Nicolàs Nochel, y admirado de vèrlo fue luego à llamar à Fr. Angelo de Sarracina, y à Fr. Florentino de Paula para que tambien gozasen de tan marabillosa vision; y estando todos tres gozando, el Fr. Angelo reparò en otra cosa notable, en que sus compañeros no havian reparado, y fue, que haviendo dexado los cimientos, quando se fueron á comer, al igual de la tierra, en la parte de la pared; del lado del Altar, quando volvieron, los hallaron levantados no poca distancia de la tierra. Volvió el Sto. en sì de su extasis, y se puso à trabajar en su obra, como si nada de

lo referido huviera sucedido, alabando à Dios aquellos tres Religiosos, por los favores que hacia à su Siervo Francisco, y à ellos les havia hecho, disponiendo participasen de tan marabillosa vision.

Havia en Paula un Escribano, que ganaba su vida en su ministerio de escribir; sucediòle de cierto accidente, que se le pasmò la mano de su exercicio, de manera, que se hallaba mui afligido, y desconsolado. Acudiò à pedir remedio al Siervo de Dios Francisco; y haviendole èl consolado, le diô unas yervas, para que con ellas hiciese un cocimiento, y se lavase la mano. Despidiòse agradecido, confiado en el remedio, y fue cosa marabillosa, que en llegando à su casa, aun antes de aplicar el remedio à su achaque, se hallò bueno, y sano como si tal no huviera tenido.

Tambien havia en Paula dos casados, gente principal, que en algunos

años de matrimonio, nunca havian tenido sucesion: el marido era hombre virtuoso, y devoto; pero la muger se preciaba mas de dama, y adelantada, que de recogida, estimando mas su gusto, que su reputacion. Deseaban mucho tener algun hijo, que sucediese en su hacienda, y asi pidieron à un Clerigo deudo suyo, rogase al Siervo de Dios Francisco, se lo suplicase à N. Sr. les diese fruto de bendicion. El Clerigo lo hizo asi, y oido el recaudo por el Santo le respondiò estas palabras: Volved, señor, à casa de vuestros parientes; dirèisles de mi parte, que tengo firmes esperanzas en el Sr. que limpien luego sus conciencias, y despues de haver recibido el Santisimo Sacramento, se vayan à su huerto, y hallaràn (por la gracia del Sr.) en una higuera de èl dos higos, el uno blanco, y el otro negro, este comerà la muger, y el blanco el marido, y presto conseguiràn

el

el fin de sus deseos. El Sacerdote estuvo mui atento al recaudo, y reparò mucho en la circunstancia de los higos, por ser entonces por el mes de Enero, que le parecia imposible hallarlos en la higuera; y visto por el Santo el reparo, le dixo: En caridad amigo, que ello ha de ser asi, id con Dios. Fuese el Sacerdote, y refiriò à sus parientes lo que el Santo le havia dicho, y ellos confesaron; y comulgaron; y hecho esto, entraron en su huerto, y hallaron los dos higos tan frescos, y sazonados por el mes de Enero, como si fuera por el mes de Junio. Comieronlos, y dentro de pocos dias se sintiò preñada la dama; pero no mereciò vèr cumplidos sus deseos, por no haverse emmendado en las costumbres, de suerte, que por cierto desman que hizo, malpariò la criatura, con gran sentimiento suyo, y de su marido. Pasados algunos dias, volviò el Sacerdote à dar

cuen-

cuenta al Santo de lo sucedido, rogòle de nuevo favoreciese con sus oraciones à los casados sus parientes; pero el Santo le dixo: Por caridad, que la gracia no està propicia para recibirla otra vez, por la ingratitud de la primera, con que despidiò al Sacerdote que intercedìa.

Haviendo ido el Siervo de Dios Francisco, en cierta ocasion, à la Ciudad de Florencia, tuvo noticia de su llegada à ella un Principe (llamado Laurencio de Medicis) y por las noticias que tenia de sus muchas virtudes, y milagrosa vida, le visitò, y llevó un dia à comer à su casa. Este señor tenia entonces consigo un hijo de edad de doce años, llamado Juan de Medicis; y haviendo acabado de comer todos juntos, el Principe dixo en secreto à su hijo: Llegad, y besad la mano al Padre Fr. Francisco, que es un Sto. Executò el Mancebo el mandato de su padre; y el Santo abrazando al mancebo

cor.

cortès, y afectuosamente le dixo: A lo menos, señor, quando vos fueredes Papa (que no serà tarde) serè yo Santo. Vino en efecto á ser Papa el tal mancebo, corriendo el tiempo, y se llamò Leon Decimo; y asi èl le beatificò, y canonizó, como adelante se referirà.

No por andar tan ocupado el Siervo de Dios Francisco en sus obras, y en acudir al consuelo de tantos necesitados, y afligidos, como cada dia le buscaban, obrando Dios por sù medio tantas marabillas, y milagros (que se refiere en la Chronica, que huvo dia de ciento) nò dexaba de atender con gran solicitud, y vigilancia al gobierno de los de su familia, ni tampoco à los exercicios de repetida oracion, y mortificacion, repartiendo el tiempo de manera, que sin admitir instante de ociosidad, procuraba hallarse siempre en todo; gobernando, como prudente, y vigilante Superior, y

atendiendo à las obras, y à los demàs humildes exercicios del Convento, como si fuera el menor subdito de èl. Otras muchas cosas se pudieran referir, que sucedieron en Paula mientras el Siervo de Dios Francisco edificò aquel su primer Convento por espacio de diez años; pero como el fin de esta Historia es solo dar à entender breve, y sucintamente su vida à los que menos noticia tienen de ella, refiriendo algunos de los mas particulares milagros que Dios obrò por èl, se dexan en silencio en esta, y otras ocasiones de fundaciones, y otras muchas circunstancias milagrosas que sucedieron, que à los menos curiosos les importa poco no saberlas; y los que lo fueren, podràn facilmente en la Chronica buscar lo que gustaren, ò necesitaren. Y asi, solo dirè ahora aqui, que fue tan grande la devocion, que el Sto. Varon Francisco de Paula tuvo con la Virgen Maria Nra. Señora,

y

y con el Serafico Padre San Francisco de Asìs, en agradecimiento à sus favores, que les dedicò aquella su primer Iglesia, intitulandola de Santa Maria de los Angeles, y de San Francisco, si bien despues comunmente la llaman de San Francisco de Paula.

Fundacion del Convento de Paterno.

TEniendo ya fundado el Convento de Paula el Siervo de Dios Francisco, y poblado de Religiosos mui virtuosos, y exemplares; y haviendole bendecido su Iglesia el Ilustrisimo señor Arzobispo de Cosencia Pirro, con su licencia, y beneplacito, se determinò de pasar à fundar segundo Convento à la Villa de Paterno, en la misma Diocesi, por los mismos años mil y quatrocientos y quarenta, y quatro. Comenzòse à fundar felizmente, con el favor de Dios, y

liberales socorros de los naturales de aquella Villa, y comarca; pero envidioso el comun enemigo de tan espirituales, y utiles progresos (permitiendolo Nro. Señor) le comenzò à poner innumerables estorvos, y tropiezos, lo qual en particular se experimentò, en que à veces hallaban el dia siguiente deshecho lo que havian fabricado, el antecedente. Otras hacia caer los Oficiales desde los andamios, entre los quales fue uno el Maestro de la obra, tal que de la caida se abriò la cabeza, y muriò luego, y poco despues le resucitò el Santo. Otras hacía immoviles las piedras, que se havian de subir al edificio: y en particular sucediò en una ocasion, que haviendo de subir una gran piedra para asentarla sobre la puerta de la Iglesia de aquel Convento, no huvo modo de poderla subir muchos hombres, hasta que conociendo el Santo de donde pendìa el impedimento, mando

dò al Demonio (oyendolo los presentes) que sin dilacion alguna desistiesen de sus dañados intentos, y ayudase à poner aquella piedra en su lugar, y apenas el Sto. se lo huvo mandado, quando se conociò haberle obedecido; pues luego con facilidad pudieron subir la piedra, aunque diò bien muestras de forzada ayuda, pues al asentarla, la hendiò un poco por medio, la qual señal se vè siempre en ella, en testimonio del suceso. En otra ocasion sucediò otro tanto subiendo una viga, que hasta que el Santo asiò de ella para ayudarla à subir, no la pudieron hacer perder tierra muchos hombres.

No se contentaba el enemigo con solo hacer los referidos daños, sino que estando el Siervo de Dios Francisco en oracion en su Celda, lo maltrataba muchas veces rigorosamente, de manera, que oyendo algunos el ruido de las lu-

chas,

chas, su devoto hijo, y compañero el P. Fr. Pablo de Paterno, desde su Celda (que estaba conjunta à la del Santo) y le iba à socorrer.

Innumerables fueron los milagros, que Dios obrò por su Siervo Francisco mientras fundò este Convento de Paterno, y entre otros fueron dividir por medio un moral para poner en paz à dos hermanos, que teniendo ambos parte en una heredad, en que havia un hermoso moral, haviendo ellos concedido al Santo paso, y camino por ella, para poder ìr la gente desde la Villa à nuestro Convento, era fuerza quedase el moral en la parte del un hermano, ò la otra parte sin èl, y sobre esto estaban mui disgustados los dos hermanos; pero el Sto. favorecido de Dios, alcanzò de su Divina Magestad se partiese, y dividiese el moral milagrosamente en dos partes, y que en cada parte de heredad quedase su me-

diò

dio moral, frondoso, y fructifero, y en medio del moral el camino; de suerte, que los dos hermanos quedaron contentos, y el Sto. con el paso necesario para su Convento.

En una ocasion plantò seis castaños; ò por mejor decir, sembrò seis castañas, de que en breves horas se criaron seis mui hermosos castaños, à fin de aplacar à un hombre, que estaba impaciente; porque sin su licencia le havian cortado uno para la obra de aquel Convento.

En otra ocasion diò vista à un ciego poniendole cal viva en los ojos.

Sustentò en otra muchos hombres con solo un pan, y sobraron algunos pedazos.

En tiempo de falta de pan, sucediò tal vez sacar un higo de la manga, y repartirle entre veinte hombres, que trabajaban en su obra, y quedar cada uno tan satisfecho con su partecita de higo,

como si huvieran comido alguna cosa de gran substancia.

En diferentes veces resucitò en esta obra otros tres Oficiales, que cayendo, se mataron; y al uno, que volviò à caer despues de haverle resucitado, le volviò à resucitar segunda vez, que parece andaban en competencia el enemigo haciendoles mal, y el Sto. sanandolos, y resucitandolos, con que los Oficiales andaban despues sin temor, por la confianza que tenian en la virtud de su milagroso Medico.

Tambien resucitò por aquel tiempo una niña que le llevaron al Convento muerta, à quien havia ahogado el enemigo en la cuna.

Sacandose piedra de una cantèra, que estaba en parte alta, en dos ocasiones se desgajaron dos peñascos, el uno juzgaron los Oficiales havia cogido un pie al Sto. y hechoselo pedazos, y no le hizo

daño, y el otro yendo rodando à parte donde podia hacer daño, le mandò el Santo se detuviese, y le obedeció, deteniendose donde le alcanzò el mandato.

Estando un Carpintero labrando una viga para la obra de aquel Convento, se cortò un pie con la hacha. En sabiendolo el Santo le fue à poner unas yervas sobre la cortadura, y le echò la bendicion con que sanò luego.

Andando à caza un dia unos hombres, en tiempo de nieves, encontraron acaso en un monte un hombre muerto, que se havia elado en la nieve; y compadecidos los cazadores del difunto, se determinaron de llevarle à la Villa en una de sus cavalgaduras. Hicieronlo asi; y despues se lo llevaron al Santo, y le pidieron hiciese oracion por èl: recibiòlos el Siervo de Dios caritativamente, y luego se puso à rezar, mirando al difunto con particular atencion, y poco despues

le

le asiò reciamente de una mano, y dixo à los presentes: Por caridad, hermanos, que està vivo este hombre, levantate, amigo, en el nombre de Jesus, y anda. A penas huvo dicho el Santo estas palabras, quando el hombre se levantò vivo, y sano, y comenzò à mirar à todos, y referir la ida al monte, y como se havia elado en èl, y muerto de frio, havia algunos dias, y luego diò gracias à Dios Nro. Sr. y à su Siervo Francisco, por la caridad recibida. Hizole dar de comer el Sto. en el Convento, y dixole, que mirase como vivia, y procurase no le cogiese la muerte en pecado, y luego se fue con Dios, quedando admirados los què lo vieron.

Una Religiosa Franciscana havia cosa de diez años, que estaba tullida en su Convento de Cosencia, y como oyese referir tantos milagros del glorioso Padre San Francisco de Paula, hizo quantas

dili-

diligencias pudo, para que sus deudos la llevasen â Paterno, donde el Santo residía entonces. En efecto, lo consiguiò, la llevaron á su presencia. Apearonla de la cavalgadura con gran tiento, y espacio, por no aumentarle dolores; luego que el Sto. la viò asentada en el suelo (como sonriendose) le diò la bien venida, y le dixo: Por caridad, que se levante nuestra hermana, y nos ayude à llevar estas piedras hasta la obra, à que ella respondiò: Padre, si no me puedo menear, como podrè ayudar à llevar piedras? Y entonces dixo el Sto. à los que havian trahido à la enferma: Pues levantarla en el nombre del Sr. y tome esta piedra, y llevela hasta aquella puerta. Levantaronla del suelo, y luego se hallò sana, y llevò acuestas la piedra, hasta donde se le havia ordenado, alabando à Dios, por las misericordias, que con ella havia usado. Y el Santo la dixo: Por caridad, que las

Esposas del Sr. si de veras le sirven siempre son favorecidas de su gracia. Despidiose del Santo cortès, y agradecida, y luego se volviò alegre, y consolada à su Convento, con los que la havian trahido à Paterno.

En la misma Villa estaba enferma en la cama una Señora principal, y deseosa de alcanzar salud, pidiò à su marido, rogase al Santo le enviase alguna cosa suya, para venerarla, y consolarse con ella. Su marido (que se llamaba Nicolao Monaco) refiriò al Santo el recaudo de la enferma, rogandole la encomendase à Dios, y le diese algo con que poderla consolar. Oido el recaudo por el Santo, quitòse el Cordon, que trahia ceñido, y diòsele à Nicolao, diciendo: Llevad, señor este Cordon à la Enferma, que Dios proveerà de otro. Estimò en mucho Nicolao la caridad, y cortesia del Santo, y volviòse à su casa mui alegre, y en llegando

gando à ella, y dando el Cordon à su muger, fue tan grande su devocion, y Fè, que en breve se sintiò buena, y sana. Al referido milagro se le juntò otra circunstancia milagrosa, que le añadiò gran realce, y credito. Haviase quedado el Sto. sin Cordon, por haver enviado el suyo à la referida enferma, y como no tuviese otro que ponerse, dixo à un Religioso (que se llamaba Fr. Antonio) que traxese luego un azadon, y haviendole trahido, le mandò cabar en un huertecito, que tenia el Sto. y à tres, ò quatro golpes que diò en la tierra, descubriò un cordon nuevo, y limpio de lana, que no se podia desear mejor, y luego dixo à Fr. Antonio: Sacale, y hazle los nudos como sabes. Hizólo asi el Religioso, estando admirado de haver hallado alli aquel cordon; y asi, dixo al Santo: Padre mio bendito, vos pusisteis aqui este Cordon? A que el Santo respondiò: No; por

por cierto, sino el Sr. que todo lo puede, y todo lo remedia; èl nos dice, que dèmos, y recibirèmos: Y asi como yo dì el mio, èl me envia este. Sea bendito para siempre.

En la Ciudad de Cosencia pariò una Señora principal (muger de Julio Rechi) un niño, que havia de ser Mayorazgo de su casa, y naciò la criatura tan disforme, y monstruosa (desde el cuello arriba) que causaba admiracion, y compasion verla, porque no tenia rostro, ni faccion alguna, sino que todo era un pedazo de carne liso, y disforme, como lo de la parte de la cabeza. Vieronse desconsolados sus Padres con tal monstruosidad, y teniendo noticia de las marabillas que Dios obraba por medio de su Siervo Francisco, se resolvieron à inviarle el niño à Paterno con un gentil hombre de su casa (llamado Marcos) suplicandole se doliese de su trabajo, y se le

ofre-

ofreciese à Dios, para que dispusiese de èl lo que mas conviniese. Haviendo llegado el gentil-hombre con el niño à la presencia del Sto. se compadeciò mucho de èl, y de sus Padres. Alzò los ojos al Cielo (como haciendo oracion un rato) y luego humedeciò sus dedos con su propria saliva, y estando Marcos de rodillas con el niño en sus brazos, el Siervo de Dios Francisco le fue señalando los ojos, cejas, narices, y oìdos, y luego dixo al gentil hombre: Por caridad, señor Marcos, que vos abrais las facciones de este Angelito con vuestras manos. Hizolo el gentil hombre, y luego se vieron hechas milagrosamente, y tan hermosas, y perfectas, como se podian desear, comenzando luego el niño à mirar à todos, y à reirse, como agradeciendo el bien recibido de Dios, por medio de su Siervo Francisco. Causò notable admiracion este milagro à todos los que

antes havian visto la monstruosidad del niño, y en particular à Marcos el gentil hombre, que estaba como atonito, y fuera de si de lo que havia visto, y quisiera tener alas para poder ir antes a dar tan alegres nuevas à sus dueños. Mostròsele agradecido al Santo en nombre de ellos, y despidiòse de èl cortesmente, y volviòse à Cosencia con su ya hermoso niño, sobremanera alegre, publicando à voces el milagro por los caminos, y en llegando à casa de sus dueños, refiriendoles el suceso, aun no lo creian, hasta que viendo el niño tan lindo, y gracioso, se deshacian en lagrimas de contento, y gozo, no cesando de dàr á N. Sr. infinitas alabanzas, porque tal virtud, y potestad havia comunicado à su Siervo S. Francisco de Paula. Criòse el niño, y mientras viviò fue siempre gran devoto, y bien-hechor de nuestra Religion, acordandose de lo que debia à su San-

Santo: Fundador, segun la relacion, y exemplar de sus padres.

Aunque el Siervo de Dios Francisco de Paula (que comunmente yà le llamaban asi todos) era tan estimado, y venerado por su gran santidad, y milagrosa vida; como queda insinuado, no faltaron algunas personas envidiosas, y faltas de caridad, que sin duda, instigados por el enemigo, pusiesen lenguas mordaces en el modo de proceder, y de curar enfermedades el Santo, y en particular referirè la historia, que un Religioso grave de cierta Orden, que à la sazon residia en Paterno (llamado Fr. Antonio Escucesta) diò en desautorizar al Santo en secreto, y en publico, de manera, que siempre que se ofrecia tratar de èl, hablaba como pudiera de un su enemigo declarado, que à no estàr la virtud de Francisco tan acrysolada, y bien fundada, bastàra aquella oposicion para desacre-

ditarla, y deslustrarla; porque se dexaba decir, que Francisco era un hombre idiota, y sin letras, que fingìa santidad, que curaba con polvos, y yervas, y otras cosas à este modo: Y no satisfecho con esto (incitado del enemigo, y de otros de su opinion) tuvo atrevimiento un dia para ir al Convento, y celda del Santo à hacer pruebas de su paciencia, donde le dixo con libertad, y osadia todo quanto su pasion, ò envidia le ofreciò à su mordaz, y desenfrenada lengua. Escuchòle el Siervo de Dios Francisco, con admirable paciencia, y sufrimiento (como verdadero Discipulo de Christo) quanto le quiso decir, y para confundir la demasia de su rigoroso Fiscal inclinòse el Siervo de Dios àzia un brasero de lumbre, que havia alli, y cogiò de èl dos asquas encendidas, y con su acostumbrada modestia, le dixo estas palabras: Hermano, y Padre mio Antonio, todas las

cosas se pueden hacer con la virtud del Sr. à cuya voluntad nadie puede resistir: Amemosle siempre, como èl nos ama, y nada nos serà dificultòso. Puso N. Sr. tanta gracia, y eficacia en la accion, y palabras de su Siervo Francisco, que el Religioso se quedò atonito, y admirado de lo que havia visto, y oìdo, sin saber que decir, ni replicar, antes reconociendo ya su sinrazon, y pasion, la maciza virtud, y candidez del Siervo de Dios Francisco, se postrò à sus pies, y le pidiò humildemente perdon de su indiscreto zelo, y de lo que apasionadamente havia dicho de èl en ocasiones; lo qual visto por el Santo le levantò amorosa, y pacificamente, diciendole, que pues era hombre docto, Predicador, y Religioso honrado, se fuese à la mano en adelante en censurar, y calumniar lo que acaso no alcanzaba à conocer. Con que quedò aquel Religioso tan edificado, y de-

sengañado, que en adelante no cesaba en todas las ocasiones que se ofrecian, de alabar la paciencia, la caridad, y loable vida de S. Francisco de Paula.

Estando mui apretado de su ultima enfermedad el Marquès de Aren, la Marquesa su muger, le escribiò un papel al Santo à Paterno, pidiendole encarecidamente, rogase à Dios le diese salud; y haviendo èl hecho oracion por el Enfermo, le respondiò, que su Señorìa tuviese paciencia, y se conformase con la Divina voluntad, que era de llevarle de esta vida dentro de tres dias; lo qual sucediô asi.

Padeciendo fluxo de sangre dicha señora poco despues, sanò por las Oraciones del Sto. Y haviendo ido en otra ocasion (desde otro lugar) la dicha señora à visitar ál Sto. à Paterno, dêseando èl regalarla, como à gran bien hechora de aquel Convento, no hallandose pesca-

dos

dos frescos por estàr el mar alterado, milagrosamente se viò junto al Santo de repente una cesta de varios, y hermosos pescados frescos, sin que nadie viese quien los huviese trahido, de que la Marquesa, y criados, y otros se quedaron admirados, siendo aquella señora, y los suyos regalados, teniendo la pesca por milagrosa.

Fundacion de el Convento de la Villa de Espezano.

HAviendose empleado el Santo Varon Francisco de Paula por espacio de nueve años en la Fundacion de el Convento de Paterno, pasò à fundar â la Villa de Espezano, tres leguas de alli; en esta tercera Fundacion, hallò como en las antecedentes, mui caritativa acogida, y favorables socorros para sus intentos; teniendo los moradores de aquella Villa à gran dicha, que huviese ido à

fundar à ella, por las muchas noticias que ya tenian de su santa, y milagrosa vida.

El primer milagro, que se lee hizo el Sto. en esta Villa de Espezano, fue sanar à un mancebo (llamado Gregorio Visacia) que havia algun tiempo estaba hidropico, y mui enfermo, que orando por èl, y haciendo tres veces la señal de la Cruz sobre èl, echò por la boca tanta cantidad de mal humor, que se hallò luego bueno, y sano, y tan ligero, que èl mismo se admiraba de considerarse, no cessando de alabar à Dios, y al Santo por el beneficio recibido, y quedò tan agradecido à èl, que luego rogò al Sto. le recibiese en su compañia, y vistiese su santo Habito, lo qual el Sto. hizo con gusto, y èl viviò largos años, y profesò en la Religion loablemente.

Estando un Carpintero cortando un arbol en el campo para la obra de este

Convento, acertò à salirsele la hacha del hastil, y le hiriò malamente en la cabeza. Comenzò à salirle tanta sangre de la herida, que causaba lastima, y admiracion vèrle. Hallòse à la sazon alli cerca el Siervo de Dios Francisco, y dixo al herido: Què es esto, Bernardino hermano? (que asi se llamaba el hombre) y èl respondiò: Padre yo me muero sin remedio; y el Sto. replicò: No serà Dios servido que os murais. Llegòse luego al herido, y apretòle reciamente la cabeza con sus manos, y limpiòle la sangre, con que luego se hallò sano, con admiracion del mismo Bernardino, y de otros algunos q́ alli estaban ayudando à cortar madera.

En la misma Villa, con sus Stos. consejos, reduxo à penitencia à cierto Eclesiastico relaxado, el qual poco despues pidiò al Sto. el Habito, y se le diò, y habiendo profesado, viviò en nuestra Orden mui exemplarmente.

Fundacion del Convento de Corillano.

CInco años despues de haver comenzado la Fundacion del antecedente Convento, le escribieron cartas à el Siervo de Dios Francisco de Paula, los Principes de Visiñano, pidiendole con encarecidas instancias, pasase à fundar à su Villa de Corillano, Diocesi de Rosano, ofreciendole para la Fundacion todo favor, y ayuda. Llegòse allà el Sto. y agradeciòles sus caritativas promesas: y tratandose de la Fundacion, se le diò luego sitio mui à su proposito para ella, un quarto de legua de la Villa àzia la parte del mar, en el qual sitio (con espiritu profetico) conociò havia debaxo de tierra un Edificio antiguo de muralla, y un Sepulcro, con cuyos despojos huvo harta piedra para los cimientos de la Iglesia.

Po-

Poco despues sucediò, que no hallandose piedra à proposito para hacer cal para la obra, andando el Sto. discurriendo donde se podrìa hallar (inspirado de Dios) dixo à unos hombres que iban con èl: Cabad aqui, hermanos, que para Dios donde quiera hai cantèras; cabaron alli, y à pocos golpes hallaron la mejor piedra para cal, que se havia visto en aquella tierra.

Obrò Dios muchos milagros en la Fundacion de este Convento de Corillano, por los meritos del Sto. como fue librar con sus oraciones à uno, que passando un rio, se viò à peligro de ahogarse, que se havia encomendado en sus oraciones à la partida.

Librò de la muerte à otro hombre que cortando un pino cayò sobre èl, teniendo por cierto los que con èl estaban, le havia molido el cuerpo, y el Sto. le sacò despues bueno, y sano debaxo de el Pino.

Sucediò en este Convento otro caso mui semejante al antecedente de Paula, y fue, que haviendo encendido otra calera para la obra de èl, Juan Malagrino Maestro, amenazò no pequeña ruina su excesivo incendio en los materiales; y como el Maestro no lo pudiese remediar, fue corriendo en busca del Santo, dixòle lo que pasaba: vino à vèrlo, y visto, dixo al Maestro: No tengais pena señor Maestro, que mediante Dios, ni caerà la calera, ni peligrarèmos nosotros: y dicho esto acercòse à ella, y sin entrar dentro (como la otra vez) con sus manos reprimiô las llamas, y reparò las quiebras que havia, sin que el ſuego ofendiese al Sto. en las manos, ni en un pelo de su ropa, con haver estado arrimado al incendio, y que parecìa le bañaban sus llamas.

Por haver sucedido el siguiente milagro en otra calera, aunque no en este, ni

en otro Convento de la Orden, me ha parecido acomodarle aqui. Sucediò, pues, en la Ciudad de Gaeta, (por aquellos tiempos) que haviendo armado otra calera un Maestro de obras, se le encendiò excesivamente al modo de las referidas, y como el Maestro se viese notablemente afligido, y desconsolado, por no saber como remediar el daño, acordòse de haver oìdo referir el milagro, que el Siervo de Dios Francisco havia hecho en la calera de Paula, y tambien de que tenia en su casa una Estampa del mismo Santo de quien era devoto. Encomendòse en su intercesion, resolviòse à ìr por la Estampa para echarla en el fuego, confiado en Dios, que con esta se apagarìa el incendio. Traxola al sitio, y luego le pareciò gran irreverencia el echarla; pero, finalmente, se determinò à partir la Estampa, y echar sola la mitad en el fuego: hizolo asi, y fue cosa mara-

billosa, que en llegando à èl, se mitigò luego el incendio, de suerte, que no se siguiò el daño que se temia; y haviendose ya cocido la cal, y apagadose todo el fuego, mirando el Maestro con atencion, si hallaba la media estampa arrojada, la hallò entre las cenizas de la calera en la forma que la echò, sana, y buena, que solo manifestaba haver llegado â tostarla un poco el fuego. La qual media Estampa guardò el Maestro con la otra con gran devocion, y la mostrò à muchas personas, refiriendoles el milagro sucedido.

Fundacion en la Ciudad de Cosencia.

POco despues de la referida Fundacion de Corillano, por los años de mil quatrocientos, y setenta, escribiò unas cartas al Siervo de Dios Francisco el Senado de la Ciudad de Cotron, en

que

que le ofreciò sitio para fundar un Convento, y algunos socorros para su fabrica; mas como el Sto. estuviese ocupado entonces en la del Convento de Corillano, se excusó ìr allà, y enviò en su lugar, para solicitar la Fundacion, al Venerable P. Fr. Pablo de Paterno, su mui amado hijo, y compañero, con otros algunos exemplares Religiosos, los quales fueron bien recibidos, y acomodados, y en breve se les diò sitiò mui à su proposito, en que fundaron un devoto Convento, que le intitularon de JESUS MARIA.

Por el mismo tiempo se le ofreciò ocasion al Sto. para fundar otro Convento en la Ciudad de Castelamar (seis leguas de la Ciudad de Napoles) y haviendo enviado à la Fundacion Religiosos à proposito, alcanzado sitio, y comenzado à labrar, parece, que el enemigo envidioso de tan felices progresos (permi-

tiendolo Dios para mayor prueba, y corona de su Siervo) procurò impedirlo, por los medios que referirè. Moviò, pues, el enemigo los animos de algunos Personages del Palacio del Rey D. Fernando el Primero de Napoles (estos que llaman Estadistas, ò Arbitristas) para que sin fundamento hablasen mal de los procederes del Siervo de Dios Francisco, hasta llegar à decir al Rey, que ocasionaba menoscabos en la hacienda Real, que sin su orden, ni licencia edificaba Conventos en su Reino; que era un hombre libre, y atrevido, que sentìa mal del comun gobierno, y no bien de la prosecucion de las guerras, y otras cosas à este modo; lo qual oìdo por el Rey, se indignò sobre manera contra el Siervo de Dios: lo mismo hicieron sus dos hijos, el Duque de Calabria, y el Cardenal de Ungria, el qual Cardenal, teniendo noticia de la nueva Fundacion de Castelamar,

lamar, se llegò allâ un dia desde Napoles, y no solo les mandò à los Religiosos Fundadores no prosiguiesen la Fundacion, y obra, sino que los hizo echar de Castelamar, y mandò se volviesen à donde antes vivian; con orden, que dixesen à su Superior, que en adelante no fundasen mas Conventos sin licencia del Rey, porque se los derribarìan, y á èl le castigarían. Echados de Castelamar los Religiosos Fundadores, el Cardenal hizo deshacer lo que ya alli se havia fabricado, y el sitio le aplicò para sì, y en èl mandò hacer un Palacio, y casa de recreacion; pero no permitiò Dios lo gozase, como no permitiò su Divina Magestad gozasen los herederos de el Rey de Achab la viña, que injustamente quitaron sus padres al justo Naboth; mas antes haviendo ido poco despues el Cardenal à Roma, muriò en ella dentro de un año, apresuradamente; attribuyen-

do algunos su corta vida, al agravio que havia hecho al Santo Fundador Francisco, y sus Religiosos, estorvandoles sus santos intentos; y quitandoles injustamente la posesion que Dios les havia dado para que en ella le sirviesen.

Despues de la muerte del Cardenal (recelandose acaso el Rey de lo insinuado) por consejo de los referidos Estadistas, mandò à un su Capitan de Galera fuese en busca del Santo, y se le llevase preso à Napoles: executò el Capitan el mandato, y llevando cinquenta hombres en su compañia, dirigiò su viage à Corillano, donde supo estaba à la sazon. Caso bien semejante al que le sucediò al Profeta Elìas, quando le enviò à prender el Rey Acab; pero como fuese el Siervo de Dios Francisco menos rigoroso que Elìas, no usò de semejante demonstracion que èl; mas sabiendo de la venida de aquella gente, y sus intentos,

poco antes dixo à sus Religiosos, que no temiesen, por lo que veìan en breve, y haviendose ido à la Iglesia con algunos de ellos, se estuvo allì en oracion, con la quietud, y sosiego, que pudiera estàr, si semejante ocasion no sobreviniera. Llegados sus contrarios al Convento, le buscaron por todo èl con grande diligencia, y no hallandole, baxaron à la Iglesia, y solian pasar algunas veces por junto al Santo, sin verle, ni conocerle, por haverle hecho Dios invisible à los ojos de sus enemigos. Anduvieron largo rato dando vueltas de unas partes à otras, sin provecho, hasta que viendolos tan inquietos, un Oficial de Carpintero, que trabajaba en el Convento, se llegò al Capitan de la quadrilla quinquagenaria, y le dixo: En esto echareis de vèr (Señor Capitan) que el Siervo de Dios Francisco, à quien buscais, està innocente, en que haviendo pasado muchos de

vosotros por junto à èl, no le haveis visto, ni conocido, venios conmigo, y vereis las marabillas que Dios obra por èl. Baxaron à la Iglesia donde el Santo estaba en oracion, y luego se les manifestò, como si despertàra de un celestial sueño, con el rostro encendido, y resplandeciente, al modo que se viò el de Moisès, quando descendiò del Monte de comunicar con Dios. Y viendo el Santo al Capitan, y Compañia junto à sì, les dixo estas palabras: A quien buscais, hermanos, en la Casa de Dios, à fuer de los Exercitos? Lo qual oido por ellos, luego cayeron en tierra deslumbrados, y atonitos, al modo que les sucediò à los que fueron à prender à Christo Nro. Sr. Alentòles el Sto. y volviendo en sì le pidieron perdon de su atrevimiento, dando por disculpa la obediencia, que debian tener à las ordenes de su Rey, y Señor, que los enviaba. Oido esto por el

Santo ayudò à levantar al Capitan, diciendole: Creed, señor Capitan, que por ahora, ni tan presto, no tiene necesidad su Alteza de mi persona, que haria falta à mis hijos; os podeis volver en paz, en tomando un refresco de lo que huviere en casa. Dicho esto, sacò de la manga tres candelas de cera de las que solia distribuir, y diòselas al Capitan, diciendole: Darèis estas candelas al Rey, al Duque de Calabria, y à su muger, dirèisles, que les aviso de Nro. Sr. procuren aplacar su ira con penitencia, si quieren escusar un gran castigo del Cielo, en que venga el Rey à tanto peligro, que se vea en ocasion de perder el Reino, y la vida, miserablemente. Despues de lo referido, guiaron al Capitan, y Soldados al Refetorio el Santo, y otros Religiosos; y fuè cosa marabillosa, que no haviendo en el Convento entonces mas que solos dos panecillos, y cosa de una

azumbre de vino, el Santo varon Francisco la distribuyò por su mano con tanta gracia, y caridad, que no solo huvo para el refresco de todos los huespedes lo necesario, sino que sobrò para comer despues los Religiosos. Despidiòse del Convento, edificadisimo de la bondad, y santidad de Francisco, y volviòse à Napoles à dar razon al Rey de su viage, el qual se quedò notablemente admirado, asi de oir el recaudo, que le enviò, como de lo que el Capitan le refiriò le havia pasado con èl.

Considerando despues el Santo varon Francisco (à lo que se puede presumir) que el Rey de Napoles, mal informado de sus procederes, podia hacer adelante otras mayores demostraciones de su enojo, si proseguia con mas Fundaciones de Conventos en Calabria, tomando el consejo del Santo Evangelio, que dice: Quando los Siervos de Dios son perse-

gui-

guidos en una Ciudad, puedan huìr à otra, se resolviò de ausentarse de aquellos Paises por algun tiempo, y pasarse á las Islas de Sicilia, para procurar (mientras se le pasaba al Rey el enojo, ò se trocaban las cosas) fundar en aquellas partes algun Convento, en que fuese Nro. Sr. servido, y los Fieles edificados. Para esto, haviendo dispuesto del gobierno de los Fundados, se partiò à esta empresa desde Corillano con dos compañeros, que se dicen fueron el Padre Frai Pablo de Paterno, y el Hermano Fr. Juan de S. Lucido, aunque (segun se pinta de ordinario el milagro del transito, desde el Puerto de Catona al de Milazo, y se refiere en las Lecciones del Breviario Romano en el Oficio comun de nuestro Santo) no fue mas q̃ uno el compañero. Pero siguiendo la narrativa de la Cronica, y dado caso, que fuesen dos de ellos con el Santo, dirigieron su viage à el refe-

rido

rido Puerto de Catona, que era el mas à proposito para sus intentos. Yendo, pues, caminando los tres Siervos de Dios à pie, y con poco, ò ningun dinero, y en tiempo de hambre, que aun con èl no se hallaba pan, à pocas leguas andadas encontraron en el camino una tropa de caminantes, que iban al mismo Puerto, y entre ellos iba un Clerigo, natural de la Villa de Arenas, Diocesi de Melito, llamado Bernardino. El Santo varon Francisco, despues de haverles saludado, les dixo, que si acaso llevaban algo de pan con que socorrer à èl, y à sus compañeros, que iban con necesidad.

A que todos respondieron cortesmente, que se holgàran mucho de llevarlo, para servirles con ellos; pero que ni aun para sì lo tenian, ni lo havian hallado por su dinero, y que cada uno tomàra un pedazo de mui buena gana. Oido esto por el Santo, dixo al Sacerdote: Por ca-

ridad, señor, que llevais pan en las alforjas, que como vuestro oficio es sustentar las almas con el Pan Divino, ahora querrà el Señor, que en vuestras alforjas hallemos al que sustenta los cuerpos. El Sacerdote afirmaba, que no lo llevaba, que à llevarlo no fueran èl, y sus compañeros tan hambrientos. Ea, por caridad, replicò el Santo, dadme vuestras alforjas, que en ella hai pan.

En efecto, el Sacerdote se las diò para que se satisfaciese de que èl no lo llevaba. Abriòlas el Santo luego à vista de todos, y hallò en ellas un pan mui blanco, reciente, y regalado, de que se quedaron admirados, y mas el Clerigo, que afirmaba, que èl no llevaba el pan. Echòle el Santo à el pan la bendiciòn, y repartiòle con tal gracia, y caridad, que haviendo dado à cada persona (de diez, ò doce, que eran en todos) un gran pedazo, y tomando para sì lo necesario, huvo para

satisfacer todos su hambre cumplidamente, juzgando los de la tropa, que Dios debia de haver criado milagrosamente aquel pan en las alforjas, ò enviadoselo à su Siervo Francisco por ministerio de algun Angel, para consuelo, y refrigerio de todos, por lo qual, y por la apacible compañia de los devotos Religiosos, se fueron con ellos con mucho gusto hasta el Puerto de Catona, donde se despidieron de ellos cortesmente, pesarosos de no poder gozar mas tiempo de su devota, y santa conversacion.

Poco despues de haver llegado el Santo, y sus Compañeros à Catona, tuvieron noticia de que estaba un Navio en la Marina, disponiendose para partirse al Puerto de Milazo, que era el primero de las Islas de Sicilia, parage à donde los Siervos de Dios pretendian navegar: y asi, luego fueron à Marina, à saber si los querian pasar en aquel Navio, la

dis-

distancia, que llaman el Faro de Mecina. Acercaronse al Navio, y el Santo Varon Francisco (con mucha humildad, y cortesia) rogò al Patron de èl, le hiciese caridad, y limosna de pasarlos el Faro, porque eran unos pobres Religiosos, que no tenian con que poder pagar el flete. Oido esto por el Patron, respondiò aspera, y desabridamente, diciendo, que no les havia costado à ellos de valde su Nave, ni comian èl, y los suyos de limosna, que Dios los guiase. Vista por el Santo la resolucion del Patron, volvióse à sus compañeros, y dixoles: Hijos, ya haveis oido lo que se nos ha respondido, pidamos à nuestro Señor nos guie.

Pusieronse de rodillas en oracion, y al cabo de un rato se levantò el Siervo de Dios Francisco, y dixo à sus compañeros: Ea, hijos, Navio tenemos con la gracia del Señor, y luego quitandose el Man-

to, le tendiò sobre las aguas, y haciendo la señal de la Cruz, se puso en pie sobre èl, teniendo su Baculo en las manos, y mandò à sus compañeros entrasen tambien, y se acomodasen sobre el Manto, como lo hicieron, y luego comenzaron à navegar con tan gran felicidad, y bonanza, que llegaron al Puerto de Milazo, mucho antes, que los del Navio; los quales viendolos ir de aquella manera, se admiraron mucho, y no poco se arrepintieron de la falta de caridad que havian tenido con gente tan santa, y milagrosa. Llegados à Milazo, salieron luego à tierra, poniendose el Santo varon Francisco su Manto tan seco, y enjuto, como sino huviera servido de Esquife en aquella navegacion. Llegò luego mucha gente à reconocer quien eran los que havìan visto venir de aquel no acostumbrado modo; y viendo eran Religiosos, tan dignos de veneracion, los reci-

bieron como à tales, y les hicieron mui devoto y caritativo hospedage.

Haviendo descansado los tres Siervos de Dios del trabajo de su viage, comunicò sus designios de procurar fundar Convento (el Santo varon Francisco de Paula) con los Gobernadores de aquella Villa, y ellos se holgaron mucho de saberlo, ofreciendole ayudar en todo lo que pudiesen: y asi en esta conformidad, en breve le dieron sitio à proposito para la fundacion en un Arrabal, que llamaban el Burgo; lo qual fuè por los años de mil quatrocientos y setenta y quatro, teniendo el Santo à la sazon quarenta y ocho de edad.

FUNDACION DE EL CONVENTO de Milazo en Sicilia.

COmenzô el Siervo de Dios Francisco la Fundacion de su Con-

vento en Milazo con gran aplauso, y ayudas de costas de los Fieles de esta Villa; porque las dulces palabras, y santos exercicios del Santo varon, y de sus devotos compañeros, trahian admirada la gente, y asi por las noticias, que ya tenian de su milagrosa llegada, como por haver comenzado el Santo à hacer algunos milagros, le veneraban todos, como si fuera un Apostol. De los primeros, que alli hizo (favorecido de Dios) fueron poner èl mismo solo con sus manos dos piedras en un Edificio, que eran menester veinte hombres para ellas, y las subiò como si fueran dos tablas.

Convirtiò en agua dulce, y buena la de un pozo salobre, que havia en el sitio de aquel Convento.

Quitò la nube de un ojo à un hombre, que ya no veìa con èl, echandole un poco de agua bendita, con que le reparò la vista.

Guiò con su Baculo las aguas de una Montaña al Convento, por partes, que parecia imposible fuesen, por las muchas quiebras que havia (al modo, que ya havia hecho otro tanto en Corillano) porque por ocasion de estas aguas se havian originado algunos disgustos, al cabo de algun tiempo, el Sto. mandò à las aguas se volviesen por donde solian ir, y correr antes, y le obedecieron, diciendo el Santo (à algunos que despues echaban menos el agua) que mas importaba tener paz, que abundancia de agua.

Dió salud à una enferma apretada de calenturas, que le enviò à decir, rogase à Dios por ella; de suerte, que quando en breve volviò el mensagero à decir à la enferma, como se lo havia dicho al Santo, ya ella sentia en sì la deseada mejoria.

Viendose en una ocasion acosado un Ciervo de los perros de unos Cazado-

res; y no hallando otro refugio para librarse de ellos, se acogiò al sagrado del Santo, que estaba un dia rezando entre una Arboleda en el campo, con que por entonces fuè libre de sus perseguidores.

En otra ocasion hizo otro tanto una Corza, estando el Santo en un monte con alguna gente, cortando madera para la obra del Convento, escapandose de la persecucion de unos Cazadores, y no trabajò poco el Santo entonces en librarla de las manos de los Obreros, que se la querian coger para comersela; mas èl, obligado de su mansedumbre, guardandole su immunidad, la señalò en una oreja, y la soltò, y enviò sin que ellos lo viessen, para que siguiese su libertad, de que no poco quedaron sentidos los Obreros.

Mui de notar es lo referido; pero comparado con lo que añadirè, parece poco: y es, que al cabo de algunos dias, viendose la tal Corcilla otra vez en seme-

jante aprieto, se fue en busca de su valedor, y se entrò en el Convento del Santo, y se fue à la puerta de su Celda (estando èl en oracion) y comenzò à dar validos, como pidiendole socorro, y hospedage: abriòle el Santo la puerta, y la recibiò cariñosamente, y tuvo en su Celda, y compañia, hasta que ella se muriò, con admiracion de los que la veìan.

Diò de comer en el campo en otra ocasion à muchos hombres con un higo, à falta de pan.

Pero entre los demàs milagros, que obrò Dios por su Siervo Francisco, durante el tiempo de esta Fundacion, el siguiente fuè mui cèlebre.

Trahia un dia cortando madera en un monte lexos de la Villa, al pie de cinquenta hombres, encargòles à la partida, que trabajasen con cuidado, que èl les enviaria un refresco. Fueron al monte, y trabajaron hasta que les pareciò era

ho-

hora de comer, y como viesen se tardaba el refresco, ò comida, que esperaban, no hacian sino atalayar, y mirar si parecia alguna persona por el camino, que fuese àzia donde ellos estaban; mas como no viesen á nadie, y les apretase la hambre, por via de entretenimiento, dexando de trabajar, se sentaron à murmurar del Sto. y estando en esto, he aqui donde vèn junto à sì de repente un hombre, que saludandolos, tendiò su capa en el suelo, y puso sobre ella un pan mui blanco, y un cuerecillo de vino, que llevaba. Holgaronse los trabajadores de vèr el socorro; pero pareciendoles poco, y que segun su hambre, cada uno de ellos havia menester para sí solo lo que llevaba para todos, se comenzaron à disgustar, y nò querian comenzar à comer: viendo esto el Portador del socorro, les rogò comenzasen à comer, que Dios serìa servido huviese para todos; final-

mente como la hambre les apretase, se acomodaron à merendar. Fueles partiendo el pan el portador, y dandoles de beber quanto querian, y ellos se admiraron mucho, de que por mas pan que el hombre partia, y por mas que bebian, no se acabase, siendo tan poco à su parecer lo que se les havia llevado, y juntamente reparaban, en que les parecìa comian cosa de mas substancia que pan. Acabada su merienda, se divirtieron en parlar unos con otros; quando quisieron preguntar al portador, de donde havia trahido pan, y vino tan bueno, y gustoso, ya se les havia desaparecido, sin saber por donde huviese ido, ni què se huviese hecho, con que de nuevo quedaron admirados, persuadiendose à que aquel hombre debia de ser algun Angel; pues ni le vieron llegar, ni partirse; ò que el Siervo de Dios Francisco en diferente trage de el ordinario les havia llevado

aquel refrigerio con que consolarlos, y animarlos. Quando volvieron à la Villa, algunos de ellos dieron al Santo muchas gracias por el refresco, y èl les dixo: Hijos, à Dios se las dad, que no le es dificultòso sustentar en el campo à los que le sirven; creed, que si le temeis, no os faltarà su socorro. Despidieronse del Santo, y despues no cesaban de referir à otros lo que les havia sucedido.

Yendose acabando el vino, que se havia trahido por junto à aquel Convento, para los Religiosos, y Oficiales, dió aviso de ello el Despensero al Santo, para que dispusiese se proveyese con tiempo de lo necesario para en adelante, y visto por el Sto. el recuerdo, dixo al Despensero estas palabras: Hijo, gastad eso que hai con nuestros hermanos, y darèis de ello à los Oficiales, y pobres, que antes que se acabe lo proveerà nuestro Señor. Hizòlo asi el Despensero, y fue cosa ma-

rabillosa, que quando pensò no havia vino para seis dias, durò lo poco que havia al pie de seis meses, con gran admiracion del Despensero, y de otros, à quienes èl lo certificò.

Siendo ya anciano el Patron, que se dixo havia negado su Nave al Santo, y à sus Compañeros, para pasar el Faro de Mecina, vino à recogerse en su ultima vejez à Milazo, y solìa ìr de ordinario à oìr Misa á nuestro Convento (despues de la Beatificacion, y Canonizacion del Sto.) y se refiere en la Historia, que se deshacia en lagrimas quando rezaba delante de la Imagen del Sto. por la ingratitud, y falta de caridad, que havia tenido con èl, y sus compañeros, negandoles la embarcacion, y pasage, quando con tanta humildad, y necesidad se lo pedian.

Al pie de tres años estuvo el Siervo de Dios Francisco en la referida Funda-

cion, y teniendo ya el Convento en buen estado) que le intitularon de JESUS MARIA) poblado de algunos exemplares Religiosos, se volviò à Calabria, su Patria, à visitar sus primeras fundaciones, y saber el estado de ellas, y los progresos de sus primeros, y mui amados hijos. Otras algunas cosas marabillosas que sucedieron en este Convento corriendo el tiempo, procurarè acomodarlas adelante, quando se trate de la devocion, que se acostumbra hacer en los trece Viernes.

Vuelto, pues, el Sto. Varon Francisco desde Sicilia à Calabria, anduvo por algun tiempo discurriendo, como solicito, y vigilante Pastor, de un Convento en otro consolando à sus hijos con su presencia, y exemplar vida, y exercitandose en muchas obras de piedad, con los demàs proximos, que en sus necesidades le hallaban siempre caritativo, y pro-

propicio. Y como huviese llegado la fama de su Santidad à los oìdos del Rey Luis Onceno de Francia (que à la sazon estaba mui enfermo en la Ciudad de Turòn, de gota coral, y otros apretantes achaques) deseò mucho vèrle, y comunicarle, prometiendose con su vista, y presencia, conseguir la salud, que por los medios de la medicina no havia podido alcanzar. Con este pensamiento, y deseo, escribiò al Siervo de Dios Francisco algunas cartas, pidiendole encarecidamente le encomendase à Dios, y procurase llegarse à visitarle, y consolarle, ofreciendo serle agradecido à sì, y à su nueva Religion, en retorno de las incomodidades que en ello tuviese. Recibidas las cartas por el Siervo de Dios Francisco, respondiò al Rey de Francia, cortès, y humildemente, prometiendo encomendarle à Nro. Sr. con todas veras; pero en quanto à ir à visitarle, se excu-

sò, diciendo, que por entonces no le podia servir en ello, respecto de andar mui ocupado en sus primeras fundaciones, y no poder desamparar sus hijos, que como plantas nuevas necesitaban de su doctrina, y asistencia, con que por entonces pudo gozar de alguna quietud, entre los cuidados de su gobierno.

No serà razon dexar de referir aqui lo que por aquel tiempo le sucediò al Santo varon con el Conde de Arenas (llamado Nicolao) gran amigo, y bien hechor suyo. Este Caballero, junto con ser mui noble, era gran Soldado, y mui experimentado en materia de las Milicias, y por las noticias que dèl tenia el Rey Don Fernando de Napoles, le mandò ìr con gente à la defensa de Otranto, que poco antes la havian tomado los Moros. Haviendo, pues, de partirse el Conde à esta jornada, no quiso hacerlo, sin despedirse primero de su Sto. Amigo, y Paisano

Fran-

Francisco: y haviendo ido à visitarle al Convento de Paterno (donde à la sazon estaba) despues de haver tenido los dos largo rato de buena conversacion, y encargado mucho el Conde al Sto. le encomendase mui de veras à Dios, y à sus buenos sucesos, y el Sto. ofrecidole hacerlo, dandole alegres esperanzas de su viaje, y victoriosa empresa, por mayor seguro, y demostracion de la voluntad, que le tenia, hizo sacar el Santo cantidad de candelas benditas de cera, y las repartiò, entre el Conde, y Soldados que le acompañaban, encargandoles tuviesen gran fee con ellas, para que experimentasen mayor felicidad en su jornada, y batalla. Recibieron las candelas con mucha devocion todos, excepto uno que tuvo por superflua la dadiva, y fue cosa marabillosa, que despues de haver pasado la batalla, se supo, que el Conde havia alcanzado una mui singular victoria,

y que los que havian ido con èl à la presencia del Sto. solo havia muerto el Soldado, que havia menospreciado la candela, que se le daba, y no la quiso recibir. Es de notar, que antes que los Moros tomasen à Otranto, lo havia profetizado el Santo, y dicholo à algunas personas, doliendose de las calamidades de Italia; y mientras durò la conquista, y libertad de aquella Ciudad, hizo grandes penitencias, y mortificaciones por el buen suceso, tanto, que en esta ocasion estuvo seis dias continuos con sus noches encerrado en su Celda, sin comer, ni beber, suplicando à N. Sr. diese victoria à los Christianos; y mereciò ser oido de su Divina Magestad. Sucediò esta libertad de Otranto por los años de mil y quatrocientos y ochenta.

Mientras pasò lo referido, recibiò el Rey de Francia la respuesta, que le enviò el Siervo de Dios Francisco de Pau-

la, y visto lo que le decia, se persuadiò à que no iria à visitarle, si persona superior no se lo mandase; y asi, se resolviò à enviar un particular Embaxador al Papa Sixto Quarto, y al Rey D. Fernando de Napoles, con cartas suyas apretadas, para que le obligasen à que se llegase à Francia, pareciendole, que por estos medios no se podía excusar el Santo.

Llegado à Roma el Embaxador particular, haviendo besado el pie à su Santidad, dandole las cartas de su Rey, y noticias de la ocasion de su venida, luego su Santidad escribió al Sto. una carta tan breve, como compendiosa, en que le decia las palabras siguientes: Yo os ruego, venerable Siervo del Señor, que nos veamos luego en Roma. Tomò el Embaxador la carta del Pontifice, y sin dilacion se partiò con ella en busca del Santo, que le hallò en Corillano. Visitòle en su Convento, y diòle razon de su lega-

cia, con que no poco se mortificó el Siervo de Dios Francisco, viendo resolucion tan apretada, à que no podia huir el cuerpo; pero juzgando ser aquella voluntad de Dios, y lo que convenia executar, comenzò luego à disponer del gobierno de sus Conventos, y à desembarazarse para la jornada.

Despidiose tiernamente de sus Religiosos, consolandolos mucho, y dandoles santos, y devotos documentos, derramando todos ellos copiosas lagrimas, por la falta que sabian les havia de hacer tan santo Padre, y Maestro: sentimiento bien semejante al que se refiere en el libro de los hechos Apostolicos, tuvieron los Discipulos del Apostol San Pablo, quando despidiendose de ellos para ír à Jerusalèn, todo era lagrimas, sentimientos, y desconsuelos de sus afligidos hijos, y queridos Discipulos. Sabiendo Brigida Martolillo, Tia de S. Francisco, la re-

solucion de partirse à Roma, fue à despedirse dèl, consolòla el Santo sobrino con sus devotas, y espirituales razones, y no teniendo que dexarle, por prendas de su gran voluntad, se sacò una muela de su boca, y se la diò. Fue mui grande el sentimiento que en comun tuvieron muchas personas seglares por su partida: despedianse dèl con tiernas lagrimas, y cariñosos abrazos: y en particular fue mui notable la despedida de Paulo Porra, gran aficionado del Sto. en cuya casa havia obrado Dios por su medio algunos milagros; y asi à la despedida, con tiernas lagrimas, y estraordinario sentimiento, asido dèl, dixo estas palabras: A donde vais, Santisimo Padre Francisco, consuelo de los pobres, y gloria de nuestra Patria? A donde os vais, amigo de Dios, remediador de nuestros trabajos? Què serà de nosotros sin vos? Quien nos socorrerà en nuestras miserias? Quien

sa-

sanarà nuestras enfermedades? Quièn consolarà nuestras tristezas? Suplicoos me encomendeis siempre à Dios, y me dexeis alguna cosa de vuestra mano para alivio, y consuelo mio. Enternecido el Santo con las palabras de su buen amigo, y devoto Paulo Porta, le consolò mucho, ofreciendole el socorro de sus oraciones; y la debida correspondencia à su buena voluntad, y por no hallarse con otra cosa, que poder darle por demostracion de ella, sacò un panecillo, que tenia en la manga, y se le diò, con que quedò Paulo tan consolado, y alegre como si le huviera dexado una preciosisima joya. Despedido del Sto. llevó à su casa el panecillo, y encargò à su muger le guardase con mucha decencia en un escritorio, donde ella tenia sus alhajas. Tuvòle alli guardado cinco años, conservandole Dios oloroso, y fresco, y haviendo sucedido al cabo de ellos una

hambre en aquella tierra, obligados de la necesidad, sacaron el panecillo de el escritorio, y comieron con èl un dia diez, ù once personas, que eran en la familia, lo que les bastò à todos, notando, que al paso que se partia del panecillo, se iba aumentando en lugar de disminuirse, de suerte, que guardaron parte dèl para otra ocasion, alabando todos à N. Sr. por esta marabilla.

CAPITULO III.

De como siendo llamado à Roma por el Papa Sixto IV. fuè allà, y lo que le sucediò en este viage, y despues desde Roma à Francia.

PArtiòse en efecto del Convento, y Villa de Corillano, el Santo varon Francisco de Paula, en compañia de el Embaxador de Francia, que le havia venido

nido à buscar, y de quatro exemplares Religiosos que quiso llevar consigo (despues de haver gastado el Santo al pie de quarenta y cinco años en las fundaciones de los ya referidos Conventos, y teniendo à la sazon sesenta y quatro de edad.) Dirigiò el Embaxador la jornada à Napoles, por besar la mano de camino al Rey Don Fernando, el qual teniendo noticia de que llevaba consigo al Santo se holgò mucho, porque havia dias deseaba verle, y comunicarle: asi ordenò se les hiciese un gran recibimiento, y que los hospedasen en su Palacio. Llegados â èl, besaron la mano à su Magestad, el qual los recibió agradablemente, y el Santo, se ofreciò con humildad, y rendimiento â su servicio, y gusto en todo. Comunicòle despues al Rey de espacio, y aunque le favoreciò mucho, se conociò andaba con alguna vana curiosidad de hacer experiencias de las virtu-

des

des del Sto. y de su proceder, y en particular se conociò esto, en que una noche, despues de haverse recogido los Religiosos en su quarto à descansar, tuvo modo el Rey de entrar en èl secretamente para vèr lo que hacian, ò como dormian; pero como ellos no acostumbraban dormir en camas tan regaladas como les tenian prevenidas, no los hallò en ellas, si no recostados los Compañeros del Sto. en el suelo, compuestas religiosamente, y à èl puesto en oracion, elevado en el aire, que parecia salian rayos de luz de su rostro. Estuvosele mirando el Rey un rato con notable admiracion del caso, con que quedò bastantemente certificado de su gran Santidad, y tan afecto à èl, que ya le pesaba de que se huviese de ausentar de su Reino vasallo tan milagroso.

Visitòle el Rey el dia siguiente, con mayor veneracion, y agasajo, que antes,

y comunicòle algunos graves negocios de su Reino, y el Sto. (con toda llaneza, y verdad) le dixo su parecer en lo propuesto. Ofreciòse en esta ocasion tratar de obligaciones satisfatorias, y el Siervo de Dios (con cortès libertad) le dixo pagase lo que debia, y que no oprimiese con excesivos tributos à sus vasallos; y justificandose el Rey en aquellas materias, dixo el Santo: Trahigaseme una moneda, que ella dirà la verdad. Sacò luego el Rey un escudo de oro, y diòsele al Santo, el qual partiò facilmente por medio, y al instante comenzaron à destilarse de èl gotas de sangre, y el Santo dixo entonces al Rey: Sangre de pobres es esta, señor, que dà voces al Cielo. Quedò en gran manera confuso, y atemorizado el Rey, viendo semejante marabilla; y fuele esto ocasion de mandar se quitasen en breve muchas gavelas, y tributos con que estaba oprimida aquella Republica.

blica, y Reino, y que en adelante procediese el Rey con mayores atenciones en su gobierno. Instando el Embaxador de Francia en la partida para Roma, se despidiò el Sto. del Rey, el qual le ofreciò grandes favores, y mercedes; pero èl solo, le suplicò le concediese una, que fue, mandase dar à sus Religiosos una Hermita (que entonces estaba fuera de Napoles, y al presente està dentro, y es uno de los mejores sitios de ella) para que en la tal Hermita, y sitio se fundase un Convento; y no solo se lo concediò el Rey, sino que le prometiò hacerle edificar à su costa, como en breve lo puso en execucion, dandole titulo de San Luis, que al presente es uno de los mejores Conventos de aquella gran Ciudad, y està enfrente del Palacio del Virrey; y asi, viendo el Santo la liberal, y magnifica promesa del Rey dispuso, que de los quatro Religiosos, que havia llevado

consigo, se quedasen alli los dos, para que fuesen executores de aquella Real Fundacion.

Despedido el Santo Varon Francisco del Real Palacio, se le ofrecieron al paso dos mugeres mui enfermas; la una de asma, y la otra de lepra, y las sanò.

Haviendose embarcado el Sto. con su compañia para Roma, llegaron allà todos breve, y felizmente, y en llegando (à peticion de el Sto.) entraron en una Iglesia à dar gracias à Nro. Sr. por el buen suceso, y à suplicarle dirigiese sus acciones para su mayor honra, y gloria, y al salir de la Iglesia, poniendo el Santo los ojos en el Monte Pincio (que desde alli se veria) dixo à sus Compañeros: En este Monte se edificarà presto Convento de nuestra Orden; lo qual sucediò asi por los años de mil quatrocientos noventa y cinco, y le intitularon de la Trinidad del Monte, y es hoi uno de los mejores de Roma.

Fueronse à hospedar à casa del Embaxador de Francia, asistente en aquella Curia, por disposicion del extraordinario, y fue el Santo recibido con gran cortesia, y agasajo con sus Compañeros, y despues de haver descansado fueron todos (con grande acompañamiento) à besar el pie à su Santidad, y à tomar su bendicion, el qual recibiò al Siervo de Dios Francisco con mui paternal afecto, y particular familiaridad, levantandole luego de sus pies, abrazandole cariñosamẽte, y mandandole sentar junto à sì: luego hizo señas el Sto. à sus Compañeros, para que llegasen à besar el pie à su Santidad, y haviendolo hecho, èl rindiò cumplidas gracias al Pontifice, por los favores que à èl, y su Religion hacia, y por haverle mandado venir à su presencia, y servidose de emplearle en cosas de su gusto. Estimòle el Pontifice estos afectos, y ordenòle se fuese à descansar, y

que volviese à vèrle otro dia. Hizólo asi el Santo, y agradò tanto à su Beatitud su santa, y dulce conversacion, que en otras dos ocasiones en que le visitò, y comunicò cosas mui graves, durò cada visita al pie de tres horas; en la ultima le mandò, y rogò juntamente fuese à Francia à visitar al Rey Luis, que estaba mui deseoso de vètle, y comunicarle, haciendole liberales ofertas, en utilidad propria, y de su Religion, lo qual agradeciendo el Siervo de Dios Francisco, se postrò humildemente à los pies del Pontifice, y le pidiò su bendicion, ofreciendo executar su gusto, y mandato en todo, y emplearse siempre en su servicio. Despidiòse tambien del Embaxador Ordinario de Francia, y de otros señores, q́ le havian honrado, y favorecido, y en haviendo cumplido con estas obligaciones, y debidas cortesias, se fue à embarcar con su compañia para el viage de Francia.

Haviendo tenido noticias de la partida del Sto. una devota muger, circunvecina de donde havia estado hospedado en Roma, sintiò sobremanera el no haverle besado la mano, y pedidole le diesse alguna cosa de su mano, para tenerla por reliquia, y viendola asi desconsolada otra buena muger de casa del Embaxador, le dixo, que ella tenia cantidad de heno, sobre que el Siervo de Dios havia dormido mientras havia estado en Roma, que si por su devocion queria parte de ello, se lo darìa con mucho gusto. Estimò la devota muger la oferta, y luego fue por el heno, y lo pasò à su casa, teniendole por una gran Reliquia. Pusolo entonces sobre una mesa, y à poco rato llegò su marido fuera de casa; preguntò, que para què estaba alli aquel heno! Ella le refiriò su devocion; y como èl era menos devoto, fue à tomarlo para arrojarlo por la ventana, tratando à la

muger de supersticiosa, y hechicera; pe-ro en pena de su demasia, no huvo bien puesto una mano sobre el heno, con aquel indevoto intento de arrojarlo, quando sintiò en ella, y en un muslo un dolor intolerable; conociò en ello aquel hombre, que era castigo de su poca fè, y pidiò â Dios perdon de su demasia; y como el dolor le fatigase mucho (por consejo de su muger) fue luego en busca del Santo, y con buena diligencia que puso, le halló que ya se queria embarcar: pusose de rodillas en su presencia, y pidiòle su bendicion, y el Santo se la echò, diciendole, que en adelante no fuese incredulo. Hallòse luego libre del dolor que le fatigaba, y volviòse alegre à su casa, estimando despues el heno sobre manera, y refiriendo en muchas ocasiones lo que con ello le havia sucedido.

Embarcados, pues, en Roma para Francia, sucediò encallarse la Nave en

la arena, y por consejo del Santo la sacaron en breve. Despues yendo navegando se levantò una tempestad, y luego por su oracion se aplacò. Mas adelante les salieron Pyratas enemigos, y afligiendose mucho los Pilotos, y Marineros, diciendo, que eran todos perdidos, el Santo los consolò, y animò à ellos, y à los demàs, certificandolos de que no peligrarìa su Navio, ni nadie de los que iban en èl, como sucediò; porque aunque los enemigos les dispararon muchas piezas de Artillería, ninguna tocò al Navio, ni ofendió à nadie, con admiracion de todos.

Pasando à la vista de Genova, mirò el Sto. à la parte del Monte Laterno (que està sobre ella) y dixo à sus compañeros: Serviràse nuestro Señor, que presto tengamos Convento en aquel Monte, y se llamarà de JESUS MARIA.

Otro tanto pronosticò, quando pas-

sò por la Ciudad de Salerno, en el mismo viage, y todo se viò cumplido dentro de pocos años.

Tomaron resolucion de desembarcar en Marsella; pero no se les permitiò por los temores de peste, que entonces havia, y asi, pasaron à la Villa de Bormès, y aunque tambien (con estàr inficionada) se les hacia resistencia, guiando el Navio por superior Piloto, se entrò en el Puerto, y estando yà dentro dèl, el Sto. puesto sobre la popa, en voz alta dixo à los que le impedian la entrada: Dios està con nosotros, permitid que entremos, que no hai daño alguno. Lo qual oido por ellos, los dexaron entrar. Luego el Embaxador pagò liberalmente al Patron el flete del Navio, y el Santo como no tenia dineros, que darles à èl, ni à los demàs Marineros, y oficiales; les diò algunas candelas benditas, diciendoles: El Sr. mire por vuestras casas; mu-

cho os encargo que vivais sin ofensa suya, pues veis la vida tan peligrosa que traheis; yo os encomendarè à Dios; èl os guie con su gracia. Entrados en Bormès, sabiendo havia muchos apestados en algunos Hospitales, en breve fue el Santo con susCompañeros à visitarlos, y fue cosa marabillosa, que en echandoles el Sto. la bendicion, luego quedaban sanos. Tambien sucediò alli, que haviendo entrado el Sto. à rezar en una Iglesia (que le estaban acabando de labrar,) como viese que muchos Oficiales con todas sus trazas, y artificios no podian subir una viga grande à lo alto del edificio, y que en ello se fatigaban mucho sin provecho. Acercòse à ellos el Sto. y asiendo de la viga, dixo: Por caridad, que no haveis de servir al Sr. con tanto trabajo, y diciendo esto, le diò un embion à la viga, que la hizo subir à su lugar con gran presteza, y con notable admiracion de

los

los presentes, viendo que la virtud de Dios que obraba en su Siervo, havia hecho lo que muchos con sus fuerzas, è industrias naturales no havian podido. Viendo, y oyendo estas cosas los de Bormès, no sabian que hacerse con el Santo Varon Francisco; quisieran poderle detener, para refugio, y Protector de sus necesidades; pero ya que no pudieron, se le mostraron agradecidos en vida, y en muerte, entonces venerandole, y agasajandole, y despues de su muerte, y Canonizacion, edificandole, y consagrandole un Templo, y eligiendole por su Patron, por cuyos meritos han experimentado, que jamàs desde entonces no ha havido peste en aquella Villa, haviendola havido en otros algunos lugares circunvecinos.

Salieron de Bormès el Santo, y sus compañeros, y prosiguieron su viage à Turòn de Francia, donde à la sazon residia,

sidia, y tenia su Corte el Rey Luis Onceno, que esperaba por instantes al Santo; por haver tenido noticia de su Embaxador, que ya le llevaba à su presencia, de lo que estaba gozosisimo, por prometerse, teniendole cerca de sì, conseguir la salud, que tanto deseaba, y otras muchas felicidades, en utilidad de su persona, y Reino.

CAPITULO VI.

De la llegada à Turon de S. Francisco de Paula, los favores, que le hizo el Rey, y sus progresos, en algunos años que residiò en Francia.

LLegados à Turòn, el Embaxador enviò aviso de ello à su Magestad el Rey, el qual luego que supo, que el Siervo de Dios Francisco de Paula se acercaba à su Real Palacio, pidiò de ves-

tir, y se levantò de la cama, en que de ordinario asistìa, para poder hacer mayor demonstracion de su gozo, y alegria, y haviendo llegado, y entrado à su Real presencia con gran acompañamiento de señores, y Caballeros, besò al Rey la mano el Santo humilde, y religiosamente; diòle sus excusas de no haver venido antes à cumplir su mandato, y ofreciòse con rendimiento à todo lo que fuese de su servicio, y gusto. Recibiòle su Magestad con gran devocion, y veneracion, como pudiera recibir al Summo Pontifice, abrazandole, y besandole el Habito; agradeciendole su venida, y las incomodidades de tan largo viage. Mandòle aposentar, y à sus Compañeros en su Palacio del Parque (à quien llamaban el Plesis) y ordenò se les hiciese en èl el debido hospedage, mientras se les labraba Convento en que poder vivir; y con esto por entonces los enviò à descansar.

Fue cosa notable vèr el cariño, y aficion que el Rey Luis mostró tener à San Francisco de Paula, desde que le comenzò á comunicar, y de manera, que parecia no hallarse sin su compañia, consultandole de ordinario en las cosas mas graves, y de importancia de su Reino, tanto, que parecia no hacer caso de los que antes solìan ser sus privados, de que al cabo de algunos dias, no pocos sentimientos manifestaron algunos de ellos, y en particular un Medico de la Camara del Rey, llamado Jaques, que picado de la envidia, pretendiò descomponer al Santo con su Magestad, y le dixo en una ocasion, que el Siervo de Dios Francisco, no era desinteresado, y Sto. como se decia: y asi, que le hiciese algunas pruebas para mejor conocer los quilates de sus virtudes, que le ofreciese dadivas, y honores, y otras cosás à este modo. Aunque el Rey hacia la estimacion debida

del

del Santo no le desagradò el consejo; mas antes ordenò le llevasen à su quarto una rica baxilla de plata, enviandole à decir, se sirviese de ella; pero el Sto. (à quien no se le ocultò el fin con que aquello se hacia) se la volviò à enviar al Rey diciendo; que su Magestad remediase con ella algunos pobres, que para èl, y sus compañeros, unas pocas de yervas bastaban, en unos platos de barro. En otra ocasion, estando el Rey á solas con el Sto. le probò con otro embite, ofreciendole cantidad de dineros para sus necesidades; mas tambien el Sto. le diò su merecida respuesta, diciendole: Ni yo Señor, tengo necesidad de vuestras dadivas, ni vos de cansaros en lo que pretendeis, mejor serà restituir lo que no es vuestro, y tratar de lo eterno, pues lo temporal se os acabarà mui presto: Mirad, señor, que os engañan, y yo sè, que presto me haveis de oìr mucho que os aproveche.

Admiròse el Rey de vèr su incontrastable valor, y de que huviese conocido el fin de aquellas curiosas pruebas, y asi le pidió perdon de ellas, y le rogò le encomendase mui de veras à Dios, y que le suplicase le diese salud.

En otra ocasion, estando los dos solos, y el Rey en la cama, apretado de sus continuos achaques, dixo al Santo: Tres cosas deseo mucho, Padre, que me digais como sucederàn. La primera, si sanarè de esta prolixa enfermedad, que tanto me fatiga? La segunda, lo que debo hacer en el caso de los Condados de Rosellon, y Zardaña, de que otras veces hemos hablado? Y la tercera, què desventuras han de ser las que me haveis significado, sucederàn en mis Reinos despues de mis dias? A que el Siervo de Dios Francisco luego le respondiò lo siguiente.

A lo primero, digo (señor) que con-

viene disponga vuestra Magestad sus cosas con tiempo; porque serà mui presto el fin de sus dias.

A lo segundo, que restituya à los Reyes de Aragon lo que les pertenece.

Y à lo tercero digo, que por los pecados de Francia la castigarà Dios, permitiendo en ella el mayor mal del mundo, que es la Heregia. Lo qual oìdo por el Rey, se quedò admirado, persuadiendose, à que todo sucederìa como el Sto. Varon lo havia dicho. Vieronse en breve cumplidas las dos primeras cosas, y la tercera no tardò mucho tiempo en experimentarse.

Sin numero eran las milagros que nuestro Sr. obraba cada dia, por medio de su Siervo San Francisco de Paula en Turòn; y asi à la fama de ellos, le buscaba de ordinario mucha gente necesitada, y enferma, en el sitio donde ya se le havia labrado un Oratorio, y dormito-

rio de prestado, junto al Real Palacio, àzia la parte del Parque; y andando en una ocasion discurriendo por él, hallò cierto escondrijo, y retiro entre unas zarzas, que le juzgò mui à su proposito para recogerse à orar. Entròse alli una vez entre otras, y de tal manera se engolfò en Dios, que no pareció en algunos dias, ni sus mismos compañeros sabìan què se huviese hecho, de que no estaban poco penosos, y afligidos; mas queriendo N. Sr. consolarlos, y que se manifestasen algunos de los favores que hacia à su Siervo, dispuso, que uno de aquellos dias, hallandose el Rey algo aliviado de sus achaques, saliese à divertirse al Parque en compañia de una hija suya, y de otras personas de su Real Palacio, y que un Caballero, que hacia oficio de bracilero de la Infanta, alcanzase à vèr desde lexos un extraordinario resplandor, y claridad, sin poder discurrir lo que

fuese; pero yendose acercando àzia aquel sitio con su dueño, vió, y conociò distintamente, que Francisco estaba elevado en el aire, mas alto que las zarzas, en que se escondiò à orar, rodeado de una celestial claridad, que causaba gran admiracion el vèrle; mostròsele luego à la Infanta, y ella al Rey su padre, y à los que le acompañaban admirandose todos de lo que veìan, y tomando devotos motivos de alabar à Dios, considerando quan marabilloso se mostraba en su Siervo: y haviendo gozido un rato de aquella extraordinaria vision, por mandado del Rey se retiraron à otro sitio, dexando al Sto. gozar à solas de los favores que Dios le comunicaba. Entre otros que en Turòn fueron libres (por las oraciones del Santo) de los espiritus malignos, fueron un Novicio de su mismo Convento, y otro del Convento de S. Francisco de Assìs, que se le llevaron

à su presencia, y otros dos Seglares.

En un Lugar cerca de Turòn, havia un loco mui furioso, el qual al cabo de algun tiempo se fue à Turòn à la presencia del Santo, y conociendo el achaque, hizo decir por el enfermo una Salve cantada à nuestra Señora, con que luego quedò sanò, y bueno.

En el sitio donde se sacaba piedra para la obra de aquel Convento, se descubrieron muchas culebras, que amedrentaban â los que la sacaban, y queriendo el Santo quitarles aquel inconveniente fue al sitio, cogiò con sus manos las culebras una à una, metiòlas en las mangas, y las llevò à otra parte, sin que le hiciesen ningun daño.

En la Fundacion de Paula sucediò otro tanto con unas avejas, que en la cantera lastimaban malamente à los oficiales.

En muchas ocasiones se experimen-

tò; que el Siervo de Dios Francisco penetraba los interiores de aquellos con quien hablaba, y como adivinandoles lo intimo de sus corazones. Viviendo en el Convento de Paterno, antes de pasar à Francia, fue un hombre à pedirle salud para un hijo suyo, que estaba enfermo; oyòle su peticion, y luego le dixo: Mucho cuidado teneis de la salud de tu hijo, y ninguno de la de tu alma: Toma estas yervas para la salud de tu enfermo, y vuelve à su dueño esta fruta que me trahes, y limpia tu conciencia. Fue el caso, que pareciendole al buen hombre obligaria mas al Santo si le llevase algo, entrò en la huerta de un vecino suyo, y cogiò una cestica de cerezas, y llevòselas presentadas; pero conociendo el Santo, que eran hurtadas, no las quiso recibir.

Haviendo llegado el fin de los dias del Rey Luis Onceno, sucediòle en el Reino su Hijo Carlos Octavo; el qual, aun-

aunque su Padre le havia encargado tuviese al Sto. en lugar de Padre, y que le venerase como Propheta: como mozo brioso, y divertido, no hacia tanta estimacion de los saludables, y santos consejos del Siervo de Dios Francisco, como debiera, si bien le visitaba algunas veces, llamandole mi santo hombre, y venerandole como à tal, y que à su contemplacion acabò de edificar aquel Convento de Turòn, y restituyò los Condados de Rosellon, y Zardaña, como su Padre se lo havia dexado ordenado.

No es justo dexar de hacer aqui memoria de lo que sucediò en una ocasion, en aquel Convento. Haviendo ido este Rey Carlos à visitar al Sto. y fue, que llegado à la puerta de su Celda el Rey, acompañado de algunos Religiosos, y Caballeros, la hallaron cerrada: llamaron algunas veces, y no respondian, y como supiesen que estaba dentro, y que no ha-

via salido en dos, ò tres dias, temieron si acaso se havria muerto: llamòle el Rey en voz alta, diciendo: Abrid mi santo hombre, que os vengo à visitar, y tampoco respondiò. Con esto dixo el Rey, que se buscase con que abrir la puerta, para vèr que era la causa de no abrir: Hizòse asi, y entreabriendola, miraron con silencio si le veían, ù oìan, y estando en esto, asomandose el Rey, y otros, vieron al Santo elevado en el aire, rodeado de muchos Angeles, que cantaban, y tocaban diversos instrumentos; y entre los demàs Angeles vieron uno de marabillosa, y superior presencia, que tenia embrazado un escudo de armas, con unos mui resplandecientes rayos, y dentro de èl esculpidas las letras de la caridad, significando era la voluntad del Sr. darle aquel tan excelente blasòn, y Armas al Santo, para q̃ sus Hijos, y Religion se honrasen en adelante, con cuya vi-

sion quedaron, asi el Rey Carlos, como todos los demàs que alli se hallaron, mui admirados, alabando à N. Sr. por los favores, que hacia à su Siervo, y à ellos les havia hecho, permitiendo gozasen de tan extraordinaria vision, y espiritual consuelo; y asi, viendo el Rey estaba el Sto. ocupado con el del Cielo, se fue, dilatando su visita para otro dia.

En tiempo deste Rey Carlos vivia en Turòn un Mercader mozo, que estaba mui enfermo de lamparones; llegò en una ocasion este Mercader (entre otros enfermos) à que el Rey le tocase; tocòlas à todos, y haviendo sanado los demàs, el Mercader se quedò con su mal, por su corta suerte, y poca dicha; y viendole asi afligido una tia suya (devota de el Siervo de Dios Francisco) le consolò, y persuadiò fuese en su busca à pedirle salud. Fue en efecto, y el Santo le recibiò caritativamente, y le exhortó à que

confiase en Dios, serìa sano de su enfermedad. Mandòle ayunar los Viernes de todo un año, en memoria de la Pasion de Christo N. Sr. y que sirviese à su divina Magestad, como buen Christiano; y èl lo fue executando asi, con que sucediò, que al tercer Viernes de sus ayunos, se hallò bueno, y sano, y mui consolado.

Teniendo noticia por aquel tiempo, dos Doctores Parisienses, que el Siervo de Dios Francisco, sin ser hombre de letras, ni haver estudiado, predicaba en ocasiones con gran espiritu, y aprovechamiento de los que le oian: fueron à Turòn à vèrle, y à procurar examinar su caudal; y haviendo inspirado Dios al Sto. de los intentos, y venida de aquellos Doctores, quando ellos havian de entrar en la Ciudad tenia prevenidos dos Religiosos, que al entrar les diesen de su parte la bien llegada (como lo hicieron)

ron) ofreciendoles su Convento para servirlos en èl.

Admiraronse los Doctores, de que el Siervo de Dios supiese de su secreta venida (por no haverla comunicado con nadie)agradecieron la cortesia, y ofrecieron irle à visitar;y haviendolo hecho comenzaron à ventilar con èl algunos puntos delicados de materias dificultosas (delante de muchas personas bien entendidas) y les dió tan alta , y admirable solucion , que se quedaron admirados, y atonitos de oìrle , persuadiendose à que havia dado Dios à aquel Siervo ciencia infusa , entre las demàs gracias que le havia comunicado.

Fue mui corta la vida del Rey Carlos Octavo , pues muriò à los veinte y ocho años de edad , y á los catorce de su Gobierno , cosa que sintiò mucho el Siervo de Dios Francisco , asi por haverle tenido particular voluntad,desde que era ni-

ño, como por haversele encargado mucho el Rey su padre. Comenzaron con la muerte de Carlos à alterarse mucho las cosas de Francia, y como el Sto. lo sintiesse sobremanera, procuraba con veras volverse à Italia; pero haviendo sucedido en el Reino à Carlos, el Rey Luis Doce, su cuñado, como tuviese noticia de la resolucion del Santo, se lo estorvò, yendo à vèrle desde la Ciudad de Blès, dentro de pocos dias. Visitò este Rey al Sto. y una vez entre otras fue de manera la visita, que durò al pie de quatro horas, despues de la qual, saliò el Rey de la Celda del Sto. bañados los ojos en lagrimas; y tan tierno, y compungido, que dixo à los que esperaban: Nunca pensè, que en el mundo huviera tan celestial hombre! Yo os afirmo con juramento, que me ha descubierto los mas intimos pensamientos de mi pecho. Hizo este Rey al Santo varon Francisco (en lo que se le ofreciò,

y à su Religion) mui grandes favores, y mercedes, concediendoles muchos, y extraordinarios privilegios, y essenciones.

Por este tiempo pasò desde Calabria à Turòn (en busca del Sto. Varon Francisco) Felipe Camiliano, mancebo principal, y paisano, y conocido suyo, à rogarle le recibiese en su compañia, y le vistiese su Sto. Habito, porque havia mucho tiempo lo deseaba; y haviendo el Siervo de Dios Francisco agasajadole, y comunicadole de espacio: finalmente le dixo, que no era para el estado de la Religion, sino el de matrimonio, y que asi se podrìa volver à su Patria, que le daba por señas, que la primera muger que viese entrar en la Iglesia de su Lugar el primer dia, que èl fuese à ella, con aquella se havia de casar. Volviòse Camiliano à su Patria, y estando ya en ella, observò con cuidado las señas, y circuns-

tancias referidas; pero como viese que la primera muger, que entrò en la Iglesia aquel dia, era casada, dudò de la verdad de la prophecia; pero sucediò, que enviudò en breve la muger, y asi se casò con ella, como el Sto. lo havia dicho.

Bernardino Mingro Calabrès, por haver tenido ciertos encuentros, y disgustos en su Patria, se resolviò de pasarse à Francia, mientras las cosas se componian, ò trocaban. Fuese à Turòn, y alli se entretuvo algun tiempo, visitando algunas veces à su Santo Paisano Francisco. Pasados algunos años, pareciendole, que ya con tan larga ausencia los contrarios se havian aplacado, se resolviò à volverse à su Patria. Comunicò el caso con el Santo, y èl le dixo, que mirase que todavia havia peligro en la vuelta; pero que ya que estaba resuelto à ir, le queria dar un Cordon suyo para que se le ciñesse, y traxese siempre puesto, advirtiendole,

dole, que el dia que se le dexase de poner, ese dia le matarìan. Pusòse el Cordon aquel gentil-hombre, volviòse à su tierra, y aunque conociò la mala voluntad de sus contrarios, en algun tiempo que viviò en ella, nunca viò indicios de quererle ofender, porque el Cordon del Sto. que siempre trahia ceñido, era para èl defensa, y proteccion marabillosa. Sucediòle, finalmente, al buen hombre, madrugar un dia para ir à caza con otros amigos, y con este cuidado se le olvidò el Cordon à la cabecera de la cama en su casa. Al salir del Lugar echò menos su Cordon, y asi dexando los amigos; volviò luego à buscarle, y viendole entonces sus enemigos, acometieron à èl, y le mataron sin poderse defender, como le estaba prophetizado.

Quando el Santo pasò à Francia, parece llevò en su compañia un sobrino suyo, llamado Fulano Alesio; este, por

respec-

respecto del Santo Tio le hizo acomodar el Rey Luis Onceno en cierto oficio, y ocupacion honrada, y despues se casò en Turòn con una Señora Principal, de quien tuvo algunos hijos. Siendo uno de ellos ya mancebo, se inclinò à ser Religioso en el Convento de su Sto. Tio, y se lo estorvò su madre, por decir, que era mui delicado para llevar el rigor de esta Religion; con esto corriò algun tiempo sin resolverse à tomar estado, y en èl le sobrevino una rigorosa enfermedad, que le quitò la vida. Sintiòlo la madre sobremanera, persuadiendose à que se le havia quitado Dios, por no haver dadosele ella, para que le sirviese en la Religion. Muerto el Mancebo, hizòle llevar luego su madre al Convento del Santo, y ponerle en su presencia (acompañandole ella) y estando delante del Santo le dixo ella estas palabras: Yo os quitè à mi hijo vivo para mi (Francisco) muerto os

lo trahigo, rogad à Dios, que viva por vuestros merecimientos, y desde luego os servid dèl con vuestro Santo Habito. Consolò el Siervo de Dios Francisco à la madre del difunto, y à èl le hizo luego llevar à su Celda, y encerrandose con èl en ella, se estuvo toda la noche en oracion, y le resucitò, de manera, que à la hora de prima el Santo llevò consigo al mancebo resucitado al Coro, y haciendo traher un Habito, y Cordon, le vistiò para Novicio, y vestido, se le baxò à su madre à la Iglesia, donde havia estado con otra gente aguardando el suceso. Admiraronse ella, y los demàs de vèr resucitado al que el dia antes havian visto muerto, y alabaron à Dios por tan gran marabilla, y ella se consolò mucho con su hijo, y le dexò en el Convento con mucho gusto, para que sirviese en èl à nuestro Señor, en compañia de su Santo Tio; Profesò, y viviò muchos años en

la Orden, y se llamò Frai Francisco de Viton.

Por este mismo tiempo naciò otro hermano (ò primo del referido resucitado, mudo, y manco de pies, y manos; rogaron sus padres al Santo pariente le sanase; y sucediò, que volviendo sus padres un dia de oìr Misa, desde el Convento del Santo hallaron al niño parlando clara, y distintamente, y sano de pies, y manos como si tales achaques no huviera tenido: Creciò el tal niño, y á su tiempo recibiò nuestro Santo Habito, se llamó Frai Francisco de Paula (como su Santo Tio) y le fue imitador en las virtudes, y mortificaciones.

Haviendo venido desde Roma à Turòn por aquellos tiempos el Cardenal D. Julian de la Robere, del titulo de S. Pedro Advincula, teniendo noticias de la Santidad de Francisco, le visitò algunas veces, gustando mucho de su devo-

tà, y suave conversacion : Y tratando los dos en una ocasion de algunas inquietudes, que entonces havia entre algunos Principes, a cuyo remedio se juzgaba atendia poco, quien debiera; prophetizò el Siervo de Dios Francisco al Cardenal, que presto serìa su Ilustrissima electo en Summo Pontifice, y que entonces podria remediarlo, lo qual sucediò assi, y se llamò en su assuncion Julio Segundo, y favoreciò mucho al Sto. y à su Religion en su tiempo, confirmandole las ultimas reglas que ordenò para Frailes, Monjas, y Terceros, haviendoselo enviado à suplicar desde Francia.

Tambien parece tuvo el Siervo de Dios Francisco estrecha amistad, y comunicacion con el Obispo, que era entonces de Granobles, el qual fue tan gran Bienhechor de nuestra Orden, que edificò un Convento à sus expensas en la Ciudad de Ambosia de Francia : ha-

viendo ido el Santo desde Turòn à la Fundacion, succediò una vez, que haviendo ido el Obispo de Granobles à Ambosia à visitar al Santo, y à vèr el estado de la obra, y juntamente à pedirle encomendase à Dios dos sobrinos suyos, que estaban mui enfermos de calenturas; comunicaron los dos de espacio sus negocios, y al despedirse, ofreciò el Santo acordarse de los sobrinos del Obispo enfermos; y juntamente le diò un panecillo, para que se les diese, y repartiese para que comiesen dèl. Llevôsele el Obispo con gran fè, y devocion, pareciendole que con èl les llevaba la salud: Y ellos sabiendo era dadiva del Santo, la estimaron por tal; desuerte, que en comiendo del Panecillo, se sintieron con mejor disposicion, y en breve se hallaron buenos, y sanos de sus achaques.

Haviendo salido al campo por el mismo tiempo una señora, parienta del mismo

mo Obispo de Granobles, se echò à dormir en una amena floresta, y estando durmiendo se le entrò una culebra en el cuerpo, con que estaba afligidissima la buena señora. Embiò à decir su trabajo al Obispo luego, y èl lo sintiò sobre manera; pero acordandose de que le havia quedado un poco de pan del Panecillo, que le havia dado el Santo, para los sobrinos (que lo tenia guardado para alguna semejante ocasion) se lo enviò para que lo comiese, encomendandose en la intercesion del Santo hizòlo ella asi, y fue cosa marabillosa, que en entrando el pan en la boca, saliò por ella la culebra, como violentada, y forzada; con que quedó la enferma (aunque atemorizada, y espantada) gozosa, y alegre de verse libre de tan asqueroso, y horrible animal, por lo que ella, y todos los que se hallaron presentes dieron àDios repetidas gracias.

Otra Señora casada, haviendo tenido ya tres peligrosos partos, y en todos havia echado las criaturas muertas; hallandose de una preñada, y temiendo no le sucediese otro tanto, rogò al Sto. pidiesse á Dios le diese buen alumbramiento, y èl le ofreciò hacerlo, y juntamente le diò dos candelas benditas, para que encendiese una al tiempo del parto: hizòse asi, y fue Dios servido, que en breve pariò felizmente un gracioso niño, que se criò, y viviò muchos años. La segunda candela, la diò aquella señora à una amiga suya, que padeciò fluxo de sangre, con que cessò su achaque, y ambas quedaron consoladas.

Teniendo noticia el Obispo de Rosa (que estaba en Turòn) de las marabillas que Dios obraba por el Siervo de Dios Francisco, fue una vez mui penoso à pedirle tuviesse por encomendado à un sobrino suyo, que por ser mozo galan,

lán, y divertido, una muger le havia dado veneno por ciertos zelos; el Santo le ofreciò rogar à Dios por èl, y luego enviò dos Religiosos, que le dixesen los Evangelios: haviendoselos dicho, trocò todo el veneno, y estuvo luego bueno, haviendo llegado à estado, que ni podia comer, ni dormir, sino que estaba siempre con grandes bascas, è inquietudes.

Un Ciudadano de Turòn (llamado Bernardino Proveniano) quedò ciego, y mudo de una peligrosa enfermedad que tuvo; su muger desconsolada de vèrle asi, fue à rogar al Santo le encomendase â Dios, ofreciendole, que si sanaba, su marido, y ella se harìan luego Terceros de su Orden, y le servirìan en todo quanto pudiese. Fue cosa notable, que haviendo hecho el Santo oracion por el enfermo, el mismo dia sanò de ambos achaques, y recobrò su vista, y habla, y dentro

tro de poco llevaron sus vestidos de Terceros al Santo, y èl se los puso con mui espiritual gozo, y alegria de todos.

Entre las cosas que de ordinario el Santo Varon Francisco suplicaba à N. Sr. era una, que se sirviese de enviar à su nueva Religion algunos sugetos tales quales sabia los necesitaba, para que con sus virtudes, letras, y santo zelo, le ayudasen à perfecionarla, y aumentarla, para mayor gloria, honra de su Divina Magestad, y utilidad de los Fieles, y fue Nro. Sr. servido de oir su justa peticion, pues poco tiempo despues que pasò à Francia, entre otros devotos Varones, que movidos de Dios abrazaron su Instituto, y recibieron su santo Abito, y á su tiempo profesaron, fueron dos Venerables, y doctos Padres de la Religion del Glorioso Patriarca San Benito, que el uno (llamado Fr. Francisco Binet) siendo mancebo havia estudiado en el siglo

Canones, y Leyes, y despues, siendo Religioso, estudió la Theologia, y saliò en todo mui lucido sugeto, y como à tal le honrò su primera Religion, con hacerle Prior de su gran Convento Marmurtino de Turon; siendo actualmente Prior, renunciò estos, y otros honores, y se pasò à nuestro Convento de JESUS MARIA, donde viviò mui penitente, y exemplarmente. Este Padre fue Francès de Nacion, y vino à ser el primer General de nuestra Orden, despues de nuestro Padre S. Francisco de Paula.

El segundo Padre, que tambien se pasò à nuestra Orden de la de San Benito, se llamò Fr. Bernardo Buìl (fue Español de Nacion, y natural de la Ciudad de Lerida en Cataluña) persona de tan gran capacidad, y talento, que estando en la Religion de San Benito, se valieron de ella los Reyes Catholicos para cosas graves de su servicio; y ambos estos Padres

dres fueron para nuestra Orden de mui gran utilìdad, y edificacion, como por aquel tiempo lo necesitaba.

Razon serà decir aqui algo de paso del Embaxador particular, que llevò à Francia al Santo varon Francisco, pues fue testigo tan fidedigno de muchos de sus milagros. Este Señor se llamò Juan de Brandicourt, y fue Gobernador de algunos Lugares de Borgoña, y asi edificado de las heroicas virtudes, y marabillosa vida del Sto. y agradecido à muchas buenas obras, que él, y los suyos havian recibido en ocasiones de enfermedades, y necesidades, le fue siempre mui devoto, y confidente amigo, pues le hizo labrar al Santo un Convento en un lugar suyo, cerca del Castillo de Blès, à cuya Fundacion fue desde Turòn el Santo Varon Francisco de Paula, con algunos de sus mas confidentes hijos.

Suspendiendo por ahora otras cosas que

que no hacen instancia, me ha parecido serà bien referir algunas particularidades de las heroicas virtudes, y admirable modo de vida, qué prosiguiò, y continuò en el discurso de su larga, y bien empleada edad nuestro glorioso Padre S. Francisco, que si bien se considera toda ella, parece un continuado milagro; pues como se refiere en las lecciones de su particular oficio (sacadas del proceso de su Canonizacion) casi siempre ayunaba este gran Siervo de Dios à pan, y agua; y esta mui limitada refaccion, era sola una vez, ò por mejor decir à la noche. Los Viernes no solia comer nada, comulgar sì, y hacer otras particulares mortificaciones, en memoria de la Pasion de Christo N. Sr. de que fue devotissimo, y se le notò, que en tales dias solía hacer mas particulares milagros que en los demàs.

Sucedia pasarsele dos, y tres dias sin

comer nada estando absorto en la Divina contemplacion, y mui satisfecho con los extraordinarios favores, que en sus santos exercicios nuestro Sr. le comunicaba. En algunas fiestas principales, solìa juntar al pan algunas verduras. El Author de la Chronica que refiero, cita otro Author Italiano, puesto à la margen, que dice, que en toda una Quaresma, no comiò cosa alguna este Santo Varon.

En una ocasion enfermò de calenturas maliciosas (estando en el Convento de Paterno) y no pudo acabar con èl el Medico, que si quiera comiese unos huevos, diciendo, que para èl harto regalo era unas yervas con pan, y agua, y asi con esto pasó su enfermedad, levantandose impensadamente fuerte, y alentado, con admiracion del Medico, y de otros; tal vez hallandose descaecido, y flaco, juntaba al pan algunas legumbres, ò verduras cocidas, y bebia un poco de

vi-

Vino; sus disciplinas, silicios, mortificaciones eran muchas, y continuas. Lo poco que de noche reposaba (despues de sus largas vigilias) venia à ser mas mortificacion, que descanso; porque por muchos años durmiò sobre unas tablas, y despues en Francia sobre unos sarmientos, cubiertos con una estera, y una piedra por cabecera. Trahia de ordinario los pies descalzos del todo en Invierno, y en Verano, hasta que entrò en crecida edad, que usò de unos zuecos, ò alpargates: y fue cosa notable, que quando andaba descalzo, ni el polvo, ni el lodo le ensuciaba los pies, ni las piedras se los lastimaban, ni las espinas le punzaban; mas siempre los trahia limpios, y frescos, como sino saliera de la Celda. Su vestido, y Abito era de paño basto, viejo, y pobre, aunque limpio, y de suerte, que le servia mas para cubrir la desnudez del cuerpo, que para reparo

de

de los calores en el Verano, ni defensa de los frios en el Invierno; y con andar de ordinario trabajando en las obras, y en otros humildes ministerios, y no tener mas que un solo Abito, que ni de dia, ni de noche se lo quitaba, ni se le viò manchado, ni se conociò, que despidiesse de èl ningun mal olor, ni que criasse alguna comun immundicia.

Fue siempre tan humilde, que le parecia ser la escoria, y desecho de la Republica, y podràse conocer bien esto, no solo en los humildes exercicios en que de ordinario se empleaba, acudiendo el primero à todos los trabajos, y mortificaciones comunes, sino tambien, en que siendo General, y superior de su Minima Religion, èl por sus manos lavaba muchas veces las tunicas de los enfermos, y algunas las de los Novicios, y les solìa remendar los Abitos, diciendo à los Novicios, que hacia aquello por

enseñarlos, y darles buen exemplo para en adelante, procurando imitar â Christo N. Sr. que dixo en su Evangelio, que no havia venido à ser servido, sino à servir; que no se daban los oficios para regalarse los Prelados, y hacer trabajar à los demàs: y añadia à lo referido, que no podia haver semejante daño en las Comunidades, como la singularidad: pues en los que la tuviesen, no faltarìan altiveces, ni en los demàs desconsuelos. Conocesetambien su gran humildad, enque nunca quiso ascender à mas alto estado, y dignidad, que à la de un pobre Religioso Lego, en que perseverò siempre, y en el renombre, y Titulo de Minimos, que diò à los Religiosos de su Orden, como consta de la Regla de ella; confirmada por la Santidad del Papa Julio Segundo, que aunque al principio se nombrò Congregacion de los Hermitaños de Frai Francisco de Paula, como parece de la

Bula, que primero obtuvo de el Arzobispo de Cosencia Pyrro (de que ya queda dicho) algo despues à peticion de el Sto. referido Pontifice Julio, y otros, han conservado à esta Santa Religion el renombre de Minima en los privilegios, y gracias que le han concedido.

Es cosa constante, que el Santo Varon Francisco siempre permaneciò virgen (como se refiere en el proceso de su Canonizacion) y que conservò su Anima siempre pura, y limpia, como ofrenda, y sacrificio dedicado à Dios desde sus tiernos años.

En quanto su Fisonomia, hallo entre el Author de la Chronica(de que me valgo) y otro Author Italiano de la misma Orden algo de diferencia; y porque las copias de la pintura del Santo ordinariamente son conforme à la Relacion del Italiano (fuè el Reverendissimo Padre Frai Gaspar Pasarelo, General, que fue

de nuestra Minima Religion) me conformo con ella, porque tuvo mas ocasion de examinarlo, que el otro Author.

Dice, pues, este que fue de mediana estatura nuestro Santo Fundador Francisco, bien poblado de cabello, y barba, el rostro moreno, ó trigueño, la nariz algo roma, un poco cargado de espaldas, de natural robusto, y fuerte, y que ordinariamente trahia un baculo en las manos, y en particular en la vèjez.

Gobernò el Siervo de Dios Francisco en sus principios su familia prudente, y santamente, sin regla escrita: mas observando con toda perfeccion (èl con los suyos) los diez Mandamientos de Dios de el Decalogo, los cinco de la Iglesia, y los consejos Evangelicos, hasta que despues estando ya en Francia (como queda tocado) ordenò Regla, y particular modo de vivir, por donde mas ajustadamente se gobernasen los Religiosos en

ade-

adelante, que consta de diez Capitulos; tan caritativos, prudentes, y santos, que se refiere en su Oficio, inspirado, y alumbrado de Dios, diò à los suyos una Regla, que abraza, y encierra en sì la perfecion de toda la Religion.

Entre tantas, y tan santas ordenaciones, y disposiciones, como en la santa Regla se contienen, solamente obliga à pecado mortal, el quebrantamiento de los quatro Votos solemnes, que en la profesion se hacen, que son el de la Obediencia, Castidad, y Pobreza, y vida Quaresmal (aunque este ultimo no obliga en tiempo de enfermedad, segun las circunstancias, y disposiciones de la misma Regla.) Ordenò assimismo el Sto. fundador Regla para Monjas, al modo de la de los Religiosos; y tambien otra para personas Seglares, que por su devocion quisiesen ser Hermanos (ò Terceros) de la Religion, con siete Capitulos mui espi-

pirituales, devotos, y utiles, para procurar cada uno en su estado la perfeccion Christiana, todo lo qual aprobò, y confirmò la Santidad del Papa Julio Segundo, de buena memoria, y sus sucesores: y en quanto à los Terceros, y Hermanos de nuestra Orden, el Papa Leon X. à peticion de ella, les concediò, que gozasen en adelante de todas las Indulgencias, gracias, y favores de que gozaban, y gozan los Terceros de la Orden del Serafico Padre San Francisco de Asìs, por su particular Bula, expedida en Roma el año de mil quinientos y trece. Despues corriendo el tiempo, la Santidad del Papa Pio Quinto, el año de mil quinientos sesenta y siete, segundo de su Pontificado, asi por favorecer à nuestra Minima Religion, como por eximirla de algunas molestias, que tuvo noticia se le hacìan, por no ser hasta entonces reputada por Orden Mendicante, le hizo liberalmen-

te (entre otras) esta gracia, declarandola por tal, y concediendole todos los favores, privilegios, y exenciones concedidas â las quatro primeras Ordenes Mendicantes, como consta de la Bula sobre esto expedida.

CAPITULO V.

De como el Sto. enviò Religiosos desde Francia à España, à fundar Conventos. Lo que sucediò en esta Mision, y otras cosas concernientes.

DEspuès de haver fundado el Santo Varon Francisco de Paula, algunos Conventos en Francia, y ganado Bulas de los Summos Pontifices Sixto Quarto, è Innocencio Octavo, para poder fundar otros por toda la Christiandad (inspirado de Dios para ello) se determinò enviar algunos devotos, y exem-

exemplares Religiosos de su Orden, por diversos Reinos, y Provincias, para que procurasen ponerlo en execucion, entregandoles para este efecto, las patentes, y recaudos necesarios para las Fundaciones, y cartas de recomendacion para los señores Reyes, y Potentados de ellas, suplicandoles tuviesen por encomendados à sus hijos, y les hiciesen la caridad, y gracia, que huviese lugar en todas materias, y ocasiones; y en particular consta enviò desde Turòn de Francia à estas partes de España, doce Religiosos de mui conocida virtud: y exemplares vidas de personas, de quienes el Santo Varon Francisco tenia entera satisfaccion, y en ocasiones havia hecho mas particulares experiencias, y por su Vicario General al Venerable, y prudente Padre Fr. Bernardo Buil, natural de Lerida (de quien ya atràs queda hecha mencion) los quales Religiosos embiados

por el Santo dirigieron su viage por Toledo à la Ciudad de Anduxar, en Andalucia, à causa de que el uno de ellos (que se llamaba Fr. Fernando Panduro) era de alli natural, y tambien porque un principal Caballero, deudo deste Religioso (llamado Pedro de Lucena) residia en dicha Ciudad de Anduxar, y por haver estado por Embaxador en Turòn, y tenido particular amistad con San Francisco de Paula, trahian cartas para èl, en que la encomendaba mucho à sus Religiosos, y le rogaba los favoreciese en su pretension, en quanto pudiese como lo hizo el devoto Caballero, en todas materias, y ocasiones, hasta acompañarlos, y apadrinarlos para haver de dar las cartas que los Religiosos trahian de su Superior, à los Reyes Catolicos D. Fernando, y Doña Isabèl (que à la sazon estaban en la Ciudad de Sevilla) de quienes fueron devotamente recibidas, aunque

por causa de las guerras, con que por entonces andaban embarazados, procurando echar los Moros de Malaga, y otros lugares, no huvo ocasion de atender por entonces à sus pretensiones: y asi como los referidos Religiosos viesen iba el negocio de su pretension tan de espacio, y no hallasen en aquellas partes de Andalucia los socorros necesarios para su sustento, ni descubriesen cosa fixa para en adelante, viendose despechados, y desconsolados, se determinaron à volverse à Francia, à dar cuenta à su Sto. Superior del estado de su legacia. Hicieronlo asi, y èl los recibiò poco gustoso, por vèr la poca espera, y perseverancia que havian tenido en negocio de tanta importancia, como se lo diò à entender. En fin, parece que dentro de poco tiempo el Santo Fundador enviò otros Religiosos diferentes, con los dos Padres Vicario General Buil, y Fr. Fernando Pan-

duro, si ya no es que estos dos, por naturales de estos Paìses, se huviesen quedado en ellos, para estàr à la mira de la pretension, que se puede presumir. En efecto, en la segunda venida de los Religiosos, se solicitò la pretension con mayores veras, que en la primera (junto con ser el tiempo mas oportuno para ello) y fue N. Sr. servido se consiguiese el intento felizmente, porque haviendo tenido el Rey Catholico D. Fernando cercada à Malaga, ocupada de los Moros, y estando ya casi sin esperanzas de recuperarla, y resuelto à levantar el cerco, se dice, que dos de nuestros Religiosos, le dixeron de parte de nuestro Sto. Padre, que no le levantase tan presto, porque en breve desampararian los Moros la Ciudad, y la dexarian libre: y haviendolo executado asi, los Moros se fueron, y su Magestad el Rey se apoderò de Malaga, en diez y ocho de Agosto de mil quatrocientos

ochenta y siete; y entre las demonstraciones de agradecimiento, que despues dedicaron à Dios los Catholicos Reyes, fue una dar à los referidos Religiosos Minimos la Sta. Imagen, y Hermita de N. Sra. de la Victoria, sitio donde havian tenido sus Magestades la mayor parte de su Exercito, para que en èl Fundasen su primer Convento; concediendoles asimismo mui favorables privilegios, y mercedes para poder fundar otros por todos sus Reinos; y para poderse intitular, y nombrar en adelante de N. Señora de la Victoria, por la gran parte que se les atribuyò en la que se consiguiò en aquella ocasion; no obstante, que el proprio, y principal apellido de esta Sagrada Religion (como se ha tocado) ha sido, y es el de los Minimos de San Francisco de Paula. Fundòse el referido Convento de Malaga, por los años de mil quatrocientos noventa y dos, poco despues los

Con-

Conventos de Frailes, y Monjas de Anduxar, el del Puerto de Santa Maria, y el de Ecija.

Deseando el bendito Padre S. Francisco de Paula, vèr puesto en execucion lo que havia tanto tiempo deseaba, acerca de añadir à los tres votos de Obediencia, Castidad, y Pobreza (que ya en su Orden se observaban) el quarto de la vida Quaresmal; haviendo primero suplicado à Nro. Sr. dispusiese para ello los animos de sus Religiosos, para su mayor honra, y gloria, realce, y esplendor de la misma Religion, confiado en que le haría entre las demàs esta merced, y favor. Hizo un dia congregar el Sto Varon à todos los Religiosos, que à la sazon se hallaban en aquel Convento de JESUS MARIA de Turòn, en una sala grande, y alli les dixo (con alentado espiritu, y fervoroso zelo) muchas cosas, acerca de quan agradable es à Dios la mortifica-

cion

cion, y penitencia, à fin de persuadirlos à abrazar, y admitir el dicho quarto voto: y como aun esto no bastase, para que se resolviesen à hacerlo, quiso N. Sr. manifestar luego (con un extraordinario milagro) que lo que su Siervo Francisco les havia propuesto, era su voluntad se executase, y asi sucediò, que repentinamente se encendiò el suelo de la sala, donde estaban juntos (que era de tablas) con el calor de un brasero de cobre, que alli se havia llevado, para abrigo de la pieza, por hacer frio, de suerte, que les causò notable espanto, è inquietud el suceso; lo qual visto por el Sto. les dixo, se aquietasen, y no temiesen, que aquello lo havia dispuesto asi N. Sr. para encender sus tibios, y refriados corazones, y que para que se persuadiesen era asi, atendiesen à lo que èl (favorecido de Dios) hacia: de manera, que dicho lo referido, tomò el Santo el brasero de cobre (que es-

taba encendido como las mismas asquas) y le levantò en alto con sus manos desnudas, y le tuvo asido, y levantado à vista de todos, por espacio de tres Credos; de que los Religiosos se quedaron admirados, y persuadidos à que lo que su Santo Padre, y Superior les aconsejaba, era mui agradable à Dios, y convenia se executase, y asi se resolvieron à ello; de que el Santo quedò mui gozoso, y alegre, sin haver recibido ningun daño del fuego, y diò à N. Sr. muchas gracias, y alabanzas, porque asi havia favorecido sus intentos; pero aunque los referidos Religiosos havian conformadose con los de su Santo Padre en lo dicho, otros que havia en otras partes no se conformaron con ello, por parecerles cosa mui dificultosa la observancia de la vida Quaresmal; mas siendo la voluntad de Dios, que se admitiese, como su Siervo San Francisco de Paula lo havia propuesto, ha-

haviendose congregado en Roma lo principal, que entonces havia en la Religion, para celebrar el primer Capitulo General (despues del transito del Santo) conferido el caso, aunque huvo diversos pareceres, en efecto se admitiò el dicho quarto voto en aquel Capitulo, ayudando mucho à ello el señor Cardenal D. Marcos Viguerio, Presidente dèl, à instancia de algunos de los mas confidentes, hijos del Santo Fundador, que como herederos de su espiritu, y fervoroso zelo, fomentaron con veras se executase lo que èl tanto havia deseado, y procurado, lo qual sucediò por los fines de Diciembre del año de mil quinientos y siete, y desde entonces todos los Religiosos, que han ido profesando en esta Orden, han hecho el dicho quarto voto de vida Quaresmal, segun la disposicion, y circunstancias de la Regla, que si bien tampoco antes de esto se comia carne en nues-

tros Conventos, no era por razon de voto, sino por mortificacion, y penitencia voluntaria, y para comprobacion de que no se comia carne, parece vendrà bien aqui referir lo que sucediò un dia en el Refectorio del Convento de Paterno, quando el Santo le edificaba. Vinieron al Convento unos Seglares bien hechores, y por agasajarlos el Santo los enviò à comer al Refectorio; pero como ellos ya de otras veces supiesen la poca sustancia de la comida de los Religiosos (que de ordinario eran unas verduras, y legumbres cocidas) se previnieron de cosa mejor, y asi llevaron consigo un buen pedazo de baca fiambre, envuelto en un paño, ò servilleta. Sentados à la mesa, no haciendo caso de las legumbres, sacaron luego su baca, y pusieronla sobre la mesa; pero en desenvolviendo el paño, la hallaron tan hedionda, y tan llena de gusanos (por permision de Dios) que tu-

vieron

vieron verguenza, y confusion de que otros lo viesen, y oliesen, y lastima de vèr tan mal lograda su prevencion, atribuyendo la corrupcion de la carne à milagro del Sto. por no haver estimado sus legumbres, y haver violado su abstinente, y penitente Refectorio.

CAPITULO VI.

En que se refieren algunos milagros que el Santo hizo despues. Tratase de su muerte, y de otras cosas que sucedieron despues.

MIentras el Sto. Varon Francisco estuvo en Francia, obrò Dios por su medio otros algunos milagros (ademàs de los ya referidos) con algunas grandes señoras, tenidas por esteriles, y entre otras fue una, Madama Luisa, hija de los Duques de Saboya, casada con Carlos, Duque de Angulema, que al cabo

de algunos años de matrimonio, por las oraciones del Santo concibiò, y pariò à Francisco Valois, que vino à ser el primer Rey de Francia de este nombre, y casò à su tiempo con Madama Claudia, hija de Luis Doce.

Ana Princesa de Francia, hija de Luis Onceno, casada con D. Pedro de Borbòn, por la misma causa se encomendò mui de veras en las oraciones del Santo, y èl la certificò, que presto la daria Dios sucesion; à que ella replicò, que se lo suplicase à su Magestad, porque le prometia, que en teniendola, le edificarìa un Convento; lo qual en breve viò cumplido, pues pariò à Madama Susana, que à su tiempo casò con Carlos de Borbòn, y la Madre edificò el Convento en la Ciudad de Nigien, ò Nijon, como lo havia prometido.

Madama Claudia, referida arriba, tardò tambien algun tiempo, y años, en ha-

cerse preñada; encomendaronse ella, y el Rey Francisco, su marido, en las oraciones, è intercesron del Santo, y prometieron à Dios de hacerse Terceros de su Orden, si Dios les diese un hijo, y que le llamarìan Francisco, à devocion de el Santo Paulano, y fue N. Sr. servido, que dentro de poco tiempo tuvieron el deseado hijo, à quien llamaron Francisco Segundo, y los padres se hicieron Terceros, como se lo havian ofrecido; de los quales, y otros milagros despues se originò la devocion, que se le hace al Santo de las Misas de los trece Viernes, que el hacerse en Viernes mas que en otro dia, fue por la devocion que tuvo el Sto. con la Pasion de Christo N. Sr. y tambien por haver muerto en Viernes, como su Divina Magestad, y el que fuesen trece fue en memoria de Christo, y sus Apostoles.

Haviendose, pues, empleado el ben-

dito Padre S. Francisco de Paula sesenta y un años de su dichosa edad, en tan heroicas, y marabillosas obras, como queda referido, teniendo en todo por fin la gloria de Dios N. Sr. y el servicio de la Universal Iglesia, se le fue acercando el plazo forzoso de su muerte, lo qual conocido por èl (por Divina revelacion) comenzò â disponer sus cosas, y las de su Religion, con la prudencia, y santo zelo que convino. Confesose generalmente, purificando mas, por este santo medio, su siempre pura, y limpia conciencia; y llegado ya al ultimo lance de su jornada, el Jueves Santo del año de mil quinientos y siete, ayunando toda aquella Quaresma, como si fuera mancebo robusto, sustentandose con su acostumbrado baculo, baxò à la Iglesia, asistiò à la Misa Conventual, y recibiò en ella con devocion, y lagrimas, por Viatico, el Santisimo Sacramento de la Euca-

ristia,

ristia, y despues de haver agradecido à Dios este favor se volviò à su Celda; y estandose en ella largo rato en las Divinas alabanzas, mandò llamar à todos los Religiosos, que à la sazon se hallaron en aquel su Convento de Turòn, y teniendoles presentes, les hizo una tan devota, y santa platica, que los ocasionò à enternecerse mucho, y à destilar copiosas, y abundantes lagrimas, por darles cuenta, de como ya se acercaba el fin de sus dias, en que era forzoso ausentarse dellos, para no verlos mas en esta vida mortal. Encargòles mucho la paz fraternal, la obediencia à sus Superiores, el cumplimiento de las obligaciones de sus estados, el despego de las cosas temporales, y la solicitud en procurar las eternas, y otras cosas de gran utilidad, y edificacion; y despues de lo referido, como verdadero discipulo, è imitador de Christo Nro. Sr. labò los pies à doce de sus subditos, con

gran humildad, y devocion; y en havien-do cumplido con estas piadosas, y exemplares acciones, llamò ante sì al Venerable Padre Fr. Bernardo de Cropulato, Religioso de conocida virtud, prudencia, y gobierno, y nombròle por su Vicario General, mientras la Religion, despues de sus dias, se juntaba à elegir, quien en adelante la huviese de gobernar. Entregòle los sellos del Oficio; encargòle la vigilancia debida en administrarle, y à todos que le obedeciesen como à Padre, y Superior. Hecha esta accion de Padre, y solicito Prelado, se retirò à su pobre, y penitente cama, y pidiò le administrasen la Santa Extrema-Uncion; y haviendosela trahido, la recibiò con profunda humildad, y copiosas lagrimas, provocando à los presentes à que le imitasen.

El Viernes Santo siguiente por la mañana, hallandose el bendito Padre San

Fran-

Francisco de Paula, confortado por el Sr. para su dichosa jornada, comunicò algunas cosas con el Padre Vicario General en materia del gobierno, y à la hora de celebrarse los Divinos Oficios, haviendo enviado à ellos algunos Religiosos, que en su Celda no hacian falta, pidiò à un Sacerdote, que le asistia, le leyese devotamente la historia de la Passion de Christo Nro. Redentor, segun la refiere el Evangelista San Lucas; escuchòla con mui gran devocion, y tierno afecto, y al pronunciar aquellas tan sentidas, como amorosas palabras: Padre, en tus manos encomiendo mi espiritu, hizo sobre sì el Santo varon la señal de la Cruz, y las repitiò fervorosa, y dulcemente, y luego despidiò su santisima alma, con un inflamado, y tierno suspiro, entregandosela à su Criador, à la misma hora en que Jesu Christo Nro. Redentor espirò en la Cruz, quedando su Santo Cuer-

por tan venerable, y tratable, y con un olor marabilloso, y Celestial que parecia una viva semejanza de los ya gloriosos.

Ocasionò su muerte, no solo à los Religiosos, sus hijos, y subditos, sino tambien en comun à todos los que le conocian, increible pena, y sentimiento, asi por lo que le amaban, como por la falta que sabian les havia de hacer à todos, como tan caritativo, y milagroso Padre, en todas sus necesidades, y desconsuelos. Sacaron despues sus lastimados hijos el Santo Cuerpo â la Iglesia, y le pusieron decentemente en su ataud en la Capilla mayor, para que todos gozasen de su vista; hicieronle los acostumbrados Oficios, con intento de darle luego sepultura; pero en breve espacio de tiempo concurriò tanta gente, que se llenò toda la Iglesia, estando tan de asiento la que llegaba, que no diò lugar à que la noche siguiente se cerrasen las puertas, ni à que

se le diese sepultura al Santo Cuerpo en once dias consecutivos: haciendo Nro. Sr. en este discurso de tiempo por su intercesion muchos milagros con los enfermos, y afligidos, que de diversas partes, y lugares venian à pedirle consuelo, y favor, sin que en tantos dias se sintiese ningun mal olor, antes la admirable fragrancia, que despedia de sì el Santo Cuerpo, era tan suave, que convidaba à todos à que con gusto, y commodidad le acompañasen, y asistiesen. Finalmente, al onceno dia, haviendose congregado en la Iglesia de aquel Santo Convento de JESUS MARIA de Turòn, gran concurso de gente Eclesiastica, y Secular, colocaron el Santo Cuerpo, no en la forma, que los Religiosos havian pensado, sepultandole humildemente en la Capilla mayor de dicha Iglesia, sino poniendole en nuevo, y mysterioso Sepulcro, que algunos Ciudadanos de Turón en aque-

llos dias buscaron, y traxeron al Convento para este fin, desde una legua de alli, hecho de una hermosa, y bien labrada piedra donde quedò con mas decencia, y veneracion. Fuese despues continuando la devocion de los Fieles, visitando de ordinario el Sepulcro del Santo, no cesando N. Sr. de hacer multiplicados favores à todos, por medio de su santa intercesion, y merecimientos,

Entre otros milagros, que hizo el Santo en los dias que estuvo sin ser sepultado, fueron los siguientes.

Sanò una muger, que havia caido de una cabalgadura, y se havia quebrantado el cuerpo, llevandola à la presencia del Santo.

Sanò à otra de un zaratàn en un pecho, que havia trece meses padecia mucho con èl.

A otra de una apostema en la garganta,

Tam-

Tambien sanò â otras dos mugeres, que padecian grandes melancolìas.

Asimismo sanò à una niña, que de un recio corrimiento de ojos, havia ya perdido la vista del uno, è iba perdiendo la del otro.

A un niño se le havia atravesado una espina en la garganta, y no havia remedio para poderla quitar; llevaronle à tocar en el Sepulcro del Santo, y al punto que le tocaron, echò la espina, y quedò sano, y bueno.

Otra Doncella, que padecia gota coral sanò tambien, tocandole.

Una muger llamada Cathalina, tuvo mucho tiempo inflamado el rostro; rogó al Santo desde su casa, que la sanase, è irìa luego à visitar su Sto. Sepulcro, y en breve se hallò sana, y fue à cumplir su promesa.

Poco tiempo despues de la muerte de el Santo sucediò, que teniendo el Barbe-

ro de aquel Convento de Turòn enfermo un niño de dos años (hijo unico suyo, en quien tenia puesto su consuelo, y gusto) se ofreciò por entonces ir à afeitar à los Religiosos, y como èl estuviese tan melancolico, y triste, un Religioso le preguntò la causa, y èl se la dixo. Consolòle el Religioso, y le exhortò, à que confiase en Dios le guardarìa à su hijo, por la intercesion, y meritos del Glorioso P. S. Francisco. En acabando la rasura, el Religioso, y Barbero se fueron juntos à la Iglesia, y delante del Sepulcro de el Santo le rogaron devotamente diese salud al niño, y hecha esta rogativa, el Barbero se volviò consolado à su casa, deseoso de saber el estado del niño enfermo; llegado à ella, le hallò mejor que le havia dexado por la mañana, y se fue continuando la mejorìa, de suerte, que el que llegò à estàr mui de peligro de muerte, fue llevado dentro de dos dias bueno, y

la-

sano, por sus Padres, al Convento à dar gracias à Dios, y al Santo por la salud milagrosamente recibida.

Fue en su tiempo este glorioso Fundador mui favorecido, y venerado de muchos Principes, y Señores que, ò lo conocieron, ò tuvieron grandes noticias de sus heroicas virtudes, y milagros; y no solo durò esto mientras viviò, pero aun despues de su dichosa muerte, observaron algunos sus devotas memorias. En vida queda ya tocado atràs los favores, que le hizo el Arzobispo de Cosencia Pirro, en los principios de sus Fundaciones; pero despues en Florencia, aquel gran Principe Don Cosme de Medicis; en Napoles el Rey D. Fernando el Primero; en Roma el Papa Sixto Quarto; y despues Julio Segundo, y otros Pontifices, y en Francia los Reyes Luis Onceno, Carlos Octavo, Luis Doce, y otros Señores deudos suyos, honrandolo todos

sobre manera à nuestra Minima Religion, no solo con favores particulares que la hicieron, sino tambien con hacerse Terceros de ella, imitandolos en ella la Reina Claudia, y Luisa de Saboya, su madre, y otras devotas señoras, y despues lo fue tambien desde niña la Reina Doña Isabèl de la Paz, hija de Enrico Segundo. Despues de la muerte del Santo tambien han faltado muchas personas, que han conservado sus devotas memorias, entre las quales parece fue unò el Papa Gregorio XIII. de feliz memoria, que haviendo hecho fabricar una grandiosa, y vistosa sala en el Palacio del Vaticano de Roma, y adornarla con insignes milagros de Santos, naturales de las Provincias de Italia, mostrandoel piadoso afecto, que tuvo al Santo Paulano, hizo pintar en ella los dos famosos milagros, ya referidos, de la Calera de Paula; y el transito sobre el manto por el Faro,

y mar de Mecina, que por ser fabricada aquella sala por el referido Pontifice Gregorio, la llaman comunmente la Sala Gregoriana. Mucho manifestò este gran Pontifice Gregorio su piedad, y devocion con nuestro Santo en lo referido; pero mas campea la que tuvo en la heroica accion que se sigue, pues por venerarle, y honrarle mas, y por obligar à los Fieles à que se valiesen de su santa intercesion, y patrocinio, el año de mil quinientos setenta y nueve, septimo de su Pontificado, concedió en favor de los Conventos de nuestra Minima Religion aquel grandioso, y extraordinario Jubilèo (de Toties quoties) que se publica, y gana cada año, el dia en que se celebra su Fiesta; gracia que estima sobre manera nuestra Orden, asi por juzgar es mui agradable à N. Sr. la concesion de ella, como por vèr la gran devocion, con que innumerables Fieles acuden à nues-

tros Conventos, y procuran disponerse lo mejor que pueden para conseguirla.

Aunque conozco, que lo que ahora quiero decir, huviera encaxado mejor antes en otra ocasion, juzgo por mas conveniente referirlo algo tarde, que dexarlo en silencio, siendo tan en abono de nuestro Santo.

En los demàs dones, y gracias, que nuestro Señor comunicò à su gran Siervo S.Francisco de Paula,fue uno el de aquietar, y pacificar los animos de los que los tenian alterados,ò inquietos: por lo qual con mucha razon se le aplica en su oficio aquello del Eclesiastico, que dice: Con sus palabras aplacò los monstruos. Probarà esto la relacion de dos casos notables, que brevemente referirè. Estando este bendito Santo entendiendo en la Fundacion del Convento de Paula, fue en su busca un hombre rico (llamado Carbonèl) como un Leon furioso, à barajar,

rajar, y reñir con èl, sobre decir, que por causa de la obra que se hacia en el Convento, se les seguia notable daño à unos molinos suyos, por menoscavarle el agua, y otros accidentes, diciendo, que si aquello no se remediaba, pondria fuego al Convento, y otras cosas semejantes. Comenzò su enojo con Fr. Juan de San Lucido, Portero, y viendo al seglar tan precipitado, procurò aquietarle con razones corteses, y apacibles, diciendole, se remediaria aquel daño; y como èl instase, en que le pusiese con el Santo, para decirle su sentimiento, el Portero le huvo de llevar à su Celda; y haviendo ido juntos, la hallaron cerrada, por estàr entonces el Siervo de Dios Francisco recogido en su oracion, aguardaron un rato à vèr si abria; como se tardase en abrir, y el Seglar estuviese impaciente, llegòse à la puerta, con animo de abrirla por fuerza, pero apenas puso las manos en ella,

quan-

quando oyò dentro una tan suave, y celestial musica, que le obligò à reportarse, y à atencion, y gusto. Mirò por entre los resquicios de la puerta, què podria ser aquello, y alcanzò à ver al Sto. elevado en el aire, gozando de los celestiales favores que Dios le comunicaba; con lo qual quedò el hombre tan tierno, y trocado, que el Portero se admiró de verle, y le dixo: Tomese, hermano, que nuestro buen Padre, que en verdad, que no le falten Angeles que le defiendan.

Viendo, y oyendo esto el seglar, se despidiò del Portero, y se baxò à la Iglesia, mui arrepentido, y compungido de su pasado enojo, y diò muchas gracias à Dios por la merced que le havia hecho en haver permitido participase de tan celestial consuelo; estando en esto viò instantaneamente junto à sì al Santo, el qual le dixo: En caridad, nuestro hermano, que es mayor daño el de la ira, que

la pèrdida de los bienes de la tierra: A lo qual respondiò al Padre Francisco, yo estoi ya mui pesaroso de mi pasada colera; y asi, no hai que tratar mas de ello, sino que os tomeis los molinos para vuestro Convento, que yo os los quiero dar, solo porque me encomendeis à Dios. Agradeciòle el Santo la limosna, y con eso se volviò à su casa mui trocado.

Estando despues el Santo en Turòn, diò el Habito à un mancebo, hijo de otro hombre rico, y principal. Enojòse el tal con el Santo sobre manera, por haverle recibido sin su orden, fue à reñir con èl sobre el caso, y el Santo le dixo tales razones, que luego se le pasò el enojo, y alabò à Dios por lo hecho, y la santa resolucion de su hijo.

CAPITULO VII. Y ULTIMO.

En que se trata de los progresos de la Minima Religion, despues de la muerte de su Sto. Fundador; y de su Beatificacion, y Canonizacion, y de otras cosas, que corriendo el tiempo sucedieron.

HAviendo gobernado por espacio de nueue meses, desde el transito de nuestro glorioso Padre S. Francisco de Paula, mui Religiosa, y prudentemente el Venerable Padre Vicario General Frai Bernardino de Cropulato, los veinte y cinco Conventos, que parecia havia entonces en nuestra Minima Religion, que eran once en Italia, nueve en Francia, y cinco en España, si bien por la Divina misericordia, ya al presente en ella hai en diversas partes, y Naciones, mas Provincias, que entonces havia Con-

ventos) se celebrò en Roma el primer Capitulo General de la Orden, con beneplacito del Summo Pontifice Julio Segundo, por los fines de Diciembre del año de mil quinientos y siete, como arriba se tocò; en el qual Capitulo saliò electo en General el Rmo. P. Fr. Francisco Biaet, Francès de Nacion, natural, è hijo de la Provincia de Turòn, Prelado Corrector, que à la sazon era de el Convento de la Trinidad del Monte Pincio, de la misma Ciudad de Roma, que es uno de los mejores que la Religion tiene, persona mui docta, y benemerita de tal dignidad, aunque por su gran humildad, pacifico natural (mas inclinado à obedecer, que à mandar) no poco rehusò el aceptarla. Este Venerable P. en su trienio (que era lo que entonces duraban semejantes oficios) comenzò à disponer la materia para la Beatificacion de nuestro Santo Fundador; y despues ha-

viendo sucedido en el oficio de General el Reverendisimo P. Frai German Lionet (tambien Francès, y de la misma Provincia de Turón) lo fue continuando, ayudandole mucho en esta pretension el referido Padre Viter, por haver salido por Zeloso de la orden: y asi, haviendo tenido ambos noticia de la nueva asuncion al Pontificado de la Santidad de el Papa Leon Decimo, fueron à Roma desde Turòn à besarle el pie, y à darle el parabien de la nueva Dignidad en nombre de la Religion, y à suplicarle de camino, se sirviese de mandar proceder à la averiguacion de todo lo necesario, para el caso de la Beatificacion del Santo Fundador. Recibiò su Santidad à los Padres General, y Zeloso benignamente, y oyò atento su suplica, ofreciendoles tener en memoria el negocio, y por principio de favores, confirmò en breve las Reglas, y Correctorio de la Orden (que el Correc-

torio

torio es un arancèl, y determinacion, en que se señalan las penas, y mortificaciones que corresponden à las culpas, y defectos, que segun las ordenaciones de la Regla, se cometieron) de suerte, que en todo comenzò su Santidad à manifestar el piadoso afecto, que havia mucho tiempo tenia à nuestro Santo Fundador, mediante el qual, y el patrocinio de los Sres. Reyes de Francia, mui en breve se vieron logradas las grandes, y solicitas diligencias de sus hijos, pues dentro del primer año de su Pontificado, que fuè el de mil quinientos y trece, le declarò por Beato, por su particular Bula, y diò licencia para que en toda nuestra Religion se pudiese rezar de èl el Oficio comun de un Confesor no Pontifice, mientras se le ordenase particular, y proprio Oficio; y tambien la diò para que se pudiese pintar su imagen, y tenerla en todas las Iglesias, y Conventos de la Orden.

Indecible fue el gozo, que con tales favores recibieron todos los hijos de ella, y en particular los Padres General, y Zeloso, como mas interesados en el caso, y que mayores desvelos les costaban. Fueron luego à besar el pie à su Santidad, y à darle las debidas gracias en nombre de la Religion; el qual los recibiò afable, y benignamente, manifestandoles sus paternales afectos, y ofreciendoles nuevas esperanzas de proseguir lo comenzado, en quanto al negocio de la Canonizacion, con que fueron multiplicadas las gracias, y favores.

Haviendose cumplido con esta tan precisa obligacion, se comenzò à manifestar en el Convento de la Trinidad de el Monte de Roma, el comun gozo de todos sus moradores, con campanas, luminarias, y regocijos, con no menos aplauso, y gozo de los Ciudadanos devotos del Sto. y para que los demàs Con-

ven-

ventos de la Orden fuesen participantes de èl, luego el P. General les despachò avisos de lo sucedido, con que cada uno hizo su posible demonstracion.

Fueron despues haciendo recuerdos los Superiores â su Santidad, sobre la pretension de la Canonizacion; y asi en breve mandò remitir los despachos necesarios à los Ordinarios de Calabria, y Parìs, para que hiciesen inquisicion de todo lo al caso concerniente, y ellos lo executaron con tanta diligencia, que dentro de poco tiempo remitieron al Pontifice Leon numerosas, y cumplidas informaciones de lo que se les pedia, y por otra parte las hizo, y traxo no menos copiosas el Ilustre Sr Jacobo Simoneta, Auditor de la Sacra Rota, à quien asi mismo se havian cometido, y todos los dichos papeles (por mandado de su Santidad) se le entregaron al Señor Cardenal Protector de nuestra Orden, para que

guardase hasta su tiempo; y haviendo tenido noticia de lo referido los Padres General, y Zeloso, comenzaron à hacer [illegible] posible instancia con los Sres. Reyes de Francia (Francisco el Primero, y Claudia) para que en tan urgente ocasion favoreciesen con todas veras causa tan piadosa, los quales, como tan grandes Protectores de la Orden Minima, devotos Terceros, y bien hechores della, como lo deseaban tanto, lo tomaron mui por su cuenta, y no se contentaron en esta ocasion solo con escribir cartas apretadas al Pontifice, como otras veces, sino que enviaron Embaxador particular en Roma, para que se lo suplicase en su nombre, y fuese solicitador de la pretension, hasta que se efectuase. Suplicòselo tambien à su Santidad por cartas Madama Luisa, madre del Rey, y otros grandes Señores, con que su Santidad procurò desembarazarse brevemente del negocio.

En-

Entre otros que favorecieron la causa de la Canonizacion con muchas veras, fue uno el Conde de Arenas, Juan Francisco (hijo del otro Conde Juan Nicolao) de quien ya atràs queda hecha mencion. Este Caballero escribiò al Pontifice Leon à este fin una Carta tan devota, y eficaz, que pudo mover mucho la voluntad de su Santidad para favorecer la pretension. Dixòle en ella, entre otras cosas, que sus Padres los Condes de Arenas, havian recibido muchas misericordias de Dios por la intercesion, y meritos de S. Francisco de Paula, como èl mismo se las havia oìdo referir; que èl havia nacido por las oraciones del Santo, y que à su devocion le havian llamado Francisco. Que haviendo ido su padre á la Conquista de Otranto, y alcanzado victoria de los Moros, que la tenian ocupada, no havia muerto de su gente, sino solo un Soldado, que havia desestimado

las candelas benditas, que les havia dado el Santo para su defensa, mas que haviendo havido peste en el Exercito; à nadie de los Soldados de su parte se le havia pagado. Que el mismo Conde Juan Francisco havia tenido à dos hijos suyos mui enfermos, y de peligro, y havian sanado por la intercesion del Santo: que la Condesa su muger en dos ocasiones, havia alcanzado salud milagrosa; aplicandole en la una un cordon del Santo, y en la otra unas disciplinas bañadas con su sangre: Que haviendole dado à este Caballero, un Religioso Minimo, un pedazo de la tunica que havia trahido un tiempo el Santo, à peticion de muchos, y por su devocion èl mismo havia dividido el pedazo en mas de veinte partes, y distribuidolas en otras tantas personas, y que quando pensò se havia acabado el pedazo principal de la tunica, hallò que se havia aumentado mucho mas, de suerte,

que

que tuvo que repartir entre otras cien personas, que por su devocion le pedian algo dello: y que despues de todo lo dicho, hallò en una mano de las suyas siete pedacitos, ò partecitas de sobra, con notable admiracion suya, y de muchos de los que havian visto el principal pedazo de la tunica, y el gran repartimiento, que de èl se havia hecho entre tanto numero de personas, y las sobras. Mas dixo al Pontifice en la carta, que èl tenia en su Oratorio una Imagen, y pintura del Santo varon Francisco, y que una noche sucediò salir de ella tan gran luz, y resplandor, que aclarò toda la casa, con admiracion de todos los que lo vieron, y que en otra ocasion, estando haciẽdo oracion delãte de dicha Imagen, cierto Religioso Cartuxano, afirmò haver visto salir de ella unos extraordinarios resplandores, que le ocasionaron à mayor devocion, y veneracion de la que antes tenia al Santo,

Viendo el devoto Pontifice Leon la referida carta, y otras muchas suplicas de grandes Sres. de Republica, de Ciudades, y Villas, que instaban, en que se sirviese de proceder à la Canonizacion del ya Beato varon Francisco de Paula, deseando acudir à sus ruegos, y cumplir juntamente con su obligacion, mandò señalar dia, en que se congregase el Consistorio, y que un Notario de la Camara Apostolica hiciese relacion de todos los procesos, è informaciones, que sobre el caso se havian hecho, y enviado de diversas partes; y haviendose todo relatado en presencia de su Santidad, y del Sacro Consistorio, con las debidas, y acostumbradas ceremonias, y circunstancias; y hallandose todo mui à satisfaccion de todos, procediò su Santidad à la Canonizacion del Santo Fundador Francisco, en primero dia del mes de Mayo de mil quinientos y diez y nueve à los 12. años,

y un mes de su dichoso transito, pronunciando en tan cèlebre acto, y mysteriosa accion, entre otras, las palabras siguientes: A honra, y gloria de Dios todo Poderoso, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, y ensalzamiento de la Fè Catolica, aumento de la Religion Christiana, consuelo, y acrecentamiento de la Orden de los Minimos, por la authoridad de Nro. Señor Jesu Christo, y de sus Bienaventurados Apostoles San Pedro, y San Pablo, y nuestra, por especial consejo, y consentimiento de nuestros Hermanos: Declaramos, y determinamos, que San Francisco de Paula, de buena memoria, Fundador de la Orden de los Minimos, està yà recibido en la Celestial Jerusalèn, entre los Coros de los Bienaventurados, y dado graciosamente à la vida eterna: y declaramos, que debe ser escrito en el Cathalogo de los Santos, como de hecho le escribieron

en presencia de todos; y declaramos, que como verdaderamente Santo, debe ser honrado en publico, y en secreto, señalando, que su fiesta se haya de celebrar todos los años, en dos dias del mes de Abril, por la Universal Iglesia, y que todos los Fieles Christianos puedan con mucha esperanza pedirle en sus oraciones, dandole todos, y cada uno de los honores, que se dàn à los Santos Confesores, escritos en este Catalogo, &c.

No cabìa de gozo el Santo Pontifice Leon X. viendo yà puesto en execucion lo que èl tanto havia deseado, y por tantos le havia sido pedido; y sobre todo se enterneciò mucho, por vèr, y considerar, que en tiempo en que el soberbio, y porfiado Herege Martin Lutero, tanto procuraba con sus errores perturbar el Mundo, y barajar la paz de la Iglesia, huviese Dios Nro. Sr. criado,

y conservado en ella un tan humilde, y gran Santo, que tanta oposicion hizo al Herege, por todo el discurso de su vida, con penitencias, mortificaciones y milagros.

En el Convento de la Trinidad de el Monte, y en los demàs de la Religion, mostraron bien sus hijos su general jubilo, y regocijo de todas maneras, y no manifestaron menos el suyo los Señores Reyes de Francia Francisco, y Claudia, quando recibieron aviso de lo sucedido, escribiendo luego al Pontifice Leon mui cumplidos agradecimientos, por lo favorable, y afecto, que se havia mostrado à su peticion; y en agradecimiento enviaron orden à su Embaxador de Roma, que le presentase en sus nombres unas costosisima Colgadura de oro, y seda, que tenia en su Palacio, con que havia estado adornado aquel mui festivo dia de la Canonizacion;

cion; mostrando en esta liberal oferta los piadosos Reyes, quanta estimacion hacian de el favor del Pontifice, como Protectores, y Terceros de la Minima Religion, y por todos obligados à sus desempeños. Procurò tambien la misma Religion, por medio de los Padres General, y Zeloso, cumplir con las obligaciones de agradecida, no solo con la Santidad del Papa Leon, sino tambien con los demàs Señores, que havian ayudado à tan honrosa, y extraordinaria accion, con que quedò favorecida, airosa, y con grandes esperanzas de conseguir en adelante de la Santa Sede Apostolica, otras semejantes gracias para algunos Venerables hijos suyos, que como verdaderos imitadores de su glorioso Caudillo, y Fundador San Francisco de Paula, se juzga tuvieron partes para merecerlas, y por tanto se vân yà haciendo en Roma las debidas diligen-

cias para ello. Ademàs de los referidos favores, que el Pontifice Leon hizo à nuestra Orden, fue uno disponer, que se le ordenase al Santo Fundador particular, y proprio Oficio para su Festividad; y haviendose hecho, mandò, que en nuestra Religion se rezase dèl cada año doble con octava, y en la Universal Iglesia, con solemnidad doble comun à los dos de Abril, ò el dia desocupado, en que se pudiese rezar, como consta de la Bula, en esta razon expedida por su mandado de 1521. lo qual despues aprobaron los Summos Pontifices Sixto Quinto, Paulo Quinto, y sus Sucesores.

Viviendo en Roma, en nuestro Convento de la Trinidad del Monte, el Padre Frai Diego de la Mota (Español de Nacion) por los años de 1527. (cosa de 20. años despues de la muerte del Santo Varon Francisco) enfermò de cierto

accidente, y achaque bien extraordinario, y penoso, de suerte, que llegò à estàr à lo ultimo de la vida: viendose ya tan [illegible], encomendòse mui de veras en la intercesion del Santo Fundador, y le prometiò, que si le alcanzaba de Dios salud, iria desde Roma à Turòn de Francia à visitar su Sto. Sepulcro, dandosele licencia para ello. Fue Dios servido de oirle por los meritos de su Sto. Padre, de suerte, que mui en breve sanò de su dolencia, alcanzò la licencia del Superior, y fue à cumplir su promesa. Llegado à Turòn, rogò encarecidamente al Prelado, y Padres de aquel nuestro Santo Convento, que por su consuelo le abriesen el Santo Sepulcro: hicieronlo asi, aunque al principio lo rehusaban, por no se haver abierto nunca hasta entonces: y asi el dicho Padre, y otros muchos Religiosos, vieron, y veneraró el Sto. Cuerpo, con gran gozo, y consuelo espiritual, hallando-

llandole tan entero, fresco, y oloroso, como podìa estàr quando alli le colocaron, con que el Padre Mota se volviò mui consolado à Roma.

Por aquel tiempo havia trahido à la misma Ciudad de Roma una muger principal forastera, para que en ella se procurase sacarle los malos espiritus, que la tenian poseída, y maltratada. Los que cuidaban de ella, haviendose ofrecido ocasion, rogaron à un Padre de nuestra Orden la conjurase, y procurase librarla de la confusion, y tormento en que de ordinario estaba, y el Religioso procurando exercitarse en semejante obra de caridad, les dixo lo haria con gusto, y que confiando en Dios, y en los meritos de nuestro Glorioso P. S. Francisco de Paula (de quien tenia alli un cordon) se prometìa buen suceso. Sacò el cordon, y echòsele al cuello à la enferma, y mandò à los espiritus saliesen lue-

go de ella. Respondiò ella por ellos, que no querian salir; hizo instancia el Religioso, en que havian de salir por los meritos del Santo, y Glorioso P. S. Francisco de Paula, comenzòla à conjurar yà, con apretarla con el cordon del Santo con que fue Dios servido que saliesen de la enferma luego diciendo: Siempre me vences, Francisco, yo me vengarè en tus Frailes; y les harè todo el mal que pudiere; con que quedò libre, y sana la enferma.

En nuestro Convento de Perpiñan (intitulado de S. Francisco de Paula) fabricaba un quarto del Claustro Pedro de Torres, Maestro de Obras; andando un dia disponiendo ciertos materiales en lo alto del quarto, se descuidò, y diò consigo desde lo mas alto à lo mas baxo de la fabrica, y le fue tan mal en la caida, que se quebrò un brazo, y dos costillas, y quedò mui molido, y estropeado en todo el

cuer-

cuerpo. Llevaronle luego à su casa, y estando en ella, le curaron los Cirujanos, è hicieron con èl todo lo que, segun su Cirugia, supieron, y alcanzaron; despues pidiò el enfermo encarecidamente le llevasen una reliquia del Habito de nuestro P. que tiene aquel Convento; llevaronsela, y èl se consolò mucho con ella, y besandola con gran fè, y devocion, dixo estas palabras: P.S. Francisco de Paula, en vuestra casa me sucediò el daño, dadme salud, y vida con vuestras oraciones. Quedòse alli la reliquia, y la noche siguiente se encomendò mui de veras al Sto. y cerca del amanecer tuvo un gustosisimo sueño, y le oìan hablar algunos de los de su familia, que estaban cerca de èl, sin saber con quien hablaba, y no ya quexandose como antes, sino con voz entera, y sana, como si no estuviera enfermo. Deseoso un hijo suyo (llamado Joseph de Torres) de saber, que fuese

aquello, y con quien hablaba su padre, entrò en el aposento donde estaba, y quedòse admirado de vèr en èl un gran resplandor: acercòse à la cama, y preguntò à su padre, como se hallaba, y si queria alguna cosa? Y el padre le dixo, que le pesaba mucho que huviese entrado à verle entonces, porque estaba con èl el glorioso P. S. Francisco de Paula consolandole, y poniendole sus benditas manos sobre las heridas, y prosiguiò diciendo: Aunque me ha dado Dios salud por su intercesion, estimara en mas que la vida oir las dulces palabras, que me decia, lo qual me estorvasteis con vuestra venida. Dadme los vestidos, porque yo, gracias à Dios, ya estoi bueno, y sano. Entretuvieronle hasta que le viesen los Cirujanos, que le havian curado; y haviendole visto, y que ya estaba sano, y sin señal de sus heridas, alabaron al Sr. todos, y èl se levantò luego, fue al Con-

vento à darle gracias al Santo por la merced recibida.

En la misma Villa de Perpiñan enfermò una muger de perlesìa, que la ocasionò dos años de cama, y al fin de ellos le sobrevino una gran erysipela en el rostro, que la tenia mui monstruosa. Dixeronle algunas amigas suyas, que enviase un recaudo à nuestro Convento, para que le llevasen la referida reliquia, que seria Dios servido de darle salud por la intercesion del Glorioso P. S. Francisco de Paula. La enferma (que no le era mui devota) hacia poco caso de la reliquia; pero à persuasion de las amigas, dixo se la llevasen: llevaronsela dos Religiosos, persuadieronla à tener confianza en Dios para conseguir salud, y se animò à hacerlo, con que aplicandole la reliquia, quedò sana de ambos achaques, y mas devota del Santo que solia serlo.

Tambien sucediò à otra muger de

Perpiñan, mui devota del Santo un caso mui notable, y fue, que mal informados dos hombres de aquella Villa, pensando que ella les havia hecho cierto agravio, se resolvieron à cruzarle la cara, ò matarla. Para este efecto la aguardaron un dia al salir de la Iglesia; y viendo ella, que la acometian con dos navajas, ò cuchillos, dixo en voz alta: P. S. Francisco de Paula, favorecedme, pues sabeis estoi sin culpa de lo que estos hombres presumen de mi. Fue cosa marabillosa, que apenas havia acabado de decir las referidas palabras, quando viò à su lado un Religioso venerable, y anciano, que procuraba con gran diligencia defenderla de sus enemigos; y aunque ellos llegaban tal vez à darle sobre las tocas, y manto, en ninna manera pudieron señalar su rostro, ni cabeza, ni herirla, antes ella, con el patrocinio de su Santo defensor, quitò à uno de sus enemigos la navaja, y pudiera mui

bien

bien herirle, si quisiera; pero defendiòse con ella alentadamente un gran rato; y juntandose mucha gente al ruido, cesò la pendencia, la muger quedò sana, y los contrarios persuadidos, à que debia de estàr innocente, pues Dios asi la havia librado, por aquel medio de sus manos, por lo que luego ella fue à darle gracias al Sto. à nuestro Convento en su Iglesia.

En la referida Villa de Perpiñan ha años le recibieron, y tienen por Patron, y le hacen en su dia gran fiesta, yendo en Procesion general desde la Iglesia Mayor â nuestro Convento, la Clerecia, y Villa, reconociendo hayer sido libres de peste dos veces por la intercesion, y meritos del glorioso Patriarca San Francisco de Paula, y haver recibido otros mui particulares favores de èl.

Havia en la Ciudad de Mallorca un Mercader rico (llamado Pedro Lebres) quando nuestros Minimos Religiosos

pas-

pasaron à fundar allà desde Valencia; por los años de 226. el tal Mercader contrataba por la mar en diversas partes por medio de sus confidentes; y estando esperando en ocasion un Navio, en que le trahian diferentes mercaderìas, tuvo noticias, que haviendo llegado el Navio à la vista de Mallorca, estaba detenido por dos trabajosos accidentes; uno por gran calma, que havia sobrevenido, otro mas trabajoso, por estàr combatido, y cercado de algunas Galeotas de Moros, y à peligro de que le cogiesen; viòse el Mercader afligido, y desconsolado con tales nuevas, sin saber que poder hacer en el caso; mas como huviese oìdo referir algunos grandes milagros del Glorioso P. S. Francisco de Paula, y necesitasse de su Patrocinio, pareciòle valerse de èl; y asi se fuè luego à la pequeña, y pobre Iglesia, que ya tenian sus Religiosos, y alli devotamente rogò de espacio à

nuef-

N. Señor que por los merecimientos, è intercesion del Glorioso P. S. Francisco tuviese por bien de librar aquella Nave del peligro en que estaba, y la traxese al Puerto para valerse de su hacienda, que èl ofrecìa para aquellos pobres Religiosos una copiosa limosna para ayudar à edificar aquella Iglesia, si le concedia esta merced. Perseverò el devoto Mercader un rato en su oracion, y fue tan bien despachada la suplica, que antes de salir de la Iglesia vino un criado en su busca, y le pidiò albricias, diciendole: que con un viento favorable, que se havia levantado, la Nave havia libradose de los enemigos, y entraba yá felizmente en el Puerto. Alabò à Dios por aquel tan gran favor, y à su Santo, y ofreciò cumplir en breve su promesa, con que se fue alegre, y gozoso â vèr lo que trahia su deseada Nave. Corriendo el tiempo sucediò, que el mismo Mercader enviò con sus confi-

dentes otras mercaderias, como azeite, lanas, y otras cosas en otro Navio á otras partes; y los tales confidentes anduvieron cosa de dos años de unas partes à otras sin volver à Mallorca, con que el Mercader estaba penoso, y desconsolado, temiendo se huviese anegado el Navio, y perdido todas sus mercadeàias en el mar; iba mui de ordinario à pedir al glorioso P. S. Francisco de Paula rogasse à Dios traxese à salvamento su hacienda, prometiendo ser agradecido à su Convento, si N.Sr. se lo concediese; fue su Divina Magestad servido de oirle, de suerte, que estando el tal Mercader oyendo Visperas en la Iglesia del Santo el dia antes de su Festividad, le fueron à decir, como yà havia llegado al Puerto su correspondiente, de que diò à Dios gracias cumplidas. Fuè à vèr lo que havia, y hallò, que la tardanza no havia sido dañosa, mas antes provechosa, atribuyendolo

to-

todo à la intercesion del Santo, à que se mostrò mui agradecido, y de manera, que en diferentes veces diò para la fabrica de la Iglesia de aquel primer Convento de Mallorca, al pie de ocho mil ducados.

El año de 602. huvo en la Isla de la Habana una rigorosa peste, y por haver alli algunos Soldados Españoles devotos del Santo dispusieron se le hiciese una gran fiesta, con solemne Procesion, en su mismo dia à los dos de Abril, y fue Dios servido, que cesò luego el contagio en toda la Isla, segun despues lo escribieron algunos à Sevilla.

Aunque quedan referidos algunos milagros, que el Glorioso Patriarca San Francisco de Paula ha hecho con personas que se le han encomendado, y valiendose de su patrocinio de diversas ocasiones, y necesidades; pienso referir ahora tres, ò quatro, para consuelo de algunas señoras devotas, que desean tener hi-

jos, y buenos sucesos en pretensiones, pleitos, y otras necesidades proprias, y de los suyos, para animarlas à que sean mui devotas de este milagroso, y glorioso Santo, confiando en Nro. Sr. que por su intercesion conseguirian de su Divina Magestad lo que justamente le pidiesen, como lo consiguieron las personas de quienes ahora harè mencion.

Viendo el Sto. Varon Francisco en el Convento de Paterno*, acudieron à su caridad dos mugeres casadas, reparadas por esteriles, que la una havia quince años estaba casada sin haver concebido, y la otra diez, y rogaron al Santo suplicase à Nro. Sr. se sirviese de consolarlas, y darles el fruto de bendicion; el Santo las oyò, y consolò con sus santas, y fervorosas razones: y les ordenò dexasen ciertas ocasiones que las inquietaban, que se confesasen, y comulgasen, y viviessen bien, y rezasan en cada uno de

mè-

trece Viernes cinco veces el Pater noster con Ave Maria: lo qual executado por ellas, cesò su esterilidad, y parieron algunas veces felizmente.

El Duque de Mompeller en Francia, llamado Ludovico deBorbòn,y laDuquesa su muger,penosos de no tener sucesion en algun discurso de tiempo de matrimonio, de una conformidad prometieron al Santo de rezarle todos los Viernes un año cinco veces el Pater noster,y Ave Maria, y hacer otras obras meritorias, porque suplicase à Nro. Sr. les diese sucesion; y que si se la daba, pondrian à la criatura su nombre, y fue Dios servido oir sus ruegos; desuerse, que al fin del año de sus devociones ya teniá una graciosa niña (que se llamò Madama Francisca de Borbòn)y fueron tan agradecidos esros señores, que en breve edificaron un Convento de nuestra Orden en su Villa de Compini, que es en la Provincia de Turòn.

En la Villa de Milazo, en Sicilia, sucediò, que haviendo quedado viuda una señora principal, con tres hijas doncellas, un Caballero deudo del marido difunto, le puso un pleito injusto, pretendiendo desposeerla de la hacienda, que le havia dexado para remediarse ella, y sus hijas; fue siguiendo el pleito, y como el Caballero era mas inteligente, que la viuda, y le solicitaba con mas cautela, que justicia, llegò à alcanzar dos sentencias en su favor. La buena señora viuda apelò de ellas por medio de su Procurador; y viendose afligida, y desconsolada, tomò por su especial Abogado, è intercesor al Glorioso Patriarca San Francisco de Paula, prometiendole ir à su Convento trece Viernes, descalza, con sus hijas, y oìr en èl las trece Misas de su devocion, confiando en su santa devocion, y patrocinio tendria mejor suceso en la tercera sentencia. Cumplieron las

devo-

devotas señoras humildemente su promesa, y fue Dios servido (por la intercession del Santo) de oìr sus ruegos, de suerte, que estando acabando de oir la ultima Misa de las trece, llegó una criado à decirle diesen gracias à Dios, y al Santo, porque yà havia salido en su favor la sentencia difinitiva, por lo que se las dieron mui cumplidas, asi ellas, como los Religiosos, à su peticion. Tuvo noticia de lo referido una buena muger de la misma Villa de Milazo; que havia algun tiempo tenia cautivo à su marido en Constantinopla, y pareciòle seria bien hacer ella la devocion de los trece Viernes, porque Dios dispusiese, por la intercesion del Santo, la libertad de su marido. Comenzò, y prosiguiò la devocion con gran fee, y confianza de que tambien sus suplicas serìan oìdas, y su marido consolado, y socorrido: y saliòle tan bien, que el ultimo Viernes volviendose

se à su casa desde la Capilla, y Altar del Santo de dàr fin à su devocion, hallò à su marido à la puerta de su casa bueno, y alegre, con el mismo trage, y prisiones con que poco antes estaba en Constantinopla, con notable admiracion de ambos, y copiosas lagrimas de gozo, y alegria. Preguntòle la muger, còmo havia venido asi, solo, y con prisiones? Y èl respondiò: Yo, hermana, no sè mas, de que no ha dos horas, que estaba en una mazmorra en Constantinopla, y que llegò à mi un Venerable Religioso, de la manera, que pintan à S. Francisco de Paula, el qual cogiendome de el brazo, me traxo libre, y sin peligro, asi por la tierra, como por el mar, caminando velocisimamente, y me dexò aqui como me vès. Tuvo este milagro una extraordinaria circunstancia, y fue, que solia acompañar à la muger del cautivo en sus devociones un niño

de

de cinco, ò seis años sobrino suyo, el qual à veces mientras su tia rezaba, se dormia junto al Altar: Este niño, pues, estando amasando pan la tia, tres, ò quatro dias antes, le dixo: Tia, haga una torta para mi tìo, que vendrà presto. Como sabes tu que vendrà presto? dixo ella; y èl respondiò: porque me lo dixo el Sto. Viejo, que està en la Iglesia, estando yo junto á su Altar. Por todo lo qual dieron á Dios muchas gracias, y alabanzas, y à su Santo los devotos casados, y todos los demàs, que alcanzaron à saber tan marabilloso, y extraordinario milagro, que fue mui notorio en aquella Villa, y Comarca. El niño en creciendo recibiò nuestro Santo Habito, profesò en nuestra Religion, viviò mui exemplarmente, y se llamò Frai Domingo de Milazo.

Aunque otros algunos milagros estàn haciendo instancia para que los saque à luz, yà solo pienso referir, con que

dàr fin à este compendio, acabando por el Convento de Paula, que es por donde començè à esparcirlos. Celebrandose Capitulo Difinitorio en el dicho Convento de la Ciudad de Paula el dia de el Arcangel San Miguèl à veinte y nueve de Septiembre del año de 1618. en hacimiento de gracias por el buen suceso del Capitulo, se hizo una devota Procesion desde la Iglesia, hasta una Capilla mui suntuosa que se labrò conjunta à la calera, donde (como queda referido) sucediò aquel gran milagro de entrar dentro de ella el glorioso Patriarca, y Padre N.S. Francisco de Paula, estando ardiendo, sin que las llamas le ofendiesen, ni tocasen. Yendo, pues, en esta Procesion todos los Padres Capitulares, y Conventuales con sus velas encendidas; en la distancia del trecho, que se havia de andar, se levantò un viento recio, que apagò todas las luces, que llevaban en la

Procesion. Deseosos los Religiosos de volver à encender las velas, no hallaron luz à mano para ello; pero en llegando enfrente de la milagrosa calera, saliò instantaneamente de ella una claridad, y llama visible, y hermosa, que à un mismo tiempo encendiò todas las velas que havia apagado el viento, con notable admiracion, no solo de los Religiosos, pero tambien de mas de docientas personas seglares, que iban en la Procesion.

Haviendose ya dicho atràs, que despues del transito de nuestro glorioso P. S. Francisco de Paula, su Santo Cuerpo fue puesto, y colocado decentemente en un sepulcro nuevo de piedra, y que à veinte años despues fue abierto este Sepulcro, à peticion de un Padre Español, que fue desde Roma à Turòn à visitarle, serà bien decir ahora, para los que no lo saben, lo que sucediò despues corriendo el tiempo con el Santo Cuerpo

que

que es mui digno de referirse, y saberse.

Siendo, pues, el Sto. Cuerpo tan aborrecido, y execrado de los Infieles, y Hereges Calvinistas, y Hugonotes de aquellos tiempos, como venerado, y estimado de los Fieles Christianos; sucediò, que haviendo entrado en Turòn los tales Hereges, por fuerza de armas, y saqueado aquella gran Ciudad por los años de 1572. cinquenta y cinco despues de la muerte del Santo, entendiendo ellos, que el venerable, y Santo Cuerpo estaría en alguna rica, y preciosa caxa de plata (como muchos años antes otros Hereges, sus antecesores, havian hallado el del Glorioso Obispo San Martin en la misma Ciudad) para robarla, y llevarsela; fueron à aquel nuestro Convento de JESUS MARIA con este sacrilego intento; pero haviendo abierto el Sepulcro de piedra, y hallando en èl el Santo Cuerpo humilde, y honestamente colo-

cado; y no viendo lo precioso que buscaban (burlados de su codicia, y ciegos de su malicia) sacaron de èl el Sto. Cuerpo con desprecio, y atrocidad, con resolucion de quemarle; y no hallando leña à mano, haciendo astillas los Crucifixos, Cruces, è Imagenes, que havia en la Iglesia, encendieron fuego, y le quemaron, maltratando à los Religiosos que procuraron impedirselo, y en particular à un venerable anciano, llamado Frai Eustachio Abril, que se mostrò mas fervoroso en la defensa, como persona que havia recibido el Habito de mano de el Santo Fundador, y le era devotisimo hijo, de suerte, que à este le dieron tantos golpes, y palos, que muriò de ellos dentro de pocos dias.

Pasada aquella tan rigorosa, y atròz tempestad, recogieron los Religiosos las Santas Reliquias de su amado, y glorioso P. (que el fuego no havia consumi-

do)

do) y las veneraron, y guardaron con devocion: de las quales despues por disposicion de los Superiores, que han governado nuestra Minima Religion, se han distribuido algunas por los Conventos de ella, de que tambien cupo parte à este de nuestra Señora de la Victoria de Madrid, por medio de las quales ha obrado nuestro Señor muchos milagros con personas enfermas, y afligidas, à quienes de ordinario se aplican: que todos toman devotos motivos para alabar, y bendecir à nuestro Señor, que tan marabilloso se ha mostrado, y misericordioso siempre con este mi glorioso Patriarca, y los demàs Stos.

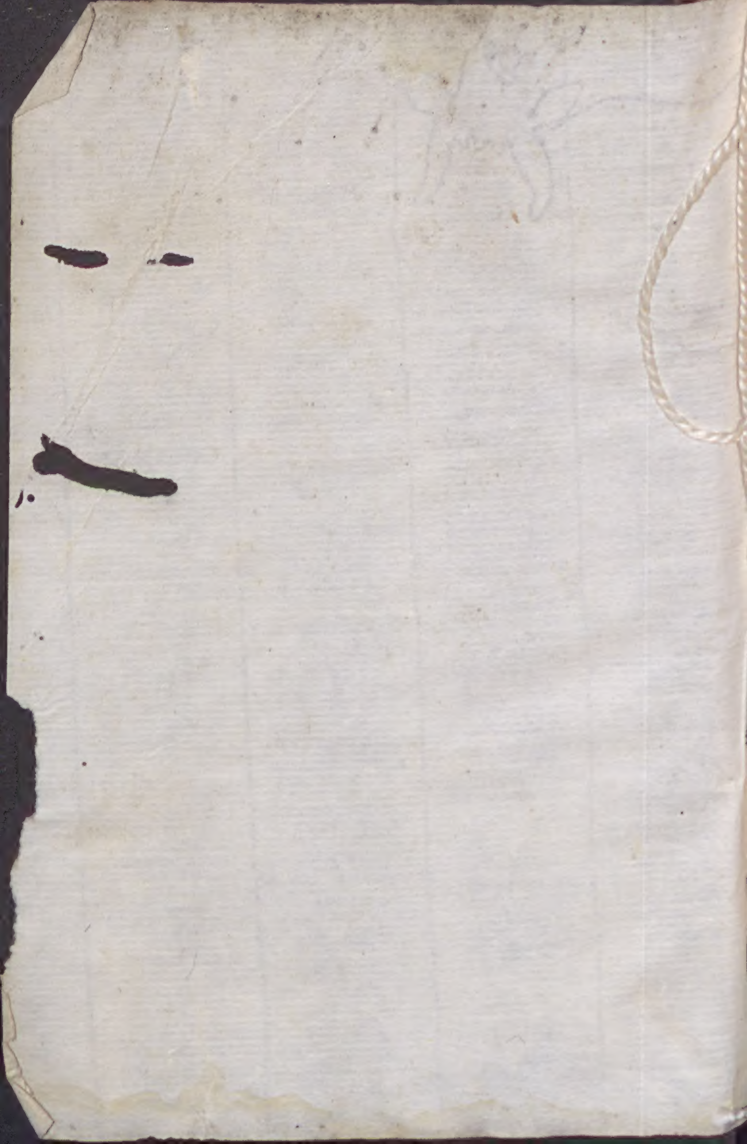
FIN.

In-

INDICE
DE LOS CAPITULOS, QUE SE CONtienen en eſte Libro.

CA-

LAUS DEO.




22
142